

concepto reflexivo, escribir últimamente dando la noticia de su salida a Aguates y a Luisa.

¡Bah! Después de todo, ¿qué le importaba conocer más de lo que sabía? En las pocas palabras que pronunció el americano aseguró una vez más que el muerto era de posición desahogada y dentro de poco tendría a su cargo una fortuna sólida y respetable. A pesar de la incertidumbre formada en su imaginación primeramente, nada nuevo había descubierto más que corroborar determinados antecedentes, ajenos por completo al funcionamiento progresivo de sus propósitos, en un ambiente relativamente baladí.

En la biblioteca manoseó diarios y semanarios que ya había visto, y con la misma frivolidad ojeó algunas páginas de un volumen con la guía de La Coruña, deteniéndose más que nada en la formación estructural de ciertos anuncios comerciales, cuyas casas y lugares desconocía completamente.

Escribió las cartas de despedida a su amigo y a su esposa, y, algo rendido por el cansancio del viaje y necesitado de sueño, marchó para su dormitorio, decidido a acostarse.

Ya en su cuarto, pulsó un timbre para recomendar al primer sirviente que se presentó franquease las cartas y las echara al correo.

Desde la ventana ojival de su habitación veíanse las luces, como bengalas, del hermoso trasatlántico, anclado a media milla de los muros del puerto.

El constante y torrentoso ruido de las olas contrastaba con las sirenas de algún transporte o paquebot, para estrellarse sobre la cubierta del bauprés y saltar últimamente los botalones de algún velero; botes y lanchas, sujetos a los postes por sus amarras, meciéndose en incesante y voluptuoso vaivén impulsados por el oleaje; alumbrados por acetileno, unos marinos, ocupados en desaguar la bodega de un vapor, transmitían el eco

lejano de sus canciones imperceptibles para solazarse sus espíritus cansados y mitigar con reflexiones fútiles ingratitudes del olvido o el aislamiento de su vida marina, mientras un *fox-terrier* tiritaba, encogido y resguardándose del aire, junto a la chimenea.

En el espejismo alborotado de las aguas bullidoras veía reproducida la inmensidad tenue e infinita del firmamento...

Por la mañana siguiente amaneció el cielo despejado, aunque soplaba un aire sutil y cortante que obligaba a los transeúntes a acelerar el paso para detenerse en la calle cuanto menos mejor.

Don Toribio no sabía donde ir y salió a fumar dos o tres cigarrillos a los puestos donde campan la Aduana y carabineros, haciendo tiempo hasta la hora de almorzar. Un carabinero no le pedía de vista porque sin duda le pareciese algo sospechoso y sus funciones de guardia había que desempeñarlas con todo el rigor y celo impuestos por sus ordenanzas y el cumplimiento del deber.

Piaban las gaviotas suspicaces, volando de uno a otro lado, remontándose al espacio y descendiendo a posarse en los acantilados o costeros del islote o sobre el borde de alguna lancha, mientras que otras llegaban hasta la superficie del agua para permanecer unos segundos o ascender rápidamente sin detener el movimiento de sus alas frágiles para buscarse la pitanza.

El procurador fué para el hotel, y como era temprano para entrar en el comedor, cogió el popular diario *La Voz de Galicia* que había sobre el mostrador de la portería y, de pies, dedicó media hora de lectura a política local, hasta que, prevenido por un camarero, abandonó el periódico, colocó el sombrero sobre un perchero y pasó a almorzar.

Sentado a una mesa de su izquierda advirtió a su futuro camarada, almorzando también en com-

pañía de otros señores conviventes y dicharacheros, en animada y risueña conversación.

De sobremesa quedó un poco pensativo, encendió un egipcio y, haciendo una reverencia al americano y a los que integraban su grupo, salió del comedor; aspirando y dejando tras sí pequeñas bocanadas de humo, fué a su habitación a recoger algunas prendas y objetos que tenía fuera de su baúl y de la maleta, acondicionando sus utensilios de viaje y previniéndose para la hora de marchar.

Veinte minutos después descendió al salón y sentóse en una butaca.

Acordándose de Luisa, interrogó a un camarero sobre la hora del correo, y, resignado a no poder esperar por el embarque, quedó sumido largo rato en estériles y profundas meditaciones...

Instintivamente llamó a un «botones» para que dijese en la Dirección o Conserjería preparasen la cuenta para salir cuanto antes de cuidados que momentos después hubieran de retenerle. El «botones» cumplió el encargo y a poco presentóse el conserje con la factura de su importe en una bandeja, y, repasándola con brevedad, hizo efectiva, y aumentó con un veinte por ciento de beneficio o propina para los empleados o servidumbre del hotel. Pidió explicaciones, ordenando tenían dispuesto el equipaje para que desde luego y cuando lo creyeran oportuno pudieran disponer de él. Acatando la observación y agradecido, el empleado hizo una reverencia de cortesía y desapareció...

Serían aproximadamente las cuatro y cuarto de la tarde cuando los mozos y el intérprete trajinaban de un lado para otro, sacando y preparando baúles, maletas y otros equipajes a la puerta para cargarlos en el automóvil. Algunos que otros pasajeros en el *hall* despedíanse, haciendo cumplidos, con el abrigo al brazo, en actitud de

marchar, y a los cuales se les ofrecía el coche para el que quisiera ir en él.

En compañía de otros viajeros y del representante embarcó el procurador en una canoa, que los llevó a bordo del trasatlántico por babor.

Un oficial visaba la documentación y pasaje de los que iban llegando, ínterin el contador les registraba en los libros y hacía sus debidas distribuciones de clases, y unos marineros encargábanse de los equipajes, llevándolos a sus correspondientes camarotes. Don Toribio reconoció el suyo y salió nuevamente al salón; pasó del puente de mando al trinquete y de aquí volvió, curioso, para situarse junto a los bandales y obenques.

Eran las cinco y media cuando el *España*, elevadas sus anclas y previa orden de la Comandancia de Marina, tocaba su sirena y describía un semicírculo para ponerse a proa.

En el muelle veíase a nutrido grupo de personas estacionadas dando el ¡adiós! a sus deudos y amigos; unos y otros agitaban los pañuelos con efusión para despedirse. Una anciana, acompañada de su hija, lloraba como una criatura la marcha de su hijo. Otra pobre mujer, con un niño en brazos y otro pequeñuelo agarrado a sus faldas, enjugaba sus lágrimas, producidas por la emoción y el sentimiento al despedir a su marido. El pequeño lloraba y lloraba hasta más no poder, llamando a su padre y balbuceando inocentemente su nombre, y otras varias personas limpiábanse también los ojos, humedecidos por el llanto...

¡Qué triste es la despedida y cuántos instantes nos recuerdan el momento supremo de partir!

Zarpaba la nave y su música transmitía las alegres notas de *La canción del olvido*, y a medida que iba alejándose, majestuosa, dejaba tras sí alborotada estela blanca de espuma, producida por el movimiento de sus hélices.

Cuando desapareció, perdiéndose en la bruma, daba al aire los acordes lejanos de una habanera...

## CAPÍTULO II

### Partículas de miseria

Trabajaba Sancho en la misma obra que su amigo Boni y serían las doce y cuarto cuando llegaba a su casa, algo más animado que cuando salió por la mañana, y le desagradó alíctivamente ver a su madre sentada en una silla, con el pañuelo echado hacia delante cuanto podía y otro manual tapándose la vista para preservarla de la potencia lastimable de la luz.

La enferma le reconoció, advirtiéndole su presencia:

—¿Eres tú, hijo?

Presuroso, Juan acercóse a reconocerle inútilmente, porque nada entendía.

Lagrimosos, inflamados y cerrados los ojos, abrióles trabajosamente los párpados por el deseo filial de creer hallaría algún lenitivo a su pesadumbre. En ellos pareció distinguir como veladas por color ceniciento las pupilas y manchadas las córneas y escleróticas. No sería nada. Acaso un poco más irritada la vista porque hubiere llorado. El oculista la sacaría de aquella postración y le curaría.

El *Capitán*, impasible, estaba echado a sus pies.

La anciana refirió a su hijo que, a poco de marcharse él, presentósele como una niebla en la vista, dejándola completamente ciega.

Juan preguntó por Pura y le sorprendió la ausencia, que, según su madre, en toda la mañana

había ido por allí. Pudo avisarla; pero se abstuvo porque los cuidados que dedicaba a la señora María eran atenciones que como vecina prodigaba generosamente a la buena amistad y afecto que sentía por ella. Tranquilizábales que nada anormal había ocurrido entre ellos, y sin duda alguna circunstancia imprevista y sin importancia proporcionaría involuntariamente su inexplicable e inesperada ausencia.

Juan encendió unos carbones mientras peló, para freír, cuatro patatas que había en una cesta; preparó la mesa y sentó a su madre a ella.

La señora María, como siempre, condescendiente y amante con su hijo, decía que tenía poca gana, para que él pudiera satisfacerse y comer más de lo poco que había; pero no le convenció, y optó por comer más que su hijo porque éste puso a ella casi todo.

De sobremesa, Juan animó a su madre diciéndole que sería un poco de irritación y, con dinero, el médico la curaría pronto. A las dos menos cuarto fué a casa de Pura y halló cerrada la puerta; tuvo que doblegarse necesariamente a la impaciencia, faltando al trabajo aquella tarde por no dejar sola a su madre.

A las seis menos cuarto se presentó la vecina en ocasión que Juan, abriendo un poco los párpados de los ojos de la paciente, echaba sobre ellos unas gotas de colirio. Alegó Pura que fué a llevar la comida a su marido y de allí marchó sin pérdida de tiempo a ver a su hermana, que estaba con dolores de alumbramiento, a cuyo efecto avisáronla urgentemente, y por no distraer tiempo salió sin advertirle a la señora María. Respecto al estado de la parturienta, estaba tranquila, porque había tenido un chico y quedaba perfectamente bien.

Extrañada Pura de encontrar al ebanista a aquellas horas en su casa, interrogó sobresaltada por el estado de su vecina.

Limitóse Juan a recomendar silencio y a contestarle, gesticulando y haciendo visajes desagradablemente.

La señora María quejábase un poco por los escozores que le proporcionaba el colirio. Su hijo recomendábale calma por el alivio que a su padecimiento obtendría después, y reparó inútilmente en la hora por si le quedaba tiempo de avisar para exponer al maestro el motivo de su falta. Como eran cerca de las seis, cuando llegara a la obra ya se habrían marchado todos. Luego, tenía necesidad urgente de buscar a una muchacha para que estuviera al cuidado de su madre, porque por mucha voluntad e interés que tuviera Pura en servirle, se lo dificultaban deberes ineludibles y obligaciones de su casa que cumplir. Juan pensó y consultó con Pura la necesidad de la muchacha para que hiciera compañía y auxiliara a su madre, sin lo que él no podría trabajar ni ausentarse de su casa. La señora María decía a su hijo que no tomara a nadie, y a Pura, que no hiciera nada, alegando se arreglaría ella como pudiese. El ebanista guiñó un ojo a la vecina para que no hiciera caso a las cariñosas pretensiones de su madre. La vecina, desoyendo el ruego de su amiga, quedó en el encargo de hacer las gestiones que pudiera aquella misma noche, encargándola en las tiendas donde al efecto preguntaban e iban a ofrecerse, o por el medio más rápido que le fuese posible proporcionarla.

Al día siguiente pensaba Juan llevar a su madre a que le viera un oculista, de quien en otra ocasión le hablaron, aunque para ello tuviera que pagar lo que fuese, por cuyas inmejorables referencias abrigaba esperanzas de pronta y segura curación. Despidióse Pura, y el ebanista, extremando el cuidado de su madre, durmió poco aquella noche. La vecina marchó con la consigna de volver temprano para tener cuidado de la enferma, con el fin de que Juan fuese a la obra y ex-

plicara al maestro sus necesidades y apremios.

Presentóse Pura muy de mañana y encontró a su vecina en el mismo estado de postración que el día anterior y la nueva que aquel mismo día iría una chica con quien por la noche habló y expuso modestamente su humanitaria obligación. Había referido también a su marido el estado de la señora María, a quien por amistad dedicaba especiales y fidelísimas atenciones.

Juan marchó a la obra y recomendó a Pura lo esperase con su madre en la glorietta, junto a la parada del tranvía, para ir a casa del médico...

Llevarían esperando unos diez minutos cuando regresó el ebanista, cumplida su misión y obtenido sus favores, para encaminarse los tres a la consulta...

En la antesala de la clínica habría unas seis personas esperando y por riguroso turno iban pasando a presencia del doctor, hasta que correspondió a ellos la vez. Era el galeno atento, amable, de correctísimos y distinguidos modales. Juan expuso algunos antecedentes del padecimiento de su madre, tiempo y tratamientos sometidos a su curación. El oculista preguntó por la edad de la paciente, reconocióle minuciosa y detenidamente la vista, reparó en la indumentaria de sus visitantes, frunció el ceño en señal de desagrado y dijo:

—¡Esto está mal!

Pura y Juan miráronse atónitos, sin proferir una palabra.

El galeno prosiguió:

—¿Qué médico la ha asistido?

—Ninguno —repuso Juan—. La llevé dos veces a la consulta del hospital, y es donde únicamente le han visto... Había un señor alto, que parecía mandar en los que estaban allí, y decía que era algo de catarro y que se le pusieran paños de agua caliente.

El médico, mirándole autoritariamente y con desconfianza manifiesta, interrogó de nuevo:

—¿Y nada más que eso le han puesto?

La vecina y el ebanista limitáronse a guardar silencio ante el temor de haber hecho mal.

El oculista prosiguió:

—Ya se ve que han puesto también otras cosas..., algún colirio o potingue de esos que creen y lo echan todo a perder, y después recurren ustedes al médico, cuando las cosas no tienen remedio... En las condiciones que está esto, ¡no sé, no sé!... En fin, ¡ya veremos!

Los visitantes observábanle silenciosos.

El galeno fué hacia la mesa-despacho que tenía sobre un ángulo de la clínica y extendió una receta, que entregó a Juan, diciéndole:

—De esta pomada, que le den con un pincel en los párpados dos veces al día: por la mañana y al tiempo de acostarse; y pasado mañana la traen ustedes por aquí para ver cómo sigue.

—Oiga usted, doctor—interpuso Pura, demostrando interés y curiosidad:—¿y cree usted que se curará?

—Sí, mujer; teniendo constancia en lo que les digo, desde luego.

Y haciendo señas para que sacaran de la habitación a la enferma y a solas con el ebanista para que la paciente no pudiera enterarse del diagnóstico emitido por él, dijo a Juan:

—Esta señora, por lo que se ve, es madre de usted, ¿verdad?

El ebanista hizo signos afirmativos de cabeza.

—Bueno; pues siento decirle, aunque, desde luego, es muy lamentable para usted, que lo más fácil será que no tenga cura. Esa pomada que he recetado es para ver si, dentro del alivio que encuentre, desaparece eso, que es lo que más le molesta. El catarro, naturalmente, es lo que le ha producido la inflamación; pero eso sería lo de menos, si no se le hubieran presentado cataratas.

—¿Y eso no se cura?—interrumpió el ebanista en ocasión que Pura, para ausentarse breves instantes y tomar parte en la conversación que tuvieran el oculista y su vecino, recomendaba quietud a la señora María, sentada a un banco en una habitación que servía de antesala a la clínica, mientras que Juan proponía e interrogaba nuevamente:

—Pues *yo* he oído decir a algunos que las cataratas se curan también.

—Sí, en una persona más joven, desde luego; pero, a su edad, es imposible. ¿Qué adelanto con decir a ustedes que sí, haciéndoles concebir esperanzas, para que después no se cure? Podría operarle, pero haría gastar a ustedes el dinero que seguramente no tienen, para que al poco tiempo estuviera lo mismo otra vez. Si hubiera sido más joven, desde ahora mismo les diría que tenía que operarse, asegurándoles por adelantado que había de quedar perfectamente bien, salvo complicaciones o algún otro contratiempo; pero, a los años que tiene, cuanto se haga es inútil.

El semblante de Juan se entristecía en el martirio del silencio, de modo que por su frente corrían gotas de sudor.

Enterada Pura del informe, se permitió interrumpir con apasionamiento:

—Haga usted cuanto pueda por curarla, que es una pobre. Ya ve usted: a los sesenta y siete años que tiene, da pena que se quede ciega.

—Lo comprendo, mujer; pero contra lo imposible no podemos hacer nada. Con otras personas puede que no fuese tan claro; pero a ustedes me gusta desengañarlos desde un principio para que no den pasos en balde. Ahora hagan ustedes lo que quieran. Y si dudan en algo de lo que digo, pueden ir a otro médico; pero ya verán cómo no adelantan nada, porque les dirá lo mismo que yo.

—En fin, ¿qué se va a hacer? — contestó Pura aparte y con resignación—. ¡Paciencia!

—¿Cuánto tengo que darle? — interrogó el ebanista humildemente.

—Yo cobro por la primera consulta veinticinco pesetas; pero, tratándose de un obrero como usted, le cobraré diez.

Juan echó mano al bolsillo interior de la chaqueta, sacó y deslió un envoltorio pequeño hecho con un trapo negro atado con hilo, donde guardaba catorce pesetas en plata, fruto de sus pequeños ahorros y privaciones, y pagando al galeno el importe de la consulta dijo:

—¿Cuándo quiere usted que la traiga?

—Dentro de dos o tres días para ver cómo sigue, por si hace falta aumentar la dosis.

Despidiéronse, cogieron a la enferma y poco a poco salieron a la calle.

En la glorieta de Quevedo y en el tranvía que iban ellos montó Chilongo, que había salido del trabajo e iba a casa en busca de la comida. Sobresaltado preguntó a Sancho por lo que sucediera a su madre, y Juan explicó, sin omitir el menor detalle, sus zozobras y ahincos. Hablaron, recordando penalidades y vicisitudes del trabajo, hasta despedirse en la glorieta de Cuatro Caminos y encarecer mejoría al estado de la enferma, con la advertencia amistosa de que pronto iría por su casa para ver cómo seguía.

Pura fué a su casa ligeramente, prevenida por la llegada de su marido para comer.

La señora María y su hijo entraron en su casa, y el *Capitán* los recibió con extremada zalamería, chillando, saltando sobre ellos y lamiéndole las manos a Juan, que procuraba desasirse de sus toscas y extremadas caricias.

El ebanista sentó en una silla a su madre y salió por provisiones para arreglar comida. Cuando regresó, frió unos cien gramos de longaniza con patatas y trabajosamente convenció a la enferma, sentándola a la mesa, porque alegaba no tener ganas de comer. A la señora María preocupábale

más que nada lo postrada que la tenía la falta de vista, y, aun cuando Juan procuraba disuadirle exteriorizando sus pensamientos con reflexiones ajenas, preguntaba a cada momento, sustentando la esperanza, sobre el dictamen del médico y la opinión conveniente que hubieran formado su hijo y Pura.

Presentóse la vecina cerca de las cuatro y Juan fué a la botica por la pomada recetada por el galeno. Dijéronle que volviera media hora después, y pasó unos veinte minutos mirando los escaparates de algunas tiendas cuando volvió por el medicamento, y, como no estaba preparado, esperó en el establecimiento químico cinco minutos más que tardarían en despacharle. Satisfizo dos pesetas y cuarenta céntimos que exigió el mancebo mientras envolvía el pequeño paquete, y sonó el timbre de la registradora, que señaló el importe marcado en un *ticket* recibido por el ebanista adjunto a la medicina. Contento, como el que lleva en las manos la palma de la victoria, llegó Juan a su casa.

Su madre yacía sentada en una silla y Pura conversaba con ella mientras fregaba la pobre y escasa vajilla ensuciada para la comida. La vecina, como Juan, procuraban discretamente alentar a la enferma con la esperanza engañosa de que curaría. Cuando preguntaba la señora María que si sería pronto, enmudecía Pura o cambiaba de conversación, encabezando algún cuento o haciendo una pregunta.

Respetando el diagnóstico de médico, Juan puso la pomada sobre la cornisa de la chimenea hasta dársela por la noche, aunque la vecina propuso su aplicación en seguida. A las cinco fué Pura a su casa a preparar la cena para cuando llegara su marido.

Anochece cuando se presentó una joven, preguntando si vivía allí la señora María. El ebanista contestó afirmativamente y, comprendiendo

que se trataba de la muchacha apalabrada por la vecina, ofrecióle una silla para que se sentara. Convinieron en que les haría el servicio de asistencia por la comida y dieciocho pesetas mensuales, en la imposibilidad de poder pernoctar en la casa porque no tenía más que dos camas, obligándose a ir por las mañanas antes de que Juan saliera a trabajar. Estrella, que así se llamaba la sirviente, era huérfana de padres y vivía con su madrastra y dos hermanas más pequeñas en la calle de Almansa, y resultaba para ella poco molesta la distancia que tenía que recorrer diariamente de su casa allí. Había servido ya en varias casas del centro y era más gustosa servir a personas modestas que en casas de etiqueta y de postín.

—Mi casa es menos que modesta—dijo Juan—. Aquí se obliga a servir usted a la casa de un pobre por indispensable y urgente necesidad. Soy un obrero, como usted ve y le demuestra en sí la apariéncia humilde de esta casa. Tengo que ausentarme diariamente al trabajo para buscar el sustento, y mi madre, enferma de la vista y sin poder valerse ni para ella misma, queda a merced de una vecina que usted habrá visto, porque es la señora que habló y se arregló para que viniera; y, aunque se trata de una mujer servicial, de carácter noble y hospitalario, no estoy tranquilo ni conforme con que la mayor parte de las veces tenga a su casa abandonada por asistir a mi madre. No puedo sustraerme a lo muchísimo que le agradezco sus generosas atenciones y a lo agradecido que le estaré mientras viva; pero no debo tolerar más tiempo el imperio de semejante abuso. Lo que comamos mi madre y yo, comerá también, y primero faltará para nosotros que para usted. El favor que le pido es que se tome igual interés por mi madre y la casa como si fuera cosa suya. Ahora, si no estuviera conforme, me lo dice para buscar a otra, porque en estas condicio-

nes estoy perdiendo de ir a trabajar y no puedo apartarme ni un momento de casa.

La joven quedó en volver al día siguiente, y aquella noche Juan dió a la enferma algunos toques de pomada con una pluma antes de acostarse.

La señora María pasó la noche con menos escozores y más tranquila que la anterior, aunque distinguiera a las personas por la voz y la inteligencia material de la silueta de quien tuviera delante.

Con el deseo de mejorar, pidió al hijo noticias de la testamentaria. Juan no supo qué contestar porque ninguna luz pudieron darle la última vez que estuvo en casa de su abogado y procurador, debido al inexplicable silencio de don Toribio, ofreciéndole volver cuando pudiera por casa de sus representantes y le diría lo que hubiese.

Serían aproximadamente las siete cuando se presentó Estrella en ocasión que Juan hacía preparativos para tomar un bocadillo y marchar al trabajo. Antes de salir dió tres pesetas e hizo cargo de sus obligaciones a la muchacha.

Ante el recuerdo doloroso del estado de su madre, no hallaba otro lenitivo que la pesadumbre y la resignación. El silencio de su infortunio era implacable y cruel, y sentía en su corazón fuertes latidos, como si la voz de la conciencia gritara desde lo más recóndito de su ser: «¡Desdichado! No pienses en el éxito de la lucha porque resultarán estériles tus esfuerzos.»

Le afligía su impotencia y más de una vez el desaliento enterneció su corazón y asomaron a sus ojos las lágrimas.

## CAPÍTULO III

### Filosofía retrospectiva de un amor

Eran las diez y media de un domingo de los últimos días de diciembre cuando Sancho llegó a casa de don Toribio. Su sorpresa fué grande cuando reconoció en la que franqueó la puerta a la joven que meses antes tocó Boni y horas después enseñó la ampliación fotográfica en la plataforma del tranvía. Estaba más gruesa que entonces y las líneas de su cuerpo marcaban sus formas con relativa prolepsis, cuando más interés comprendía en las miradas codiciosas del ebanista, adelantando a la actitud expresiva de la conversación sus abultados y redondos senos coquetones; las patillas de su pelo negro corrían en perspectiva progresión hasta las mejillas.

Hicieron pequeña historia de su vida pasada con el anhelo constante de irrealizables pensamientos que enarbolaron ilusiones en el horizonte de su porvenir. El iba a preguntar a la señorita si había escrito don Toribio para conocer lo que hubiera de su herencia; era un deseo justo y su misma madre se lo recomendaba con relativa necesidad.

Sebastiana, hasta ese día, estuvo contentísima con su señorita; pero se veía atacada de los nervios aquel día, sin saber por qué, y disgustada extraordinariamente. Pesaba sobre ella un caso que la disgustaba consigo mismo, en circunstancias sumamente extraordinarias e incomprensi-

bles, sin duda tal vez porque en su conciencia recayera defectuosamente el motivo de una responsabilidad.

El ebanista, con el interés de curiosear, exploró hábilmente las razones de su excitación, en que Sebastiana, por hablar, contó lo que sucedía en desahogo de su pesadilla y tranquilidad, recomendando prudencia absoluta por el peligro que corría su reputación.

Podría decirse que Marichu era la más fiel amiga que desde la infancia tuvo Luisa Morán, porque la conocían sus amigas de soltera y hoy la llamaban Morán de la Cuerna, y otras, la señora de Ladrado. Su exaltada y traviesa imaginación tramaba un proyecto y, por arriesgado y difícil que fuese, le sometía a ejecución de su dócil y verdadera amiga Luisa.

Celebrábanse los acostumbrados bailes de máscaras en el teatro de la Zarzuela y, por disposición caprichosa de Marichu, acordaron alquilar unos disfraces y asistir aquella noche al célebre espectáculo que, para honrar la memoria de Terpsícore, celebrábase en el popular coliseo.

Marichu era soltera y vivía con su mamá y dos hermanas, al cuidado de una antigua sirviente, en la calle del Desengaño. Saldría sigilosamente de casa, acompañada de la muchacha, cuando las demás estuvieran durmiendo, para reunirse con Luisa en la tienda donde al efecto habían alquilado y, según consigna, convenido ponerse los trajes y devolverlos cuando salieran del baile.

La señora de Ladrado dió permiso a Evarista para que fuese a Vallecas a pasar dos días con una hermana suya, casada con un guarda del Cerro de la Plata, para que no se enterara de la aventura caprichosa que pensaba correr.

A la prendera que les facilitó la ropa no dijeron quiénes eran, ni le importaba conocer tampoco la personalidad de quienes fuesen: percibió la fianza que pidió, y lo demás le tenía completa-

mente sin cuidado alguno. ¡Eran tantas las que como ellas iban a disfrazarse!...

Cuando desembocaban en la plaza de Bilbao, una estudiantina, sin duda en preparación carnavalesca, cruzaba de la calle de las Infantas a la de Hortaleza, entonando en aires ligeros y marciales desaprensivos entusiasmos que alégran los corazones.

En dos coches que esperaban a la puerta de la prendería encamináronse disfrazadas al teatro.

Penetraron resueltamente, vestidas de hadas, y las muchachas de Pierrots, en el inmenso salón, invadido por la muchedumbre en incesante guirigay, en cuya atmósfera, impregnada de voluptuosidad y de humo, parecía enseñorearse majestuoso el colmo del vicio. Instalaron en un palco su parapeto de observaciones, y cuanto les pareció bailaron durante la noche, a elegir lo que les convino y quisieron. Fueron solicitadas para bailar en diferentes ocasiones, accediendo por delicadeza unas veces y rehusando con cortesía los repetidos asedios otras.

—¡Oh, si hubiera usted visto lo cansada que se puso una máscara vestida de oso, por conocer a mi señorita!—comentaba con asombrosa ingenuidad Sebastiana.

Ya se veía a algunas máscaras abandonar el salón cuando Marichu propuso a Luisa la necesidad de retirarse. Salieron a la calle, tomaron dos coches, uno para ellas y otro para las muchachas, y encamináronse, para devolver los disfraces y vestirse, a casa de la prendera. En la calle, despidióse Marichu de Luisa, optando por ir a pie con la muchacha a su casa.

Luisa montó en un coche con su fámula y dió al auriga las órdenes relativas para que las llevara dos números antes de donde vivían, con objeto de despistar al cochero.

Ya alboreaba cuando Luisa de la Cuerna y su confidente Sebastiana descendieron del simón,

cerca de su casa, en la calle de Jacometrezo.

El sereno, hombre de carácter servicial y complaciente, que llamaba golpeando con el mango del chuzo la puerta de un *tupi*, siguió al coche con la vista y, no bien parado éste, colocóse junto a él para saludar y ponerse a las órdenes de sus ocupantes. La sorpresa del vigilante fué grande cuando vió a la señora y a la cocinera llegar a su casa en aquellas horas de la madrugada. ¿Cómo podía ser aquello? ¡El, que cuando más tarde la había visto llegar fué de una a una y media de la noche, al regresar del teatro, acompañada de don Toribio! ¿Volvería de algún velatorio que le hubiera obligado a permanecer toda la noche fuera de su casa? ¿Qué circunstancia sería ella? Luisa, al encontrarse con él, según descendía del vehículo, pensó disuadir con dos palabras el mal juicio que el sereno pudiera formar de ella: pasó la noche en casa de sus padres, al cuidado de papá, que se hallaba algo delicado. No mentía ni sentía remordimiento alguno de conciencia a que Dios la castigase por decir lo contrario.

El pensamiento del vigilante nocturno coincidió casualmente con el de la señora y, procurando agradaarle, sonriente, con repeticiones halagüeñas en el diminutivo, al mismo tiempo que la saludaba quitándose y poniéndose ligeramente la mugrienta gorra, preguntó, apasionado, con decidido y familiar interés:

—Señorita, ¿ocurre alguna novedad en casa de los señores?

—¡No, nada! Papá que está algo malo y me he quedado esta noche allí.

—¡Ya decía yo! Porque me extrañaba ver a la señorita a estas horas; por eso preguntaba si ocurría algo.

—Y, más que nada, también porque se nos hizo algo tarde y optamos por quedarnos, mejor que venir a ciertas horas por ahí solas, expuestas a que nos hubieran tomado por otra cosa.

—¡No; eso, no! Porque siempre a la señorita se le conoce.

Mientras Luisa alargaba treinta céntimos de propina en compensación a haberle abierto la puerta y puesto en sus manos una cerilla encendida, un trasnochador tocaba las palmas y pronunciaba la acostumbrada y estentórea voz de «¡serenooo!» La señora de Ladrado penetraba en su casa y, tras cariñoso saludo, el vigilante cerró la puerta para servir al cliente que, a pie firme, esperaba cachazudo.

Un silencio sepulcral se percibía en casa del procurador cuando entró la señora. En el dormitorio tuvo un recuerdo de la figura de Toribio cuando pasó a desnudarse para descansar; recordóle con desaprensión haciéndole presente a Sebastiana, que, mientras la desnudaba como a un niño, le animaba distrayéndola con indiferencias ajenas, encogiéndose de hombros. Reparó el ver de su fisonomía y de su cuerpo en la luna del armario y, haciendo un mohín, metióse en la cama con intención de conciliar el sueño. En sus oídos repiqueteaban con suavidad las notas de un *fox* y el guirigay del salón cuando se dormía.

Sebastiana dejóse caer sobre la cama, vestida, porque momentos después tenía necesidad de levantarse para coger el pan y la leche a los repartidores, preparar la cocina y servir el desayuno a su señorita. No le importaba el regreso de Evarista, porque la eficacia de su ayuda reducíase estrictamente a secar la vajilla cuando nada tenía que hacer; si alguna mañana dió el encargo de que mientras iba a la plaza preparase lumbre para no perder tiempo cuando regresara de la compra. Evarista no hacía caso, con intención de que la señorita le reprendiera, condenando arbitrariamente de poco interés por la casa y atribuyéndole inconsciencias de retraso por el desayuno.

El antagonismo de Evarista marcaba la envidia

que sentía por el antiguo prestigio y consideración que a la cocinera guardaban los señores.

La señorita, ignorando tal vileza, le conceptuaba, con equivocación lamentable, de muchacha ignorante y de excelente chica, y aunque Sebastiana desconociera las malignas y trascendentales intenciones de su compañera, echaba en cara su maldad, llena de cólera, y, sin poder contenerse, prorrumplía en determinados momentos de indignación:

—¡Eres de Valdemoro, para que seas buena!

Soportando forzosamente el insomnio producido por el jolgorio de la noche, la cocinera, sin ir a la compra, despachó los pequeños y cotidianos asuntos relacionados con la casa, mientras Luisa dormía profundamente, reposando la fatiga que produjo el cansancio de su peligrosa aventura. Parecía haber descansado Sebastiana, porque hacía más de una hora que cesaron las llamadas del timbre por los proveedores que la tuvieron en cuidado y fueron llegando alternativamente, cuando una nueva llamada sacóle del ensimismamiento y de la faena que le distraía quitando perezosamente el polvo al mobiliario de la sala. Por la mirilla de la puerta vió a un hombre fuerte, de porte distinguido y de estatura regular, que, al preguntarle, manifestó con insistencia deseos de ver a la señorita. Una ola de fuego invadió el rostro de Sebastiana, poniéndose encarnada como la grana. Recordó, por el parecido de la voz, el asedio terrible de la máscara vestida de oso en el baile... ¿Qué querría? Si era él, demostraba tener bastante desahogo y ser bien fresco para llegar allí. Ruborizada, fué corriendo a prevenir lo que fuese a la señorita.

Sin anunciarse, entró en la alcoba y la halló durmiendo con la sábana por la cintura, una pierna encogida y la otra fuera de la ropa; la cabeza echada sobre su hermosísimo y desnudo brazo derecho, con la mueca de la sonrisa por el pensa-

miento de la ilusión y la felicidad en su semblante; su rollizo y bien formado brazo izquierdo, extendido sobre el cuerpo y adornado por una pulsera de oro liso, descansaba sobre el promontorio de su arqueada cadera, y sus abultados y redondos senos, como queriendo salir por el finísimo transparente de la opresora y cortísima camisa de seda rosa, por tejidos de cintas y diminutos lazos azules, que hubieran dado sensación de vida al deleite, estimulando el apetito con el perfume embriagador de la felicidad.

Luisa abrió los ojos sobresaltada, y procurando conocer el motivo de haberse despertado, con balbuceo e incoherencia dijo:

—¡Qué!... ¡Qué!... Está bien...— y volvió a quedar dormida.

—¡Señorita! ¡Señorita! — respondió Sebastiana—. Ha venido un joven, preguntando por usted.

—¿Está ahí?

—Sí, señorita; dice que quiere verla.

—¿Y qué quiere?... ¿Quién es?

—No sé qué querrá ni cómo se llama; pero tiene la voz parecida al oso del baile.

Luisa no pudo contener una carcajada y propuso, animada y jovial:

—Mira: acércame las zapatillas, lo pasas a mi gabinete y te vas a la cocina, sin aparecer por aquí hasta que yo te llame. Si durante ese tiempo viniera cualquiera y preguntara por mí, dirás que vuelva, por necesaria que fuese. Ya me entenderé yo con ése, a ver qué quiere. Si él es un oso, yo soy una leona, y a ver cuál de los dos puede más.

Cuando Sebastiana llegó a este punto refiriendo la orden de su señorita para no recibir a nadie, Sancho puso cara de disgusto, recomendando su intercesión para que le recibiera, aunque tuviera que esperar lo que fuese.

La portera, al preguntarle, respondió también que la señorita estaba en casa.

La cocinera, en atención a su necesidad, asegu-

ró complacerle y continuó refiriendo a Sancho la zozobra que le preocupaba.

El ebanista quedó más tranquilo y fué animándose en el curso de la conversación que a título de suceso y con asombro natural refería Sebastiana.

La señorita incorporóse al mismo tiempo que su pensamiento divagaba reflexionando en la persona que sin respetar su situación tuviera la osadía de llegar a su casa.

—Yo acaté el mandato de mi señorita, yéndome a la cocina.

La señora de Ladrado recordó también la arrogante figura de aquella máscara que, libidinosa y vestida de dominó, venció su resistencia, accediendo a bailar con ella repetidas veces, en diferentes piezas tocadas por la orquesta del baile. En sus oídos repiqueteaban continuamente palabras que la intrigaban, turbando su inspiración algunas veces por el asedio empalagoso de conocer cómo se llamaba y dónde vivía. No cabía duda se había enterado, cuando hasta la cocinera casi aseguraba haber oído su voz, y, aprovechando la circunstancia de estar solas, determinó cínicamente la visita. ¡Qué le importaba comprometer su situación, si buscaba satisfacer un capricho!... ¿Sería el interesante libertino que tanta gracia le hizo y tanto rió con él bailando «el pericón» para despedirse? Por algo no quiso Toribio cuando, siendo novios, propuso la llevara a un baile para conocerlo; y, más al contrario, estuvieron a punto de incomodarse por aquella proposición. Le echaría a patadas de su casa porque los hombres que se valen de ocasiones ajenas al amor para conseguir a las mujeres son unos canallas... No debió tolerar se ciñera a ella bailando ni apretara la mano para despedirse. Después de todo, ella tuvo la culpa por haber ido al baile requerida por la locura de Marichu. Si le rechazaba, daría un espectáculo y seguramente se enteraría Toribio,

cuyo pensamiento viable la llenaba de terror. Ella toleró inconscientemente sin consentir, como él creyó, por que la que tolera, otorga y consiente, en cuyo caso él no tenía culpa. Haría ver el sacrificio que a ella suponía otorgar el favor y la prudencia silenciosa que por su consejo adoptaría seguramente una vez conseguido. Si contrariaba las creencias de él, sería un penitente que en venganza al despecho fuese capaz de estimular al comentario para que su esposo se enterase. No importaba dar la cara ni mucho menos emularía por su curiosidad la conducta de Mesalina, aunque arrostrara las consecuencias dando el pecho al peligro, como los valientes, soportando con resignación lo que fuese. Casi siempre supo dar a los asuntos acertada y franca solución y en la ocasión actual abrigaba el convencimiento de arreglarla satisfactoriamente.

Púsose las medias de seda, sujetadas por ligas verdes a los muslos, y las chinelas; rocióse el pecho con unas gotas de esencia clavel; dejó el gorro de dormir sobre la cama; colocóse una bata japonesa, algo usada, con ramos blancos en fondo negro, y penetró resuelta en el gabinete, sujetando el desabrochado con una mano, mientras con la otra mesábase ordenando las crenchas de su pelo, caído sobre los hombros. Tras breve reverencia, aproximóse resueltamente al joven, echóle un brazo por el cuello, ciega por el temor, y con el esfuerzo de la sonrisa cayeron sobre un diván...

El visitante hallábase de pies y descubierto, con mirar codicioso y sobrecogido por la actitud de aquella mujer que apenas tuvo tiempo de contemplarle, dado la acción rapidísima y sugestiva de ella, y dedicar siquiera breves palabras en elogio suyo.

A Luisa le extrañó el temperamento frío y la mirada casi indiferente del joven, sometido como un maniquí al dominio morboso de su extraña vo-

luntad. ¿Qué necesidad tenía de adelantar los acontecimientos sin conocer definitivamente las intenciones insidiosas de su galanteador?

—Por eso, más que nada, le creo doblemente culpable a mi señorita.

—¡Jesús, Jesús! — repetía lamentablemente Sebastiana, avergonzada, con amargura hipocondríaca y tapándose la cara con las manos.

Sancho la animó a que continuase, ayudándole en algunos términos que defectuosamente omitía llena de rubor.

Ante los diversos conceptos que formó el visitante y el respeto que en principio le infundió, sin saber por qué, la actitud retadora de aquella hada, surgió el hombre potente, ciego el entendimiento e invadido su cuerpo por el fuego irresistible de la tentación del afán, a cuyo ímpetu soltó Luisa la bata, dejando su cuerpo tentador al descubierto como una mariposa. Los labios del macho besaron frenéticos la boca y el cutis aterciopelado de la hembra, y por el tacto de sus manos, la suavidad de su cuerpo, perfumado y macizo, la dureza retadora y protuberante de sus senos, que estimulaban el deseo embriagador y voluptuoso del placer...

Luisa no vió más que al hombre que trataba de seducirla para poseerla; y, ante el temor de verse descubierta y evitar el escándalo, anidó en su cerebro la idea inextinguible de entregarse incondicionalmente a él. En su azaramiento no previó otra cosa ni halló otra solución que lanzarse por el camino que constituía mayor peligro para ella, poniendo en evidencia su dignidad y su decoro, como, atribulada, pudo ofuscarle la intención de agredirle.

Esto, a simple vista, parece inverosímil, y es verdad, como no es el primero que por equivocación mata a otro.

En la historia de la delincuencia es más conocido y penado por el rigor de las leyes el segun-

do caso que el primero, porque el hecho de matar solamente es más escandaloso y punible en el seno de la sociedad que los abundantísimos y frecuentes delitos de adulterio; casi siempre encarnaron más en la conciencia pública y fueron más execrables los delitos materiales que los delitos fisiológicos y del honor, porque éstos pueden ocultarse con mayor facilidad que aquéllos. Por eso a Luisa le sedujo preferentemente el instinto de reserva en el trance de aceptar sin miramiento alguno los convencionalismos por la evidencia.

Lánguida y como desmayada cayó sobre un diván entre el frenesí y los brazos de él, y, torturando las ansias carnales del visitante, propuso un paréntesis a la saciedad y pasaron al dormitorio... Desprendióse de él para retirar las ropas que cubrían el lecho, advirtiéndole fuese desnudándose mientras adoptaba necesarias precauciones para hacer más ostensible el encuentro y facilitar comodidades a la lucha.

En un santiamén quedó listo, con su exagerada y potente generatriz a la vista e impaciente en extremo por que empezase el encuentro.

Ella le miró dos veces de reojo, reparando en los detalles de su ropa; pero atrajo su admiración el desarrollo físico de aquella naturaleza excelentemente parapetada, retándola con extraordinario descaro y asombroso cinismo al combate. Puso la bata sobre los pies de la cama, soltó las zapatillas y dejóse caer en el lecho como en sencillo y cómodo balancín.

El hombre, de un salto, echóse impaciente sobre ella; con su boca amordazó sus labios y apriñó con efusión frenética entre sus brazos el delicioso cuerpo de Eva.

Luisa volvió la cara, esquivando el asedio mortificante de la boca de su rival; cerró los ojos y apretó los dientes, acallando el rugir prolongado de un lamento... Respiraban jadeantes cuando un fuerte chillido de ella le hizo languidecer, decla-

rándola vencida, mientras suspiraba él frenético y balbuceaba ledo la absorción del instante supremo que ponía fin a la lucha.

De acuerdo reanudaron el asalto, no conformes con la contienda anterior, resintiéndose ella bastante menos que en principio, reconociendo el gigantesco poder de su adversario, aunque sin reprimir los gritos acallados, las palabras entrecortadas y los rugidos profundos que como lamentos finales precedieron al desmayo y al silencio...

—¡Ala... Ala... a... a... arico! ¡A... a...! ¡Hum... hum!—profería Luisa, ya en paroxismo ignávido y en inconsciente balbuceo.

Sebastiana, que obedeció en principio la orden de su señorita, no pudo sustraerse tanto tiempo al mandato, y, atraída por la curiosidad, abandonó sus quehaceres, situándose sigilosamente junto a la puerta del gabinete y aplicando el oído para conocer la importancia extraordinaria que su ama concedió primeramente a los originales misterios de la visita.

Debatían como antropófagos los contendientes el tercer tiempo y un silencio sepulcral reinaba en la casa cuando una idea terrible o un presagio funesto tal vez preocupó con extraordinario sobresalto a Sebastiana, poniéndola en especial cuidado, hasta que del interior de la habitación parecióle oír fuertes y entrecortados suspiros y el respirar apasionado y jadeante de dos cuerpos que luchan... No pudiendo prolongar más tiempo su impaciencia ante las circunstancias de un hecho grave, penetró en el gabinete y pasó a la alcoba, arrojando las consecuencias recíprocas de lo que fuese, exponiéndose a ser víctima también, como seguramente lo era su señorita; pero a ella correspondía prestar el auxilio circunstancial porque era la única persona afín que había en la casa. Estuvo a punto de gritar pidiendo socorro; pero se contuvo hasta cerciorarse personalmente, comprobando la veracidad de lo suce-

dido. Cuando entró en la habitación reservada, presenció el cuadro de dos personas que en cuerpo informe debatían apasionadamente una sobre otra; al cuerpo del hombre ceñíase efusivamente el brazo desnudo de la mujer, sudorosa y con el cabello en desorden sobre la almohada. Un chillido angustioso y un suspiro entrecortado por la pasión de Luisa hicieron retroceder a Sebastiana aterrorizada, y prontamente rehecha a la entereza de sus primeros temores, volvió, esforzándose por sacar fuerza de flaqueza, y jugándose el todo por el todo, como suele decirse, gritó junto al hombre repetidas veces con la voz velada por el miedo:

—¡Canalla, infame!... ¿Qué haces con mi señorita?...

Seguida del espasmo, Luisa tuvo para Sebastiana una sonrisa de satisfacción, para que depusiera su actitud y desistiera de sus temores, por cuyo motivo la cocinera, más tranquila, suspiró convencida, desechando los pensamientos viles y funestos que en principio atribuyó al joven visitante, que sintió paralizada su acción ejecutiva y propulsora por la influencia depresiva que la testigo pudiera ejercer en el ánimo de su víctima, hasta que la serenidad de ella restituyó a su cuerpo los grados de fiebre que en semejantes trances proporcionan el desiderátum, la soledad y el delirio...

La señora de Ladrado, insensible y reflexiva con su sirviente, pensó que imponer su disciplina ante el cuadro que ofrecía a Sebastiana sería delicado y expuesto, porque, como las muchachas hablan todo, fácilmente algún día pudiera decirlo y, al enterarse Toribio, proporcionara un disgusto haciendo pública su desvergüenza y deshonor, seguido de ¡quién sabe las cosas graves que pudieran ocurrirle!... Pudiera haber llegado a suicidarse o matarla, pedir el divorcio o cogerla, llevarla a casa de sus padres y marcharse tal vez

para no volver más... Eran juicios probables que, a pesar de la calentura que tenía, le daban vértigos de rabia y sentía escalofríos que le ponían el pelo de punta. No vió más recursos ni halló otra solución que ponerse a la defensiva, como hizo, para someterse también a la extravagancia impetuosa de su contrincante; y mientras él yacía desmadejado y lánguido, efecto del torrentoso reflujo, como una amapola marchita, con exquisita amabilidad dijo a la sirviente:

—Vas a la cocina y en un vaso de medio cuartillo estrellas dos huevos, les echas dos o tres cucharadas de azúcar, los bates bien y lo llenas de leche, y otro vaso igual, lleno de leche nada más, y los traes.

—Dedicaba mi atención a este quehacer precisamente cuando llamó usted — apresuró afirmativamente Sebastiana—. Y voy a llevárselos para decirle al mismo tiempo que está usted aquí y que necesita verla.

—Influya usted lo que pueda para que me reciba, Sebastiana; hágame ese favor, que yo haré por usted otra cosa—reiteraba con sumisión y con ahinco el ebanista.

—Ya le diré que he dicho a usted que está en casa, para que no pueda disculparse, haciéndole ver el interés que tengo por ello.

Sentóse Sancho en el confidente, respirando satisfecho, y la cocinera corrió apresuradamente a llevar los huevos y la leche a la señorita, en cuyo instante sonó el timbre, como advirtiendo el abandono de sus obligaciones.

Sebastiana entró con el servicio en una bandeja, y, ¡oh prodigio milagroso que alegró su corazón!, halló a la señorita vencedora, escarranchada encima de su adversario, y al terrible energúmeno, que hasta media hora antes parecía dueño de la situación imponiendo su caprichosa y arbitraria voluntad a la víctima, como muerto y sin

movimiento alguno, con sus remos extendidos sobre la cama, sin dar señales de vida.

Luisa advirtió simplemente haber llamado porque tardaba mucho en llevar el servicio; y a continuación agregó con exclamación risueña, cogiendo, levantando y soltando una mano al vencido, como si fuese la de un cadáver:

—¡Es una cosa atroz!... Mira cómo ha quedado, que no puede ni con su alma.

Por toda respuesta, sonreía Sebastiana, escudriñando con la mirada maliciosamente, no sabemos si por curiosidad y codicia personal o por halagar exclusivamente a su señorita.

Tras breve pausa, la señora de Ladrado bebió, sin inmutarse, el vaso de leche y recomendó a la cocinera dejara la bandeja con el otro vaso sobre la mesilla de noche.

Obedeciendo a un tiempo el mandato, Sebastiana cambió de pensamiento e hizo saber la visita de Sancho para conocer las noticias que hubiera de su representante don Toribio.

Luisa respondió que, aunque esperaba carta, no sabía nada, imponiendo le diera a conocer al interesado para tranquilizar su zozobra e incertidumbre.

—Además, no tiene necesidad de saber si estoy o no—agregaba con determinada reconvención la señora de Ladrado—. Le dices que el señorito no ha escrito, que es lo que le interesa saber, y en paz.

—Ha dicho que necesitaba hablar con usted también.

—Bueno; pues dile que no estoy.

—Ya se lo dije antes; pero, por lo visto, se ha enterado de que la señorita está en casa.

—¡Pues sí que tiene gracia esto!... ¿Y quién se lo ha dicho? ¿Cómo puede saber que estoy?

—No sé. Habrá preguntado a la portera o lo sabrá por alguna otra persona.

Transcurrió el diálogo en un lapso de escepti-

cismo entre la señora y su cocinera, interrumpido por aquélla, que apresuradamente saltó de la cama, pidió a Sebastiana pusiera las zapatillas mientras se recogía el pelo, sujetándolo con una horquilla, y se ponía también la bata, recomendando a su rival bebiera los huevos y a la cocinera que esperara allí mismo hasta que ella volviera, con objeto o pretexto de que acercara el vaso para reponer las debilitadas energías del vencido. Era imposible negarse a verle, dada la importancia del negocio y los beneficios que obtendrían de sus bienes; había que recibirle, alentarle y hasta halagarle, si preciso fuere, para atenuar el desaliento y la incertidumbre, disipar la influencia de los pensamientos recelosos y desconfiados que pudieran formarse en la imaginación de aquel infeliz.

La señora de Ladrado pasó al recibimiento, donde al efecto esperaba verla uno de los más renombrados clientes, según las conversaciones íntimas de su marido.

El ebanista, al verla, púsose de pies, en cuyo instante la demanda y la respuesta coincidieron a la vez.

Contestó ella e interrogó él, a que podría llamarse por corrientes psíquicas justamente el choque de dos inteligencias.

—Pues don Toribio no ha escrito todavía; y, vamos, ya, por más que tarde, mucho no podrá ser.

—Venía a preguntar si había escrito o sabía usted algo, porque el otro día estuve en casa de don Agapito y me dijo que, como no hubiera escrito aquí, él no sabía nada.

—No sé una palabra.

—Ya me lo dijo también la joven, pero yo no me fiaba por si acaso había habido alguna noticia y ella no lo sabía porque usted no se lo hubiera querido decir.

—Nada.

—Por eso me dije: lo mejor será preguntar a la señora misma.

—Bueno; tuvimos un telegrama cuando desembarcó en La Habana, diciendo que había llegado bien, que ya escribiría, y nada más.

—¡Ya!

—Sí, porque eso me parece que se lo dije a usted la última vez que estuvo aquí.

—Sí, señora; ya me lo dijo otra joven.

—¡Ah, sí! Evarista.

—Sí, señora—repetía condescendiente Sancho, por complacencia manifiesta de su carácter.

—Dése usted una vuelta por aquí dentro de dos o tres días a ver qué hay.

—Cuando usted diga.

—¡No! Cuando usted pueda.

—¿Le parece a usted bien el domingo que viene?

—Cuando le parezca bien.

—Es porque, como día de fiesta, no tendré que perder de trabajar y será mejor para mí.

—Bueno.

—A no ser que mande usted otra cosa.

—No, no, está bien; vuelva el domingo a ver si tenemos ya buenas noticias.

—Si antes ocurriera algo o hubiese alguna novedad y quiere usted hacer el favor de mandar *recao* a mi casa...

—¡No faltaba más!

—¿Sabrá usted dónde vivo?

—¡Sí, hombre, sí!

—Bien; pues muchas gracias, señora, y hasta el domingo.

—Hasta el domingo—repitió la señora de Ladrado, yendo hasta la puerta y tirando del pestillo que para abrirla titubeaba el ebanista, que salió a la calle, acariciando sus esperanzas y bastante complacido por lo deferente y amable que estuvo con él la señora del procurador.

Tan pronto como la señorita salió de la alcoba, Sebastiana sentóse en una butaca que había a la

izquierda del armario de luna, situado a la derecha de la portada.

El terrible enemigo, que, al saltar del lecho su contrincante, se había vuelto de espaldas, volvióse a la cocinera en cuanto Luisa salió de la habitación. Primeramente el descaro fué el que le llevó a mirarla, y a interrogarle cínico después:

—Oye: estás guapa .. ¿Qué fué de aquel novio que tuviste?

Sebastiana púsose encarnada como la grana y un estado propulsor de azaramiento invadía su ánimo, soliviantando el freno de la susceptibilidad dinámica, determinando inconsciencias de su voluntad, y repuso:

—¡No sé!

—¡Vamos, que bien satisfecho quedaría contigo!

—Usted lo sabrá.

—Y tú también.

—Yo no sé nada.

—Será que no quieras saberlo.

—Se conoce que a usted le interesa mucho—respondió con desprecio.

—Eso ya es otra cosa, mujer.

La cocinera enmudecía y el energúmeno continuó:

—Ahora, que me lo quieras decir o no, es diferente, como hubiera sido inútil que me lo negaras también.

—Es usted muy curioso.

—No es curiosidad, es que me está dando envidia de la suerte que tuvo el *andóval*.

—Está usted muy guasón.

—De sobra reconoces tú que lo mereces, aunque las mujeres seáis, por lo regular, enemigas de que os digan la verdad.

—Bueno; y últimamente, ¿qué? ¿Lo conocía usted?

—Yo conocía todo, mujer.

—No; eso es que se lo habrá dicho alguien.

—Claro que, para saberlo, de algún modo habrá tenido que ser.

—Pues bastante trabajo tiene el que sea con ocuparse de lo que no le importa.

—¡Ya merece la pena!

Sebastiana, viéndose halagada, soltó una carcajada y dijo:

—Tómese eso ya, para irme, y déjese de cuentos.

—Mira: si quieres, tómatelo tú. Según la señora son dos huevos, y te vendrían bien, porque te alimentarías un poco.

—Se agradece su generosidad.

—Bueno, mujer.

Y cambiando de tono prosiguió:

—Anda, cuéntame, a ver cómo fué eso.

—¿Y qué le voy a contar? ¡Jesús, qué *pesao* es usted!

—Era soldado de Artillería, ¿verdad?

—No, señor; fué un cabo de Caballería — respondió vanidosamente ella.

—Entonces ¿montaría bien?

—¡Qué pregunta más tonta! — agregó risueña y con hipocresía indiferente.

—No me negarás que, recién llegada de tu pueblo, el primer domingo que salió contigo te perdiste; y eso, la verdad, es no tener ni pizca de interés por una persona que se quiera.

La cocinera enrojeció un poco y repuso:

—Sí; pero no fué porque desconociera las calles de Madrid, ni mucho menos.

—Sea por lo que fuere, no me meto en eso, porque nadie más que tú sabrá cómo fué.

—¡Claro! Por eso dice el refrán que el que tiene lengua va a Roma.

—¡Bah! Gana de gastar saliva.

—No, señor; era la primera vez que salía de paseo, y, como Madrid es tan bonito, me quedaba como una tonta mirando a todo: a la gente, a las casas y a las calles... Luego estuvimos bastante

tiempo también en casa de su tía, y, ¡claro!, las horas pasaron sin darnos cuenta siquiera.

—¡Ah! Pero ¿tú novio era de Madrid?

—No, señor; él era de cerca de mi pueblo... En Madrid no tenía más familia que una tía, a quien quería mucho. Yo no tenía reloj, y si miraba a alguno, era lo mismo, porque no los entendía, y, aunque los señores me dijeron que volviera a las ocho, cuando llegué a casa eran las diez. Yo, como me daba mucha vergüenza decir que me había perdido, aconsejada por mi novio, dije que había estado en el teatro; pero mi señorita, viéndome tan sofocada y despeñada, no se conformó: procuró averiguarlo, y se enteró con bastante disgusto que me había perdido. Cogió una sofoquina horrible... y estuvieron a punto de darme la cuenta y echarme de casa.

—Y luego, tu novio, ¿qué?

—Mi novio, bueno, a Dios gracias.

—¿Seguiste saliendo con él?

—No volví a verle, porque no me dejaron salir más.

—¿Y no has vuelto a acordarte de él?

—Como acordarme, mucho, porque era un buen chico..., y él, después de todo, no tuvo culpa de que me perdiera; si a él le gustaba ver las cosas, a mí me gustaba mucho más. Por eso digo que la que se pierde es porque quiere... Cuando oigo referir algún caso de esos, me río, como cuando dicen, lamentándose de la que sea, ¡pobre chica! meneo la cabeza y digo para mí: ¡qué equivocada está la gentel!...

Su interlocutor, animadísimo y risueño, se había incorporado, sentándose al borde de la cama. Sebastiana, al ver la actitud descarada del socio, no pudo reprimir una exclamación de asombro y dijo:

—¡Jesús, qué desahogo! Habrá hombres frescos, pero más que usted seguramente no hay otro.

Púsose de pies y, al observar que no con las

mejores intenciones el luchador se tiraba de la cama con el arma contundente en disposición de acometerle, profirió, amenazadora:

—¡No tenga ganas de tonterías! Haga el favor de tomarse eso, o me voy.

—Me has puesto en un compromiso y esto no puede quedar así. Me parece que te lo vas a tomar tu. Ven aquí y no seas tonta, que ya sabemos lo que es necesidad—reponía el impertinente, asiendo de un brazo a la cocinera.

—¡Haga usted el favor de estarse quieto y de no propasarse, que va a venir la señorita.

El intransigente, sin escucharle, cogióla por la cintura y, sin gran esfuerzo, la echó con apasionado afán sobre la cama.

Aunque Sebastiana pesaría ochenta kilos aproximadamente, dada la excitación de nervios que tenía el individuo, poseído de cierto ímpetu sónico, la manejaba como si fuese una pluma; y no queriendo perder más tiempo desabrochando la blusa para buscar el frente al enemigo, porque ella se resistiera a dar el cuerpo, como generalmente se hace cuando se tiene miedo a una cosa, metió dos dedos por el escote y de un tirón arrancó el numeroso tupido de botones que abrochaban la blusa por su delantero, quedando el pecho ebúrneo de la pobre Sebastiana, como dos blancas palomas, al descubierto... ¡Lástima de blusa que un mes antes regaló la señorita a su cocinera, sometida ahora a modales tan bruscos por aquel intransigente energúmeno!

La infeliz Sebastiana, ante el inesperado ímpetu de su poderoso enemigo y como si sintiera que le desgarraban las entrañas, no pudo reprimir varios gritos de dolorosa protesta que obligaron a la señorita a correr presurosa para prestar auxilio, si hacía falta, y corregir lo que sucediera.

—¡No quiero! ¡Que no quiero!—profería angustiosamente la cocinera llena de pavor.

La señora de Ladrado, que después de despedir

a Sancho pasó a dar un vistazo a la cocina, al oír los gritos desesperados de su sirviente, que se revolvía en contorsiones, furiosa, contra su enemigo, corrió a la alcoba y halló a su rival, con movimiento de biela, blandiendo sin compasión alguna su arma terrible sobre el desventurado cuerpo de la desgraciada Sebastiana.

Llena de cólera y sin poder contenerse, golpeó furiosa e inútilmente a Alarico en la espalda, y dió tan fuerte mordisco en una nalga, que le hizo rugir, sin soltar la presa...

Visto su inesperada impotencia, Luisa gritó desconsolada y aparte:

—No puede negar que es un oso... ¡Y en mi misma cama! ¡Qué horror, Dios mío!...

## CAPÍTULO IV

### Susceptibilidades burocráticas

Cuando Juan llegó a su casa, encontró, inesperadamente, la visita de la señora Isabel y del ordenanza del Ministerio de Estado Teófilo Barríguez.

La señora María, reprendiendo a su hijo, hizo saber a éste el tiempo que llevaban esperándole y que, de haber tardado un poco más, se hubieran marchado sin haberlo podido saludar siquiera.

—¿Dónde te metes, hijo? Aquí tienes a la señora Isabel y a este señor, espera que te espera, y sin saber qué había sido de ti!

Los visitantes y Juan se saludaron.

La ex cocinera hizo la presentación a Juan del ordenanza, como si fuese un personaje providencial y extraordinario. Ofrecieron al ebanista los asientos que ocupaban ellos, y Juan se excusó así para estar de pies, porque no tenían más que las tres sillas que estaban ocupadas, agradeciéndolo y diciendo que estaba cansado de estar sentado.

—Si hubiera sabido que estaban esperándome— contestó el ebanista a su madre—, hubiera venido antes; además, dije a usted que iba a casa de don Toribio, a ver si había escrito, porque hace un mes que marchó y andamos a tontas y a locas, sin saber lo que hay.

—Pero, hijo, ¡por Dios!... Para preguntar eso, no creo que necesites toda la mañana.

Juan guardó silencio primeramente, y a poco respondió:

—Desde luego que para preguntar eso no necesito la mañana; pero cuando venía me encontré a la hermana de Chilongo, que iba a la botica por una medicina para su hermano, que está malo, y fui a verlo a su casa.

—¿Y qué es lo que tiene?

—Nada; dice que se levantó esta mañana con dolores tan fuertes en una pierna que no podía ni dar un paso. Llamaron a un médico, le dijo que era reuma y le recetó unas fricciones a ver si con eso se curaba, y si no se pusiera bien, tendrá que ir a que le pongan corrientes eléctricas, que dicen que es con lo que se quita.

—Y de don Toribio, ¿qué?

—Nada, madre; no se sabe nada todavía.

—¡Jesús! ¿En qué pensará ese hombre?

—No sé. He *quedao* en ir a preguntar el domingo que viene a ver qué hay.

—¡Esto es imposible, hijo!

—Si hubiera alguna noticia antes del domingo, la señora ha quedado en avisarme.

—¡Sí que tiene cuajo ese señor!—interpuso la ex cocinera.

—No lo crea usted, señora Isabel. A nosotros desde aquí nos parece todo muy fácil, y no sabemos los enredos que habrá, las cosas que tendrá que hacer y lo que tendrá que andar ese señor para cuando escriba darnos buenas noticias.

—Pero, ¡hombre—replicó la amiga—, lo menos que ha podido hacer es escribir en cuanto llegara!

—¿*Pa* qué? ¿*Pa* decir que había *llegao*? Lo sabíamos de sobra. ¡Ya puso un telegrama a su casa cuando desembarcó, diciendo que había *llegao* bien!

Los demás miraron convencidos al ebanista, y Barrigúez, hombre adiposo, repantigado sobre la silla como un gobernador ante sus ediles, frunciendo el ceño, con mirar insolente, cruzados los dedos entre sí y descansando las manos sobre su abultado abdomen, interrumpió:

—¿Quién es el abogado?

—Don Agapito Chotís de Aguates—repuso con relativa naturalidad la señora María.

—¡Ah, sí! Chotís de Aguates—repuso desdeñoso el ordenanza, mientras los circunstantes mirábanle, esperando oír algo que conviniera e ilustrara los escasos y vulgares conocimientos de su obscurantismo.

—Bueno, bueno con don Teófilo—intercaló siempre amable la señora Isabel—. ¡Quién lo había de decir!... ¡Dios mío, si lo viera la señora Gervasia!

Los otros miraban silenciosos a Barríguez, que respiraba satisfecho y convencido de sí mismo.

La ex cocinera continuó:

—¡Bendito sea Dios, con lo que le quería su madre!... ¡Su Teófilo, que era el ojito derecho de ella, hecho un personaje!

—¡Pchs! Regular—contestó ufano y con hipocresía el ordenanza.

—¿Y no vas por casa de los señores?—preguntó su ex compañera.

—El otro día, saliendo del Ministerio, me saludó la marquesa, que iba en el automóvil.

La señora Isabel guardaba los mismos respetos a la casa donde sirvió, y para ella seguían siendo los marqueses del Guateque sus amos unas veces y otras sus señores; y sin comprender el semblante orgulloso adoptado por Barríguez desde la última vez que lo vio a entonces, dijo:

—La señora es muy buena... ¡Si vieras lo que trabajó para conseguirte el empleo!

—Sí—afirmó desdeñosamente el ordenanza, esforzándose al responder porque no le agradaba la conversación.

La ex cocinera prosiguió:

—Todos los días hablaba al señor para que le llevara..., eso que ahora no me acuerdo, mujer..., ¿cómo se llamaba?

—Será..., verás..., la credencial, sí, la creden-

cial—interrumpió afirmativamente la señora María.

—¡Eso es, la credencial! Y ya ves si tendría interés, que hasta que no la consiguió no paró.

—Hoy es igual que un título; la prueba es que hasta en las listas me ponen *don*—admitió con apariencia despreciativa y significado orgullo Barríguez.

—¡Claro!—manifestó, aquiescente, Juan.

—Pues no crean ustedes que me conformo. A Escape le ayudo muchas veces y dice él mismo que trabajo mejor que muchos oficiales... Hay escribientucho de esos que no valen ni la mitad del dinero que ganan; y lo que hacen éstos lo hago yo con los ojos cerrados—aumentaba desdeñosamente.

Los otros le escuchaban sin pizca de aprensión, porque ni entendían ni les importaba el interés que pudieran tener las referencias del ordenanza.

Tenía costumbre de omitir el tratamiento debido a cada cual, por muchos y merecidos respetos que tuviera la persona de quien se hablara, como casi generalmente sucede en términos sociales, que, por mucha personalidad que tenga quien fuere, habréis oído decir Fulano y Mengano a secas, y las menos veces, don Equis, o como se llame, y casi nunca el nombre precedido del tratamiento jerárquico que tuviera, no por intencionada *elipsis*, sino por baja y chabacana costumbre de calificación y parecer, como suponen muchos al tragarse a otros crudos en ausencia, sin tener en cuenta que por las comisuras de sus labios no cabe un pulgar, y cuando el aludido se presenta, caen, como chacales en lazo, en el inmenso vacío de su ordinaria ridiculez.

Esto acontecía a Teófilo Barríguez, dado su recíproco y ordinario encumbramiento, al hablar de cualquiera a quien por su condición debiera guardar respetos y consideraciones ineludibles.

—Es cosa de suerte —respondió Juan a los últimos conceptos del empleado, que prosiguió:

—Eusebio Culeras me aseguró el otro día que en cuanto venga otro Gobierno me pasa dentro. Y eso, no crean ustedes que se hace con cualquiera, porque es muy difícil.

—¡Hay que ver! ¿Te acuerdas cuando viniste del pueblo y, para que aprendieras los nombres de las calles, el señorito Pepe te hacía escribir palotes y te enseñaba la cartilla por las noches?— recordó, desaprensiva e ingenua, la ex cocinera.

Barríguez enrojeció de cólera e hizo como inapercibido, por un golpe de obligada tos, a las últimas palabras de la señora Isabel; y la anciana y su hijo, al darse cuenta, disculparon con habilidad discreta los términos que le avergonzaban, con diferentes preguntas que cambiaron el cuidado de las conversaciones.

A excepción de Sancho, para los demás los nombres de Escape y Culeras eran lo mismo que si hubiera dicho Pedro o Manuel, porque, al hablar de quien los otros no conocían, lo único que se imaginaban fuese alguien influyente.

El ebanista los recordaba ligeramente porque les oyó nombrar cuando, a raíz de haber muerto su tío, estuvo en el Ministerio.

—¿Y qué le parece de esto nuestro, don Teófilo?—expuso la señora María, por la solución de su herencia.

—Ya sabrán ustedes lo que dijo Culeras...: que eso dependía del interés con que lo tomara el abogado.

—Desde luego, puedo asegurar hoy que don Agapito tiene igual interés que si fuese cosa suya —interrumpió Juan, sin malicia.

—Que es lo que hace falta aquí, que el abogado sea bueno—apoyó afirmativamente el ordenanza—, para que se les arregle como quieren y puedan estar tranquilos.

—Desde luego, listo es mucho... Al menos, todo

el mundo le reconoce así, y yo estoy muy contento con él—apresuró el ebanista con asentimiento de las mujeres.

—Según me ha dicho tu madre, creo que es muy conocido—admitió con ingenuidad la señora Isabel.

—Ahora le defiende un pleito también al conde de la Mantilla—murmuró la señora María.

—Como listo y prestigio, tiene mucho, porque va a él toda la gente rica—dijo tranquilamente Juan—, aunque él creo que también es de gente noble.

—¡Es claro! ¡Hija, si los Chotís de Aguates son muy conocidos!—respondió la señora María, cual si hablara a la ex cocinera, que propuso:

—Yo pensaba haber venido un día con Teófilo; pero, hija, unas veces porque no he salido y otras porque no lo he encontrado en casa, no ha podido ser.

Los otros guardaron silencio y la señora Isabel continuó:

—Porque éste hoy tiene con toda esa gente lo que le da la gana.

—Yo esperaba que hubiera usted vuelto por allí o, por lo menos, me hubiera escrito diciéndome en lo que había quedado con las gestiones del asunto; tanto es así, que un día, estando yo dentro con Melenas, oí que me llamaban y creí fuese cosa de los compañeros; conque a esto que entra un escribiente y dice: «¿Don Teófilo Barríguez?»... «¿Qué pasa?», contesté, y dijo: «Ahí tiene usted una carta»... Creí fuese de ustedes, y luego resultó ser de un compañero que hace dos años fué trasladado a Santa Cruz de Tenerife, diciéndome que se encontraba muy bien.

—Pensé volver—respondió en señal de cumplido Juan—, pero luego me encontré con un amigo y me aconsejó que tenía un *abogado* tanto y cuanto de bueno, y me presentó a él.

—¿Quién era?

—¡Don Agapito!

—El que tenemos hoy—interpuso la señora María.

—¡Dios le bendiga, porque es un pedazo de pan!

—Esta mañana pasaba yo, de misa, en el tranvía de Argüelles, y mandé parar cuando te vi hablando con aquel señor en la calle de Carranza—advirtió a Barríguez su ex compañera, haciéndole reflexiones—, y dije: «Ahora sí que no te escapas, ya no te vas», y esperé un poco distante a que terminaras, cuando te di el jalto!

El ordenanza sonrió desdeñosamente.

—Gracias, señora Isabel—repuso Juan, agradecido.

—Ya sabemos que es usted una buena amiga y que por usted no hubiera *quedao* sin arreglar lo nuestro.

—Hombre, no necesito decir lo que haría por vosotros, porque me conocéis hace muchos años, sobre todo tu madre.

—Está bien, Isabel. No hace falta que lo digas—respondió la señora María, reconociendo sinceramente la generosidad de la ex cocinera.

—¿Lleva usted mucho tiempo con la vista así?—preguntó extemporáneamente Barríguez.

—Pues desde que murió mi esposo, que en paz descanse.

—¿Y no han podido curarla tan buenos oculistas como hay?

—Hemos hecho todo lo que se ha podido, don Teófilo, y, como usted comprenderá, por mí no iba a quedar—replicó Juan.

—¡Ah, claro!

—Ya hace muchos años que anda delicada—intercaló su amiga—, lo que pasa es que tan mal como ahora no ha estado nunca.

Juan meneó la cabeza e hizo una mueca de desagrado, como indicándole no debía hablar así, para que la enferma no conociera el mal estado

de su situación; y la señora Isabel rectificó ligeramente diciendo:

—Pero, según el médico, se curará y quedará muy bien.

—Yo conocí a uno—interpuso Barríguez—que andaba así, como su madre... ¡Bastante mal de los ojos por cierto!, y lo vieron una barbaridad de médicos..., y nada: cada vez, peor. Hasta que un día vino un paleta a casa de una vecina suya; se lo dijeron, fué a verlo y dijo que no era nada lo que tenía, que él se comprometía a curarle y que perdía el *pescuezo* sino lo curaba... Coció unas yerbas para que se lavara los ojos con el agua y a los quince días estaba admirablemente bien.

—¡Cuántas cosas hay que los médicos no aciertan de ninguna forma y luego las cura cualquiera como la cosa más sencilla del mundo!

—Tienes razón, Isabel.

—Eso es verdad.

—La mayor parte de los médicos quieren arreglarlo todo con la medicina, y hay naturalezas que no puede ser porque los cuerpos no las admiten—agregó el ordenanza.

—Lo que pasa con eso muchas veces es que algunos enfermos, en vez de curarse, se ponen peor.

—Ahí tenéis bien claro la homeopatía—dijo la señora María.

—¡Eso es!—asintieron con exclamación natural los demás.

—Yo lo sé, porque aquí cerca hubo una vecina que, cuando un chico o cualquiera de ellos se ponía malo, no llamaba a ningún médico; iba al homeópata, que le daba unas pildoritas pequeñas, a los pocos días se ponía bien y ya no necesitaba más.

—También hay muchas personas que se ponen malas por los aires o las aguas—expuso cándidamente la señora Isabel.

—Ya me dijo uno de los que fuimos a ver que

la sacara fuera y se pondría bien con el cambio de aires. ¿Se acuerda usted, madre, de aquel don Paulino que nos dijo eso?

—Muchas veces no se sabe si eso haría bien o mal—interrumpió la ex cocinera.

—¿Y no probaron ustedes?—preguntó Barríguez.

—La mayor parte de los médicos que vi no fué más que *p'aumentar* mi sufrimiento por su enfermedad. «Llévela a tal parte y con los aires se le quitará», decían unos. «¿Por qué no prueba, yendo a tomar las aguas de *cual sitio*, que le sentarán bien y le desaparecerá eso?», proponían otros, sin pensar que soy un pobre, que no tengo más que la noche y el día, y que, con lo poco que gano, no puedo moverme.

—¡Y cuánto hay de eso, desgraciadamente!

—Tiene usted razón, Isabel—asintió don Teófilo.

—¡Claro! El que se encuentra en un caso como el mío y piensa que por falta de medios no puede cumplir la recomendación del médico, por lo que creyera curarse, figúrese usted la sangre que se le pondrá a uno, pensando que por falta de medios no se cure un ser como supone *pa* cualquiera una madre. Ultimamente, si se hubiera *tratao* de mí, no me hubiera *importao*; pero, ¡vamos, don Teófilo, que lo juzgue cualquiera para sí!, porque tragos como ese no son más que *pa* el que los pasa, como yo; y si no, que se ponga cualquiera en mi lugar, a ver cómo se le ponen las tripas.

La ex cocinera asentía y Barríguez contestó:

—No quisiera engañarme, pero me parece que hay *estituciones* benéficas en donde le facilitan al que sea toda clase de medios que necesite para eso, según tengo entendido.

—Esas son campanadas sin consecuencias, como pintan a Venecia, con sus farolitos de verbenas, que *pa na* sirven: monopolio de unos cuantos, *p'hacer* ver que hay caridad, y es pura fórmula, mentira todo y nada más, don Teófilo. La ma-

yor parte de esas instituciones o juntas de casca-  
beles se escudan en la religión, mezclando inicua-  
mente sus divinos preceptos a *to* trapo *pa* servir  
a quien les da la gana, sin respetar la idea que  
cada uno quiera tener porque les parezca lo que  
fuere.

Los demás escucharon con relativa indulgen-  
cia, y el ebanista continuó:

—A mí me lo dijeron y, cuando vi que mi ma-  
dre empeoraba, fui, ¿y qué? «Que venga usted  
*pasao* mañana»; cuando volví, «Que haga usted  
una solicitud»; cuando fui con la solicitud, «Que  
tiene usted que traer la partida de nacimiento»;  
luego, con más paciencia que el santo Job, «Que  
tiene usted que traer también el certificado de  
conducta del alcalde de barrio», y, después, «Que  
tenía que esperar a que le llegara el turno». Así  
es que, después de hacer sacrificios gastando el  
dinero que no tenía, pidiendo por ahí como podía  
y perdiendo de trabajar muchas mañanas, me  
quedé como petrificado y con la boca abierta de  
que tampoco podía ser.

—Eso consiste en el acierto que se tiene para  
hacer las cosas muchas veces—interrumpió el  
ordenanza.

—Yo creo que el motivo de todo es que suelen  
proceder con mucho embozamiento.

—Aunque así sea, hay mucha *diferencia* de  
hacer una cosa bien a hacerla mal, amigo Sancho.

—Yo no pude hacer más que obedecer lo que  
me mandaron, porque nada entendía; y no creo  
que la caridad exija determinadas condiciones de  
moral, por necesitada que estuviese la persona  
que la pida.

—Así debe ser—apoyó ingenua la señora Isa-  
bel.

—No está mal—contestó con reprimida petulan-  
cia Barriguez.

El ebanista prosiguió:

—Pues verá usted: tiempo después, contando el

caso a un amigo, me dijo: «¿Por qué no buscas una influencia?»; y, dolorosamente *pa* mí, como no la tenía, mi madre se quedó sin nada y yo sin lo que por su salud codiciaba mi esperanza.

—Pero, hijo, ¿qué se le va a hacer ya?... ¡Déjalo, que Dios nos ayudará por otro camino!

—No es eso, madre. Cuando predicán una cosa que es mentira, clama a cualquiera que necesite de la propaganda de sus fariseos y se deduce que es maniobra de la conveniencia...

—Yo, en esas cosas, la verdad, no me meto —murmuró Barríguez.

—No le quepa duda, don Teófilo, que la caridad sirve de careta a muchos para explotar a otros y satisfacer, con ese pretexto, las corrompidas intenciones de su peligrosa condición.

—Claro que el que está herido, como usted, tiene derecho a justificar su rencor.

—No procuro justificarme, don Teófilo; porque usted, en mi caso, haría igual que yo.

—¡Hombre! En esas condiciones, nada tiene de particular que hiciera lo mismo...

Comprendiendo la señora María que su hijo se exacerbaba hablando de fases olvidadas, cuyas razones eran generalmente conocidas, y con intencionada idea de apartarlo de aquella enojosa conversación, preguntó a su amiga:

—¿Y la señora, está más tranquila? ¿Se le ha ido ya el mal humor?

—¡Ay, hija! Si la vieras, no la conocías; en cuanto la sobrina dejó al novio que tenía, se puso como una balsa de aceite. Ahora está conmigo que no sabe lo que hacerse. Mira: el otro día estaba limpiando la ropa de un armario y me regaló dos blusas y esta falda que llevo puesta—al mismo tiempo que se miraba la prenda y hacía ostentación de ella a los otros—; está nuevecita; y, sobre todo, las blusas están impecables, porque no se las ha puesto más que dos o tres veces.

—¡Ya puedes estar contenta, hija mía!

—Lo que es a Isabel, la vino Dios a ver con haber ido a casa de esa señora—intercaló el ordenanza, consentido.

—Ahora digo yo, como decía usted antes, don Teófilo, que son cosas de acertar o no—repuso Juan.

—¡Claro! Suerte, nada más, porque, muchas veces, no se sabe cómo hacerlo para que podamos estar contentos.

—¿Y qué pasaba con el novio de la sobrina, señora Isabel?—preguntó Juan.

—Pues no lo podía ver ni en pintura.

—¿Tan malo era?

—No es que fuese malo, es que ella es una mujer muy rara y le había tomado hinchá porque era teniente; y como a ella no le gusta esa gente...

—¿Y qué más tiene uno de esos que de los otros?

—No sé; pero contaba que cuando era joven, a pesar de los muchos pretendientes que tuvo, de ellos, no quiso a ninguno.

—Esas son rarezas de carácter.

—Lo comprendo; pero decía que antes consentía se casara su sobrina con un barrendero que con el novio que tenía. Y hasta que no lo echó no paró; y eso que la señorita estaba emperradísima con él, que no veía más que por sus ojos, porque lo quería a cegar.

—La cosa es que Isabel está encantada de la vida—aportó su ex compañero Barríguez.

—Es que, mira, Teófilo: ya sabes lo exigente que era la señora Marquesa, y yo me reconocía muy pesada también para esos trotes, porque tenía muchos años.

—¿Y cómo se buscó esa casa?—preguntó con indiscreción Juan.

—Una señora que era visita de los Marqueses me lo propuso un día que fué y se encontró con la doncella y conmigo solas en casa... Me llamó aparte y me dijo: «Mira, Isabel: tú misma recono-

cerás que para la cocina y lo que exige la casa no sirves. No te incomode que te diga la verdad, porque te aprecio. La señora no te lo ha dicho ya, considerando que llevas muchos años con ellos. Así es que una amiga nuestra prefiere una mujer de tus condiciones: que no tenga familia y sea sola, como tú, a una muchacha joven; te dará lo que quieras y podrás estar como te dé la gana, porque no tiene más familia que una sobrina, que se casará cualquier día y quedará sola con la servidumbre. »A mí, verdaderamente, me daba vergüenza y pena dejar la casa, y le dije: ¡Por Dios, señora! Si la señora Marquesa se entera, dirá que le hago una mala acción. «No lo creas—me contestó—, porque la señora no es tan falta de conocimiento para incomodarse cuando sepa que vas mejorando. Además, no temas nada, porque yo se lo diré también a los señores, aparte de que es muy justo y humano que cada cual procure siempre por lo que más le convenga. »Sí, señora; pero es que..., la verdad, me da no sé qué marcharme. «Haz lo que quieras, pero no lo sientas, porque ya hemos hablado de eso varias veces y quedamos en que yo te lo propondría. Conque piénsalo bien y dime lo que quieres ganar para decírselo... Nada, nada; no titubees y contéstame con franqueza. »Y le dije que con que me respetara cuando no estuviera capaz de trabajar y que mientras trabaje me diera el salario que tenía en casa de los señores era bastante. Digo esto porque pudiera cansarse de mí cuando no pudiera valerme y me echara diciendo que no le convenía; y, como usted comprenderá, aquí, en la casa, creo que los señores me respetarán cuando pase más tiempo, aunque no sirva para nada, considerando los muchos años que llevo con ellos y, además, porque son muy buenos y caritativos. «Por eso no te preocupes, Isabel—contestó—. No creo haya casa que tenga tan poca conciencia para despedir a un criado cuando por la edad no estuviera capaz de

trabajar. De cualquier modo, se lo diré y haré por contestarte cuando vuelva... A ver si puedo venir el jueves. »Y el resultado de aquello fué que a los diez días ya estaba en la casa.

—¿Aceptó las condiciones que usted le impuso?—preguntó Barriguez.

—Cuando se fué, ¡claro que las aceptaría!—interrumpió Juan con desaprensión, y la ex cocinera contestó, mirando al ordenanza:

—Yo, sin compra, como tú sabes, ganaba ocho duros en casa de los señores y creí ganar lo mismo cuando fuí a esta casa, porque eso fué lo que pedí; pero me dijo la señora: «No, Isabel; en vista de tu modestia, voy a darte dos duros más al mes para que no echés de menos la casa y estés más contesta, porque considero, y es muy justo, que cuando una persona cambia de situación voluntariamente sea para mejorar. »Cuando llegué, naturalmente, como hacen en casi todas las casas, me impuso mi señora la obligación de lo que tenía que hacer: levantarme a las siete, arreglar mi habitación y encender lumbre; luego, traer la compra que haga falta y estar de vuelta a las ocho y media cuando más; hacer el desayuno, dar el chocolate a la señora y desayunar nosotras, una muchacha auxiliar que hay también y yo; atender a la poca cocina que tiene, en que la señora no molesta nada porque es muy sencilla, y peinarla, porque la habitación de la señora y el resto de la casa lo arregla la muchacha; después de comer, estar con ella en sus habitaciones arreglando y cosiendo la ropa que lo necesite; preparar la cena para rezar el rosario a las siete y media; los miércoles y sábados, acompañarla también a misa de once, y los domingos, ir yo sola a oír la misa que me parezca, dedicar a mis cosas el día y hacer lo que me dé la gana.

—Entonces, ¿ella no va a misa los domingos?—preguntó la señora María.

—No; dice que ese día no quiere ir a la iglesia

porque hay mucha bulla, y por eso prefiere cualquier otro día de la semana a los domingos y días de fiesta.

Barríguez, que repantigábase, respirando con satisfacción, sobre el respaldo de la silla, sacó el reloj, guarnecido por una hermosa cadena de *double* de dos ramales, terminando cada uno en los bolsillos del chaleco, pendiente de cuyo centro tenía un colgante del mismo metal con el número quince inscrito en una circunferencia, y dijo:

—Bueno, Isabel; que es la una y cuarto, y se hace tarde.

—¿Y qué importa, don Teófilo?—interpuso con amabilidad la señora María—. Pero, como es domingo, hoy no tendrá usted que hacer nada.

—Sí; pero, aunque no tenga oficina, para mi señora es igual, porque me espera para comer antes que vaya alguna visita.

—¿Y qué más da, don Teófilo, para que esté un poco más?—agregó Juan con simulada intención de retenerlo.

—Reconozco que mi visita ha sido sumamente grata a ustedes, como a mí me ha satisfecho también mucho haberlos conocido; pero lo siento, no puede ser.

—¡Vamos, hombre, estaremos un poco más! Yo también tengo prisa por la hora y, sin embargo, ya ves—propuso la ex cocinera por generosa condescendencia a las pretensiones de sus amigos.

—¡Que no, Isabel!—respondió el ordenanza, intransigente, ya de pies y en actitud de marcharse.

—Bueno; ya sabe dónde tiene usted un amigo—expuso Juan, alargando y estrechando efusivamente la mano.

La señora María agregó al mismo tiempo:

—Y una segura servidora, don Teófilo.

A cuyos ofrecimientos contestó Barríguez:

—Gracias; igualmente les digo; ya saben dónde estoy.

La señora Isabel despidióse también de sus amigos y acompañada del ordenanza fué en un tranvía hasta la glorieta de Bilbao, en que Barriguez descendió del coche para dirigirse a su casa por la calle de Malasaña hasta la de San Hermenegildo.

Durante el poco tiempo que estuvieron juntos, sus pocas palabras fueron dedicadas a elogiar la excesiva bondad de la humilde familia compuesta por la señora María y su hijo, que, durante la comida, y en alto grado, enaltecieron también la memoria del empleado ministerial y el reconociendo cariño de su amiga Isabel.

—¿Y usted qué opina, madre?

—Que parece buena persona y, más que nada, un hombre que ha tenido suerte. Aparte de lo que sea, ahí tiene usted cómo son las cosas: un individuo que viene de su pueblo a servir de *criao* con esos señores y que porque aprende a leer y a escribir un poco y le dan un destino se cree un Séneca.

—¡Es verdad!—exclamó secundariamente la anciana—¡Así está la vida!

—¡Y así está todo!...—afirmó, meneando la cabeza, su hijo.

## CAPÍTULO V

### Junto a las puertas del desengaño

El domingo siguiente Juan volvió por casa de sus representantes, deseando vislumbrar alguna luz o aureola de paz que mitigara sus infortunios y calamidades.

Doña Luisa, siempre cariñosa y amable, contestó negativamente, como también don Agapito. No sabían nada y desconocían a qué atribuir el silencio, alentándole con la creencia y el convencimiento de que no tardaría mucho tiempo en escribir, cuyas razones e impaciencia atenuaba con habilidosa conversación el abogado.

—Yo he escrito ya tres cartas a un amigo que tengo allá, y esté tranquilo, que, cuando ninguno de los dos ha escrito, por algo será; obedece seguramente a inconvenientes cuyas circunstancias han retrasado la realización del asunto.

La señora de don Toribio hizo igual recomendación que la vez anterior para que volviera cuando quisiera o estimara oportuno; y, ante su preocupación, alentaba su incertidumbre como don Agapito, revistiendo el argumento de la conversación con palabras que rehabilitaban el consuelo de su esperanza infinita... Creyó encontrar a Sebastiana en casa de don Toribio; pero vióse sorprendido por la misma doncella que veces antes franqueó la puerta para recibirle. Demostró reconocerle por la sonrisa que manifestó la sir-

viente, cuyo motivo sirvió de pretexto para preguntarle por su compañera.

—Está en la cocina. ¿La conoce usted? ¿Quiere que la llame?—respondió Evarista complaciente.

—No, nada; muchas gracias. Saber si estaba bien.

El martes era día de fiesta, y como el ebanista no trabajaba, lo aprovechó para ir a casa de su abogado.

Don Agapito había salido y la sirvienta notificó, por encargo de su señora, que el señorito no estaría hasta las ocho, por si tenía necesidad urgente de verlo y quería ir, a no ser que lo dejara para otro día.

Sin responder a la contestación encaminóse a casa del procurador...

Doña Luisa estaba en misa y nada en concreto pudo contestar la doncella...

Anhelante, repitió las visitas el domingo próximo, y cuando llegó a casa del señor Ladrado encontró a la señora dispuesta para salir a misa, que apresuró con hipócrita regocijo al verlo.

—Por fin, ayer recibí carta de don Toribio y no dice más que el asunto marcha, aunque con alguna dificultad, y que no nos preocupemos por él, porque está bien. Vaya a ver, si quiere, al señor Chotís de Aguates, porque, según dice, le ha escrito también. Convencido, fué a casa de su abogado y le contestaron que no estaba.

—¿Estará a mediodía?—preguntó Juan a una señora gruesa que le franqueó la puerta por cuyo continente parecía la dueña de la casa.

—No creo, porque estaba convidado a comer en casa de unos amigos... ¿No puede usted volver mañana?—aumentó la dama tras ligera reflexión.

—No, señora; mañana es imposible, porque tengo que estar en la obra.

—O esta noche, si no, que estará de siete a ocho.

—¡Bien! — repuso con decidido acatamiento Sancho—. Volveré esta noche. En casa del procurador me han dicho que le ha escrito...

—Yo de eso no entiendo, porque él recibe diariamente su correspondencia y, como usted comprenderá, son cosas suyas nada más.

—Bueno; pues esta noche vendré a ver qué hay.

Juan pasó el día alentado por multitud de esperanzas fraguadas en el magín de sus ilusiones. Ya diría el expedicionario a don Agapito a cuánto ascendía el importe del capital legado por su tío, y pocas horas quedaban para conocer la indulgencia de sus apremios y calamidades. Dios era justo y en su hora para probarle, como a Job, le indultaba de los tormentos que dió y del cautiverio de privaciones que padeció, restituyéndole bienestar y dicha a sus legítimos merecimientos de bondad. Con alegría filial, dió a su madre el toque de atención para la buena nueva y a que el *Capitán*, incontinenti, parecía festejar, lamiéndole las manos y saltando sobre sus rodillas. Todo era contento y propósitos futuros para la madre y el hijo. Su impaciencia aumentaba al unísono de sus pensamientos regeneradores, hasta el extremo de parecerles cada minuto un día y años las horas que una a una sucediéronse en el transcurso de la tarde, deseando llegara el momento preciso para marchar a casa del abogado.

A las seis y cuarto salió de su casa, montó en un tranvía de los que hacen el recorrido por la calle de Fuencarral al centro; a las siete menos diez descendió del vehículo, cerca de la Red de San Luis, y penetró resueltamente por la calle del Desengaño, hasta apartarse por la transversal de Mesonero Romanos, para entrar en Jacometrezo directamente a casa de don Agapito.

Esquina a Mesonero Romanos y Jacometrezo advirtió a una señorita rubia, como de unos veintitantos años, de regular estatura, facciones co-

rrectas, ojos negros y de conjunto atrayente y sugestionador, en amoroso coloquio con un galán aproximadamente de su edad. Llamó su atención, más que nada, por lo pegados que estaban uno a otro: ella, con la espalda sobre la pared, y en actitud acometedora él, dando el frente, manoseando y apretando con su mano derecha la izquierda de ella. Las otras manos actuarían con mayor intensidad en habilidoso tacto y amorosos deseos de satisfacción. En ella reconoció con asombro a la joven que, yendo para misa por la calle del Almirante, dió un beso, por apuesta con sus amigos, meses antes, sin estimar que la señorita le hubiere reconocido también. El galán con quien departía sus grados de fiebre era un bizarro capitán que, estando en Africa y a raíz de un hecho glorioso, relatado con verdadero entusiasmo por un corresponsal én popular diario, escribió ella, a espaldas de su familia, ofreciéndose como madrina de guerra por consejo fraternal de algunas amigas que también apadrinaban a otros. Estaban muy en moda los apadrinamientos con las buenas costumbres de la alta sociedad y era conveniente seguir el curso regular y conciliador en sus distinguidas relaciones, aunque, después de todo, ¡pchs!, carecía de importancia un caso que, por su aspecto vulgar, integraba las corrientes generales de la vida.

El ebanista esperaba a pie firme a que le abrieran la puerta para entrar en casa de su abogado cuando le sorprendió la llegada de la señorita que momentos antes departía con su ahijado inconcebibles y porfiados propósitos de Cupido. Y, ¡oh circunstancia casual!, la señorita a quien él besó en la calle del Almirante y tan amartelada encontró en la calle poco antes con un galán era la encantadora Conchita Chotís de Aguates, hermana de don Agapito.

Sin saludar siquiera, ella le reconoció, mirándole de reojo, y, con la libertad de posesión y con-

fianza, decidióse a pulsar el botón del timbre para que abrieran.

Encarnado como una amapola cedió paso, sin decir una palabra, para que entrase primero Conchita, que pasó de largo a sus habitaciones, sin duda para cambiarse de ropa, mientras que él quedaba en el recibimiento, esperando a que le recibiera su abogado.

Don Agapito apareció con la característica de su sonrisa en el semblaate, y, alargando la mano, dijo a Sancho:

—Hombre, por fin, anteayer recibí carta.

—Sí, señor, ya lo sé; me lo dijeron esta mañana en casa de don Toribio y vine en seguida a verle a usted, y no estaba.

—Sí, he estado fuera con unos amigos.

—Por eso he venido ahora.

—Pase y se la enseñaré—suplicó Chotís, yendo por la derecha hacia su despacho.

El ebanista, sumiso y con la gorra en la mano, siguió tras él y penetró en el cuarto de trabajo.

Don Agapito apoltronóse en el sillón, perfectamente mullido, y, tras manosear algunos papeles, buscando lo que pretendía, halló la carta y con impasibilidad natural alargó a su cliente el escrito para que leyera.

Algo emocionado y un poco nervioso leyó Sancho, deletreando la mayor parte y entre dientes las terminaciones en algunas palabras de la carta de su procurador:

«Mi apreciable y distinguido amigo Agapito: Habrás extrañado mi silencio involuntario por la serie de dificultades inesperadas e impuestas a la pronta y eficaz realización del asunto. Además, he venido desconociendo el terreno que pisaba, sucediéndome como suele decirse de gallina en corral ajeno, encomendado a la reconocida benevolencia y desinteresada merced de nuestro querido amigo Trompetilla, en todo momento hospitalario y bueno, y cuando no, a las personas que

generosamente quieren asesorarme para sostener el derecho en el laberinto de torcidas e intencionadas interpretaciones que a todo trance me propongo esclarecer. Nada puedo decirte hoy, porque afluyen acreedores de todas partes y me proporcionan días de trabajo abrumador que me obligan a permanecer en vela muchas noches, sin poder descansar ni un minuto siquiera. Hasta ahora, he sabido dar airosa solución a todo, por intrincados que fueron los inconvenientes sometidos a mí, y con igual acierto sabré salir de los que pudieran sobrevenir en lo sucesivo.

»Nuestro cliente Juan Sancho está de enhorabuena y puede alegrarse de no haber venido, porque tendré presente toda mi vida la noche del veintisiete de diciembre, que milagrosamente escapé al linchamiento que me preparaban unos cincuenta y tantos obreros de los que trabajaron últimamente en el ingenio por espacio de tres meses sin haber podido cobrar un céntimo siquiera de lo que con justificado derecho se les adeudaba. Pude escapar a las iras de aquellos desalmados, con justificado motivo decididos a todo, refugiándome en el hotel donde me hospedo, primeramente, por la intervención de unos policías, hasta que poco a poco se les hizo saber el papel único de amigable componedor que desempeñé en la herencia, yo, enemigo de discordias y de conflictos. De haber sido persona interesada, lo hubiera pasado mal, seguramente, porque, dada la actitud levantisca que germinaba en el ánimo de los amotinados, hubieran sido inútiles toda clase de reconveniones, porque estaban decididos a todo.

»Di a Sancho que, a pesar de tanto inconveniente, se arreglará el asunto como no hubiera podido arreglarlo otro, de cuyos resultados daré cuenta detallada cuando vaya, con los beneficios que hubiere, si podemos recabar algunos.

»Dentro de unos días volveré a escribirte para

que estés al tanto de lo que suceda y notifiqués su marcha al interesado.

»Hablando de otra cosa, es un país encantador y resultaría pequeño cuanto dijera de su riqueza natural, la simpatía y hechizo de sus mujeres hermosas, juntamente con el carácter siempre amable, servicial y hospitalario de sus habitantes.

»Seguramente pensarás en los buenos e inmejorables cigarros que me fumo en este prodigioso país, pequeño en territorio, pero grande en espíritu y en dinero. Ya te llevaré unas cajas de Vuelta Abajo para que recordándote participes también de lo bueno.

»El día de Nochebuena me acordé mucho de vosotros, como también mi pobre Luisa pasaría mal día acordándose de mí. Esta festividad, por su costumbre tradicional, se celebra aquí con igual entusiasmo y popularidad que en España, y a los dependientes del hotel que la celebraron sumáronse algunos clientes a la zarabanda, que degeneró en típico «guateque», con que terminó la fiesta a últimas horas de la madrugada. Obligado por unos y otros, me limité a desempeñar el papel de simple espectador, acompañando a coro, riéndome a la fuerza cuando se reían y siguiendo las corrientes del jolgorio por educación y complacencia.

»De cualquier modo, tengo muchas ganas de terminar pronto con esto, porque me acuerdo mucho de Madrid.

»Con esta fecha escribo también a mi casa para tranquilizar a mi mujer, que estará sumamente preocupada conmigo.

»Saluda a tu mamá y a Conchita y recibe un fuerte abrazo de tu fiel e invariable amigo, T. Ladrado de la Cuerna.»

El ebanista quedó como alelado, mirando a don Agapito y sin saber qué contestar.

El abogado, alargando la mano y cogiendo la misiva cedida por su cliente, repuso:

—Ahí tiene usted una cosa que nos parecía facilísima y no lo es, porque en manos de otro no hubiera tenido arreglo posible. Menos mal que don Toribio es de un temperamento que no se arredra fácilmente y ha sabido ir sorteando la situación con el tacto y acierto que seguramente otro no hubiera tenido. Eso, usted mismo ve lo que dice, lo comprometido que se ha visto en varias ocasiones para arreglar algunas cosas.

Sancho hizo signos afirmativos de cabeza, atónto por la lectura de la carta, que de buena gana hubiera vuelto a leer, y las circunstancias peligrosas a que estuvo expuesto su procurador, mirando como hipnotizado, subyugado por la mirada y la conversación de don Agapito, que continuó:

—Por eso hay muchos casos en la vida que hasta que no se ven no podemos aventurar nada. Muchas veces, nos lanzamos por caminos que nos parecen lo que luego no son, y cuando vemos el desengaño, el recurso que nos queda es decir: «¡Si yo lo hubiera sabido!»... Usted mismo asegura que su tío tenía una fortuna inmensa, cosa que nunca he dudado; pero ¿cómo?... Porque bien cumple aquí el refrán que dice que «no se sabe de quién es la carga hasta que muere el arriero»... Ya ve usted: en las circunstancias que explica don Toribio se encuentran los bienes que ha dejado... De todas partes se presentan acreedores reclamando, a lo que desde luego tienen indiscutible derecho, porque los resguardos van inscritos con la firma de su tío, que son los que tienen validez legal y los que don Toribio discretamente reconoce; y a pesar de eso, los disgustos y calentamientos de cabeza que le proporcionan saldar esos compromisos únicamente para las personas que los conoce, como yo, pueden apreciar la importancia de su delicada y penosa trascendencia. Ahora bien, me consta hay riquezas cuantiosísimas que en determinadas circunstancias

arrostran momentos de verdadero peligro porque necesiten dinero para resolver asuntos relacionados con el régimen de su vida interior, fases de verdadero apremio, pasado el cual vuelven indefectiblemente, rehabilitadas al curso de su vida ordinaria, revestidas de su primitivo espíritu progresivo; pero si en una de esas ocasiones falta el timón, la cabeza directora o el brazo propulsor, declinarán irremisiblemente por el sendero tenebroso de la muerte. Eso es lo que se deduce de la fortuna de su tío. Cruzábase una circunstancia de esas y cuando mayores apremios tenía encontró la muerte en manos de sus asesinos; y como de momento no hubo persona interesada que se encargara de la buena dirección de sus negocios haciendo frente a sus compromisos, con entereza necesaria a sus irregularidades, fracasó porque sí, porque tenía que fracasar un negocio como todo el que, como ése, se halle en completo abandono más de un año.

—Entonces, don Agapito, ¿tan mal está eso que cree usted no cogeremos nada?—suplicó con acentuada pesadumbre y extremada humildad el ebanista.

—¡Hombre!, tanto como eso, creo que no; pero, vamos, mi comentario es definir lo que se comprende y casi por adelantado podemos asegurar, sin que por eso quiera decir que descorazonemos definitivamente. El corazón no debe faltar nunca, porque ya sabe usted que lo último que se pierde es la esperanza.

—Lo que me extraña es que mi tío tuviera necesidad de recurrir a nadie, como usted dice, cuando él nos pintaba tan bonita e inmejorable situación en sus cartas.

—Sería todo lo bonita que él quisiera decir, pero ya ve usted lo que dice don Toribio.

—Sí, señor—asintió Juan como sumido en letargo de profunda y desconsoladora humildad.

—No consiste se vea necesitada una casa sola-

mente por los apremios de su situación; puede pensarse en dar mayor desarrollo al negocio y necesitar dinero para su desenvolvimiento en un caso dado. ¿Y cómo?... ¿de qué modo?... Yendo al crédito, hipotecando o pidiendo con la garantía correspondiente hasta recabar lo que hiciera falta o de momento necesite. Naturalmente que, cuando se emprende un negocio es para algo y nadie piensa morir ni fracasar en él; pero, por lo que se ve, desgraciadamente, su tío no tuvo tiempo de probar el azar y menos todavía las ventajas de su imaginaria fortuna secundaria. Es lo que, si mal no entiendo, deduzco de la carta de don Toribio y vería también en cualquier otro. Comprendo que son muy dolorosas para usted, como lamentables también para nosotros, sus desastrosas consecuencias, a pesar de las cuales está usted persuadido de lo que nosotros, hubiéramos querido: que don Toribio hubiera podido liquidar... ¡no miles de duros, sino millones!, con objeto de que todos marcháramos bien, porque con un par de millones que pudiera liquidar siquiera a nosotros nos corresponderían por nuestros horarios seis u ocho mil duros a cada uno; y de eso a nada ya ve si hay diferencia.

—¡Ah, si cogiéramos siquiera un millón!—exclamó Sancho, acariciando con frialdad su desvanecida esperanza—. Más de diez y tal vez más de quince mil duros había de dar a cada uno de ustedes.

—¡Caray! No me había dado cuenta que estaba usted de pie—argumentó con cariñosa hipocresía el señor Chotís de Aguates—. ¿Por qué no se sienta?

—Es igual, don Agapito—repuso Sancho con pequeño asomo de sonrisa, continuando de pie.

—¡No, hombre, no! ¡Siéntese, haga el favor!—reiteró con su característica natural de intencionada hipocresía el abogado.

—No, muchas gracias, don Agapito. Tengo que

marcharme porque me está esperando la abuela y se va haciendo tarde.

—Bueno; entonces, lo que que sea, sonará—encareció el abogado, poniéndose de pies, tras breve pausa.

—¿Me avisará usted cuando haya algo?; y si no, cuando pasen quince o veinte días, si le parece, daré una vuelta por aquí.

—¡Convenido!—respondió con acatamiento don Agapito.

El ebanista salió del despacho y tras él su representante, que con exquisita amabilidad se adelantó a abrir la puerta para que saliera el cliente, precedido del saludo acostumbrado y ceremonioso.

## CAPÍTULO VI

### Conceptos deplorables

Juan iba como astro errante por las calles, sin pensar en un punto determinado adonde pudiera dirigirse. Tan pronto se detenía en una esquina como cruzaba de una acera a otra, o se paraba, como alelado, en medio de una calle, delirando en multitud de complejas y acerbas reflexiones. A veces tropezaba con algún transeúnte de los que se cruzaban en cualquier dirección, sin dar importancia alguna al encuentro, aunque volviese la cara el ofendido, por atribuida y mal supuesta incorrección.

El mundo había sufrido una transformación instantánea para él, ahogando sus ideales y enterrando definitivamente la sonrisa de sus esperanzas y ensueños. No hallaba consuelo que mitigara los pensamientos de desilusión cruel que llevaría a su madre, víctima inocente y resignada a las ingratitudes del desacierto y del destino.

En la calle de Fuencarral hallábase parado, y aunque le saludó nombrándole el chico del carbonero, ni oyó o, por consiguiente, no hizo caso; y en la glorieta de Bilbao le retuvo su amigo Boni, a quien sin escucharle ni oírle siguió, como suggestionado por inexplicable hipnosis, a casa de Mariano.

Con las preguntas de unos y de otros sintió aflojarse la venda de dolor que aprisionaba fuertemente sus sienas, resolviendo la prudencia o la

mentira al efecto de su desaliento para cuando fuese a casa responder a su madre. Los que le conocían pidiéronle explicaciones, reconviniéndole para que frecuentara el establecimiento como antes y asistiera a las partidas de mus que en honor a Baco celebraban alegremente.

Don Jesús y Mariano charlaban de pies junto al mostrador y el tío Tiberio jugaba la partida con tres desconocidos sobre el ángulo interior derecha.

Todos cambiaron de pensamientos e ideas cuando vieron entrar a su antiguo camarada Juan Sancho. Don Jesús fué el primero en preguntarle por la marcha de su herencia, a que hicieron eco los circunstantes, con opiniones, pensamientos y pareceres negativos. El ebanista contó detalladamente punto por punto los motivos de sus futuros y posibles desengaños, y, con el convencimiento de que todos pensaban como sucedía, fué animándose, en la seguridad de ser un desheredado de la fortuna y penitente luchador del pan nuestro, como los demás, hasta la muerte.

Una vez más dejóse oír la palabra cariñosa y aristotélica del maestro, ante el convencimiento entusiasta de sus amigos y verdaderos creyentes:

—Desde el primer día sabía yo lo que le iba a suceder a usted, amigo Sancho. Es muy lamentable y, desde luego, se le resta actividad al espíritu de trabajo; pero sería conveniente, para ir a cualquier parte, a dondequiera que nos dirijamos, marchar convencidos de obtener respuesta negativa, sin beneficio alguno de lo que pretendamos, para evitar los desengaños y dolores que pudieran sobrevenir como pesadilla fatal y quebrantable agobio de nuestro ánimo. Fui prudente y no quise contradecirle, porque no me gusta contradecir a nadie... Además, mientras se tiene esperanza somos felices, porque conseguidas nuestras aspiraciones y propósitos, la vida nos resultaría aburrida y desagradable; y paralizado el

organismo de su actividad, no hay lucha posible, sin cuyos afanes no merece la pena de vivirla. En los años que tengo, no he visto contienda de intereses que hayan salido bien parados sus litigantes: siempre salieron perdiendo, el que tenía razón como el que no la tenía, porque para conceder el derecho a quien lo tuviere y emitir el fallo legal pasaron meses y meses escribiendo fárragos inútiles, aumentando los considerandos de innumerables folios para justificar últimamente el derecho *in albis*.

—¡Don Jesús!—interrumpió con escepticismo Mariano—. Entonces, los abogados, ¿para qué sirven?

—¡Los abogados! —contestó el maestro, meneando la cabeza y soltando una carcajada—. Los abogados, exceptuando unos cuantos, dignos de la admiración general, como personas y profesionales competentísimos que merecen toda clase de respetos y consideraciones, son los apuntadores y traspuntes de esa comedia eterna. El abogado es un funcionario perfectamente definido por las leyes para representar en los Tribunales a una de las partes contendientes y recabar en definitiva el derecho conferido por la ley ante los Tribunales de Justicia. Esa es su sagrada misión y su deber. Pero ¿cuándo? Porque generalmente confunden la investidura de su misión por el egoísmo. ¡Es tan triste tener que encomendarse a una conciencia extraña, aunque la ley imponga determinadas sanciones a la rebeldía y a la traición! No ha mucho he visto a un abogado cobrar veinte duros a una pobre mujer por una operación de cuarenta. Y eso por ir a cobrarlos nada más, porque le dijeron a la interesada, donde tenían que dáselos, que no se los darían mientras no fuese por ellos un abogado; y cuál sería la conciencia del sujeto, que sin tener que hacer escrito de ninguna clase y a persona que más que nada merecía una limosna sacrificó así.. ¡Y tan-

to que la merecía!, porque vivía de la caridad pública. ¡Y a cuántas personas más no he visto también tener que abandonar la cuantía de una herencia porque importaban más los escritos y pretextos del abogado y procurador que los beneficios correspondientes que debieran liquidar! Bien claro tiene el ejemplo Ramírez: ¿ha cogido algo de un puñado de pesetas que tenía en litigio con sus cuñados, al cabo de infinidad de tiempo que puso el asunto en manos del mismo abogado y procurador que tienen la herencia de Sancho? Y eso que hace más de un año estoy oyendo siempre lo mismo: que le iban a dar lo suyo. Créame que cuando oigo mentir con ese descaro tan grande me marchó porque se me revoluciona la sangre al oír las conversaciones de tanto borrego y de tanto engañado como hay.

Los jugadores dejaron la partida por escuchar definitivamente a don Jesús.

El carbonero interrumpió:

—Lo que más me admira es la pasividad de personas que permanecen indiferentes ante esas desvergüenzas, pudiendo arreglarlo decorosamente, y dejan que ruede la bola.

—Porque a ellos no les duele, y si cuando quieren algo lo tienen, ¿qué les importa que los demás se fastidien?—apoyó razonablemente el ebanista.

Y don Jesús contestó:

—La pasividad o la indolencia, como usted ha querido decir, señor Tiberio, perdurará, sin que nosotros la veamos desaparecer, porque ni por asomo se arreglará eso... Que ruede la bola, sí, y al que le pique que se rasque, y el que no esté conforme que se lo cuente a Rita o se pegue un tiro... Pero ¡qué solución más clara y más bonita tiene eso!... Si el dolor de la muerte y los yerros de la vida fuesen tan difíciles de arreglar como eso, ya podríamos decir que no había imposibles.

Los circunstantes escuchaban silenciosos y entusiasmados y don Jesús prosiguió:

—En cuanto haya un Gobierno que autorice a los ciudadanos que soliciten defenderse ante los Tribunales competentes, sin necesidad de abogados ni de procuradores, suprima las «providencias» que sirvan para entorpecer acciones rápidas y conclusiones definitivas en los sumarios, sobre todo en litigios de intereses, y retribuya con una escala de sueldos de dos a cinco mil pesetas a los empleados de ese ramo de la administración que viven de manera accidental.

—¡Don Jesús, por Dios! Si al presupuesto actual le aumentan, ¿dónde quiere usted que vayamos a parar? Entonces, para lo que falta, tendríamos que trabajar para otros.

—¡No, hombre, no!—negó con disimulada ironía el maestro.

—¡Claro!—murmuró razonablemente el tabernero—. El trimestre pasado me aumentaron la contribución en cuarenta pesetas, que si por no sé qué o no sé cuántos; y éste también he pagado un nuevo recargo de cincuenta pesetas más, no no sé por qué, así es que a este paso tendremos que cerrar, porque, si no, no se sabe a dónde iremos a parar.

—No es eso—repuso con moderación don Jesús—. Aunque se explica con sobrada razón, no ha entendido lo que quise decir. Aumentar el presupuesto de ese departamento no significa que se aumente el presupuesto general de la administración pública; no, señor. Sin aumentar las cargas que tiene el país podría distraerse de otros ramos de la administración para remediar ese estado de cosas, como digo, porque, de lo contrario, ¿qué puede esperarse de un empleado de alta categoría que le asignan cuarenta o sesenta pesetas de sueldo al mes, teniendo que sostener casa, mujer e hijos con decoro necesario? Cuando se presenta a sanción un litigio cualquiera, debería señalár-

sele a los funcionarios el tiempo de un mes o dos como máximum para terminarlo, cuyo tiempo es más que suficiente para conocer cuál de las dos partes tiene razón, tramitando debidamente las requisitorias necesarias para su total esclarecimiento y aporten las defensas categóricas y definitivas conclusiones.

—¡Así debería ser, don Jesús!—interrumpió con vehemencia el carbonero, y significó otro:

—Que la tiren *p'arriba*, que la tiren *p'abajo*, estaría bien eso, y mientras no lo hagan así, como usted dice, *to* es mentira.

El maestro continuó:

—Ahí tienen ustedes una cosa buena que tienen los militares: los consejos sumarísimos, que en cuatro o seis días, ¡listo y a otro!... Cuando se presenta un pleito a sanción de los Tribunales competentes, por intrincado que sea, es tan poderosa la razón que en seguida se manifiesta porque sobresale excesivamente de la mentira, como la belleza de la fealdad y la virtud del engaño, y no creo haya otra cosa que esperar que a la tramitación de las declaraciones para que comparezcan las defensas, si las hubiere, y darla conclusa. Todo lo demás huelga, perdiendo el tiempo lastimosamente uno y otro, sobre todo el que pleitea con razón.

Uno de los que jugaban con el tío Tiberio interrumpió con mal disimulada y reprimida indignación:

—He estado oyendo hablar a usted con mucha paciencia de cuanto ha querido decir sobre un sistema cuyo proceder viene rigiendo desde que existe el mundo, y si cree usted que con sus palabras van a transformarse costumbres tan antiguas como esas, está en un error, amigo mío.

Los otros miraron con extrañeza al individuo, y don Jesús contestó:

—Si se ha ofendido usted porque le hubiere afectado en algo, lo siento mucho.

—Don Jesús, dicen que el que se pica ajos come—exclamó Boni, sin intención de herir la susceptibilidad de los demás.

—¡Hombre! Puede que me interese más de lo que usted cree.

—Pues interesándole lo que sea, aquí y en todas partes no podré decir más que la verdad, aunque desde luego me consta que lo que yo diga no va a ninguna parte; pero por lo menos desahoga uno cuando se dice lo que debe ser y, más que nada, cuando se habla lo que se siente.

—Si con eso cree usted decir verdad, son argumentos que por lo menos a mí no me convencen, aunque a estos señores les parezca lo contrario.

—Usted perdone si cree le he ofendido en algo, porque no tengo el gusto de conocerle.

—Yo tampoco tengo el gusto de conocer a usted, pero sólo me basta oírle para responder lo que se merece.

Como Mariano parecía interrogar con la vista al desconocido, el individuo prosiguió:

—No es que me afecte porque sea yo el primer interesado, pero es lo mismo, porque se me ofende indirectamente, siempre que un hermano mío es oficial primero de escribanía en las Salesas; y, vamos, estoy seguro puede ir a todas partes con la cara levantada, sin que nadie tenga que señalarle con el dedo.

—Ya he dicho primeramente que usted perdone, si le parece que le he ofendido; pero conste que aquí y en todas partes diré siempre la verdad de cuanto sepa... Sin referirme a su hermano precisamente y sí a los que como él tienen la asignación de un sueldo irrisorio de sesenta o setenta pesetas, dígame: ¿cómo viven? No creo que se sostengan del aire como los camaleones. De algo vivirán.

A excepción del interesado, a quien respondió el maestro, los demás soltaron una carcajada.

—Es que los trabajos suyos devengan derechos indiscutibles, que cobran después.

—Aunque devenguen todos los derechos que usted quiera, nunca sería para tanto. La prueba es que todavía no he visto a ninguno que, manifestando la clarividencia de su poderosa verdad en litigio, haya salido ganando, por mucha razón que haya tenido. Ahora, dígame usted en qué consiste... Claro que ellos no tienen culpa de nada. Lo enredan así, hacen bien.

—Si pudiera verse la conciencia de los demás, ¿cuántos no harían lo mismo? —replicó el individuo, y Mariano, asintiendo, murmuró:

—¡Claro! A no ser que hubiera alguno que se comiera a los interesados.

Los otros sonrieron un poco, a excepción del carbonero, que agregó:

—Puede que alguno prefiriera se lo comieran primero a tener que aguantar tanta mecha.

—Dicho como ustedes lo dicen, no tiene más alcance que la broma—contestó, jovial e indiferente, don Jesús—. Pero estudiada bajo otro punto de vista esa palabra de que se los comen, tiene más trascendencia de lo que parece. Sólo puedo decir, aunque mi palabra no va a ninguna parte tampoco, es que de la forma que está eso no conviene a nadie porque sólo se favorecen el uno por veinte mil de los ciudadanos, en perjuicio de los demás. De modo que a eso creo que no hay derecho, como quiera que se mire. ¡Está muy mal! Lo digo aquí, como diría en cualquiera otra parte que me preguntaran. ¡Muy mal, señor es! Lo repito y sostendría siempre. El que no quiera oírme que no me oiga; pero si estuviera diciendo un mes sin parar que estaba muy mal, nunca diría lo mal constituido que está eso, adoptado el sistema de proceder que hoy rige, por los muchísimos males que encierra para todo el mundo. Así es que ¡está muy mal!, y el que no quiera oírme que se tape los oídos.

—Tiene usted razón, don Jesús—afirmaron dos o tres al mismo tiempo que asentían cuantos se encontraban en la taberna.

El maestro prosiguió:

—Organizando ese ramo de la administración pública como digo, bien estaría se cobrara como arancel a los capitales o intereses que se presentaran a litigio un quince o un veinte por ciento al sumo, que me parece sería bastante cobrar; pero, aunque así fuere, de eso a lo otro hay mucha diferencia... ¿Usted cree—sostenía don Jesús, mirando indefectiblemente al individuo que compartió el rato de juego con el carbonero—que cobrando su hermano un sueldo de cuatro o cinco mil pesetas y un tanto por ciento por derechos arancelarios, que estipularan razonablemente, no podría vivir perfectamente bien? Ahora, que de eso a lo otro hay mucha diferencia.

Los otros asintieron unánimes y Sancho preguntó:

—Oiga, don Jesús: entonces, de lo mío, ¿qué opina usted?

—¡Hombre!... Me parece que he dicho bastante.

El ebanista, sin replicar, le miró con cara de lástima, sin comprender lo que el maestro quiso decirle, como sucede a la ignorancia, que nunca se ve satisfecha.

Don Jesús nuevamente replicó:

—He dicho, y tome nota para que no se le olvide, que ni Ramírez ni usted, ni usted ni Ramírez, cogerán un céntimo. Ahora creo que me habrá entendido bien, porque lo he dicho bien claro.

—Bueno; eso son suposiciones, porque todavía no sabemos lo que sucederá, don Jesús.

—¡Hombre, hablo así por lo que cuenta!; y sean las suposiciones que quiera y piense usted como le dé la gana, desde luego puede desecharlas, porque no cogerá un céntimo. Ahora, si usted quiere engañarse a sí mismo, aliente la sonrisa de la ilu-

sión y viva con la esperanza, y llegará a tener dentro de veinte años menos que tiene hoy.

El ebanista, poniendo cara de lástima, hacía signos afirmativos de cabeza.

El maestro prosiguió:

—Me pide un consejo de amigo, y de verdadero amigo se lo doy: noble, leal y desinteresado. Antes llegó usted aquí amagadísimo, o, más bien, sumido en incertidumbre dolorosa, y por eso creí mejor darle, como suele decirse, el golpe de gracia, quitándole la venda que cubre ignominiosamente sus ojos para que no crea a nadie, y menos en nada, y se convenza de que le engañan miserablemente, como engañarán también a otros, porque la realidad más grande de la vida es la mentira; y cuanto mayor sea ésta, mayor eficacia tendrá para los que viven del engaño y mayor contento proporcionará convenciéndonos forzosamente a los que vivimos engañados. Desde luego, si usted abriga creencias distintas y, con mi palabra de amigo, en vez de creerme, le martirizan mis consejos por la lucha implacable que pueda sostener en el obscurantismo de su fuero interno, termino por callarme, cediendo a la voluntad de sus ciegas y caprichosas creencias, en la seguridad de que no creerá o, por lo menos, dudará de lo que acabo de decirle.

—No, don Jesús; yo siempre he creído a usted de buena fe todo lo que haya sido.

—Aunque así sea y quiera usted rectificar, no me convence. No volviendo a decir una palabra para desviarle de su mal emprendido camino, estoy seguro volverá usted a él con mayores bríos y más fe que antes, porque ya dije en principio que la esperanza es lo último que se pierde; pero, entiéndame bien, que debemos prescindir o perder la esperanza de una cosa que no nos convenga, a la fuerza, a trueque de nuestros sufrimientos y dolores, porque sí, porque debemos perderla, como cuando se nos muere un padre, una

madre o cualquier otro ser querido perdemos toda esperanza de vida, porque irremisible y dolorosamente nos arrebatara la muerte, lo mismo debe usted perder la esperanza del dinero que pensara coger de su herencia, para evitarse, con el desengaño, las decepciones, los sufrimientos y dolores. Edifique nuevo albergue de esperanza en su corazón y dedique con entusiasmo a él la savia de su inspiración, su actividad y sus energías, anteponiendo siempre como remedio precursor el faro potentísimo de la desconfianza para evitarse posibles y crueles desengaños.

Los dos individuos que contendieron con el carbonero en la partida levantáronse, pidiendo la cuenta con intención de marcharse, y Mariano mandó al chico pusiera unas copas, a gusto de cada uno, a cuyo efecto el tío Tiberio y el hermano del oficial pidieron aguardiente y los demás, incluso Mariano, tomaron unos culitos de valdepeñas, que sirvió el dependiente; y aunque Boni se resistiera a tomar algo, a ruegos del tabernero, bebió por fin media copa de vino, como ellos. Los dos primeros salieron de la taberna indiferentes y silenciosos, en cuyo instante Boni preguntó, casi exigiendo al carbonero, sobre la personalidad de los sujetos con quienes departió amistosamente en la partida.

El tío Tiberio respondió:

—Uno de ellos es hijo de un conocido de un amigo, de un íntimo amigo mío fumista, cuando yo tenía la tienda en la calle de Calatrava, que, como me conoce, pasaba por ahí con el otro muchacho, que se conoce es amigo suyo, y, al verme, el hijo del conocido de mi amigo se acercó a saludarme y pasaron a tomar una copa los tres amigos. Como sabe que soy aficionado al mus, me preguntó y les invité a jugar un rato. Se lo dije a Mariano también, y no quiso, porque decía tenía que hacer y le dolía la cabeza.

—¡Ah! Entonces, a ese que dijo ser hermano de

un oficial, ¿no lo conoce usted?—preguntó extrañado don Jesús.

—¡Vaya un *jerolífico* que nos ha *armao* usted ahí, señor Tiberio—interrumpió Boni, casi a la vez que el maestro.

El carbonero respondió:

—No lo conozco más que como ustedes. El otro chico, cuando me lo presentó..., no estoy seguro, pero me parece que me dijo se llamaba... Serafin Chupa Embrollo o Embrollos, no me acuerdo bien.

Y cambiando de tono contestó a Boni:

—Creo que está bien claro lo que he dicho *pa* que no lo comprendas, como dices, porque a ese paso, si te explico la cosa como fué, lo entenderás menos todavía... El fumista trataba con una muchacha de la calle del Amparo que había tenido un novio. Un día reunió, el que había sido novio, a unos cuantos amigos suyos con intención de sorprender al fumista y darle una gran paliza; y cuando iban decididos a cometer la faena, le dieron el alto, estando en una *tasca* él y yo, un domingo por la tarde. El que menos preparado iba, llevaba un bastón más gordo que mi brazo, y los demás, excuso decir a ustedes cómo irían. Un amigo ya me había contado algo, porque, por lo visto, se lo dijo la prójima; pero yo no hice caso ni di importancia a la cuestión hasta que vi el cuadro y dije *pa* mí: ¡Agárrate, Tiberio, a ver por dónde sales! Yo, la verdad, con bastante *mieditis*, pensé, tocándome la barriga: aquí, el que menos, vamos a salir con la cabeza *aplastá* o las tripas fuera, y dije: ¡Prudencia, Tiberio!, hasta que veas por dónde empieza... Yo tenía la llave de la tienda, cogida con la mano, en el bolsillo de la chaqueta, y, por lo visto, se fijaron un poco, creyendo que iba *empalmao*, y se contuvieron por *canguis* más que por otra cosa. En vista de que a tres o cuatro pasos de nosotros no hacían más que cuchichear y ninguno se decidía a nada en

definitiva, entramos en la *tasca* y detrás entraron ellos. Tomamos una copa y ellos también tomaron otra. Indiferentes nos miraron de reojo y, con la misma indiferencia, miramos nosotros también; y, en vista de que ninguno dábamos un paso rompiendo el silencio, me caractericé, mirando cara a cara al que parecía ser más valiente y revistiendo cuanto pude la energía de mi voz me acerqué a él y dándole un guantacito en el hombro le dije: A usted, que es tan flamenco, y al que quiera, le desafío ahora mismo. Todos a una dieron como un resoplido echándose *p'atrás*, aparte de los que ligeramente se rascaban al mismo tiempo los bolsillos, previniéndose. El tabernero se puso en medio, diciendo que en su casa no se armaban cuestiones y que el que quisiera algo se fuese a la calle. Los otros entonces, viéndose defendidos, parece que se envalentonaron un poco, procurando armár jaleo, porque el dueño de la *tasca* se encaró conmigo, diciendo que allí no consentía él de ninguna forma hubiera broncas; y, con un poco de *canguelo* todavía por lo que pudiera ocurrir, porque me parecía estar viendo por el aire las banquetas, las mesas, los frascos, los vasos, las botellas... y todo a que se hubiera podido echar mano, dije: Sí, señor, repito la palabra de desafío al que quiera, si es castizo, *pa* jugarnos al mus ahora mismo lo que les dé la gana. Excuso decir a ustedes el efecto que hizo en todos mi proposición. Todos a una cambiaron de color alegremente y se dispusieron en las mesas a jugar lo que quisimos, porque estuvimos *enredaos* toda la tarde. *Resultao* fué que no pasó *na* y que todos salimos amigos.

—Una de las cosas que sin pensar resultó a usted bien, señor Tiberio, porque, con perdón de los presentes, no sé cómo no se ensució de miedo en los pantalones—interpeló ingeniosamente Sancho.

—¡Hombre! A cualquiera hubiera sucedido

igual que a mí... No es que tuviera miedo realmente, no, señor, porque de hombre a hombre ya sabemos que no va nada, y hasta con dos no me hubiera *importao*, como a cualquiera de los que estamos aquí; pero ¡si eran cinco o seis contra nosotros dos nada más! Decir lo contrario sería una tontería.

—Crea usted, señor Tiberio, que si llego a saber que usted no conoce al otro, por lo menos sin cuatro palabras bien dichas no se hubiera ido—interpuso Boni con indignación e intencionada trascendencia.

Mariano contestó por tranquilizar el espíritu de don Jesús y contener la exaltación alusiva de Boni:

—Yo, como ustedes comprenderán, me callé, porque no soy el *llamao* a promover cuestiones con las cuales mi casa no gana nada; pero si hubiera visto que la cosa pasaba a mayores, ¡ya hubiera dicho a ese pájaro quién era yo!

—Oye, Boni: ¿te enteraste bien de la relación que te hizo el señor Tiberio?—preguntó Sancho, por distraer los pensamientos que pudieran exacerbar a su amigo.

—Sí, hombre. Que es amigo de otro amigo, conocido de otro amigo de un amigo suyo; y todo se refiere a que lo conoce, y en paz.

—¡*Eco, eco!*—respondió convencido superficialmente el carbonero.

Sancho contestó:

—No; era nada más por si no te diste cuenta de lo que dijo.

—Cuando uno quiere que otro se entere de lo que dice, no hace falta que vuelvan a preguntarle. Ahora, si lo dice en guasa o habla con segunda, y el que sea, distraidamente, no se da cuenta, volverá a preguntarle con intención de conocer bien lo que quiso decirle. Después comprendí que cuando jugaba con ellos sería porque los conocía, por lo menos a uno; por eso me callé y no volví a preguntarle.

—Tienes razón, Boni—repuso el tío Tiberio con amistosa entereza.

Boni continuó:

—¿Y tú te has *dao* cuenta cabal de lo que respecto a la herencia ha dicho don Jesús?

—¡Hombre! Por lo que me interesa, seguramente he puesto más *cuidao* que ninguno; y, naturalmente, he oído lo que ha dicho, como todos. Ahora, que no he visto todavía quien asegure con el convencimiento de un profeta lo que vaya a suceder dentro de un año, como él.

—¡No! Eso no lo digas—interrumpieron casi al mismo tiempo dos o tres.

El ebanista prosiguió:

—Pueden acertar o no, naturalmente; pero el convencimiento pleno o seguridad absoluta de lo que va a ocurrir, no he conocido a ninguno todavía; y menos en un asunto que, como el mío, sin inconvenientes, dude bastante y le crea casi imposible.

—Mire usted, Sancho—expuso con decidido y reflexivo afecto el maestro—: vuelvo a repetir que no soy profeta ni soy nada más que un verdadero amigo de usted que me he tomado la libertad de hablarle sinceramente, no como amigo, sino como hermano, aunque después forme usted los juicios que quiera de ello. ¿Usted cree que yo ignoro que mis palabras no le han convencido como hubieran convencido a otro? ¡Ca, hombre! ¡No, señor!; y esto sí, créame, que lo siento mucho!

—¡Don Jesús! Yo no extremo tanto mis dudas que crea desconfíe de usted.

—Mire: no hablemos más de eso, y será lo mejor. Es más: si por casualidad llegara usted a preguntarme algún día, conste, y se lo prevengo con anticipación, que ni siquiera le contestaré, porque ya sabe usted que a Jesucristo por meterse a redentor y ser profeta lo sacrificaron; y como en mi vida no he pensado ser redentor de

nadie, no quiero llegar a ser víctima de modo que me sacrifiquen a mí también.

—Sí, señor; está muy bien—interpuso el carbonero, concediendo indudable veracidad a la respuesta dada por el maestro.

—¡Hombrel! Aunque he dicho lo que quiera, porque las palabras no tienen más alcance que el que se les quiera dar, no he *hablao* con mala fe y *pa* que sirva de incomodidad.

—Volvemos a lo mismo, porque sustenta en sus creencias la carcoma de la duda, y lo mejor será que en eso no pensemos siquiera y hablemos de otra cosa.

—¡Danos de beber, chico!—gritó Sancho vilipendioso y conciliador.

El dependiente puso con brevedad unas copas sobre el mostrador, y cada uno fué sirviéndose en sucesivos y pequeños intervalos.

Boni, al tomar la suya, replicó:

—Menos mal que ha habido quien se eche *p'alante*, porque ya creí que la ley seca empezaba a regir desde esta noche.

Mariano sonrió complacido.

Hubo dos o tres que, bebiendo, excusaron el compromiso de pagar, diciendo que tenían pocas ganas de beber.

El maestro, como alegando que se marchaba, murmuró:

—Con ésta me parece que me despido de ustedes.

—Pero ¿tan pronto se va usted, don Jesús?—interrogó cariñoso el tabernero, con intención expresa de retenerle.

—No puedo estar más porque ya sabe usted lo que es la patrona.

El tío Tiberio y Sancho sostuvieron generosamente:

—¿Y qué le importa ni tiene usted que ver con la patrona?

—¡Sí, hombre! Me importa, porque cualquier

día estoy viendo que me va a poner el baúl en la calle; ¿no ven ustedes que es una mujer que en seguida lo echa todo por alto?

El tío Tiberio y Boni, por la entonación jovial que el maestro daba a sus palabras, soltaron una carcajada.

Don Jesús continuó:

—No lo tomen ustedes a guasa, que lo digo en serio, porque su marido fué aviador.

—¡Chico!... En vista del éxito que ha tenido don Jesús, danos otra copa—indicó sin pérdida de tiempo el carbonero.

Aunque el maestro y Boni rehusaron tomarla en principio, por fin y a ruegos del tío Tiberio las aceptaron.

Don Jesús desapareció tan pronto como tomó la suya, aunque los demás quisieron retenerle.

Los restantes siguieron hablando y copeando hasta las doce menos cuarto que la *tasca* quedó en cuadro.

Sancho y Boni fueron conversando paso a paso hasta la glorieta de Cuatro Caminos, en que despidiéronse, marchando cada uno para su casa.

Cuando llegó Juan a la suya, empujó la puerta, que estaba sujeta por una silla, mientras el *Capitán* le miraba con frialdad echado sobre un rincón; y, desoyendo las palabras de su madre, que le aconsejaba cenase, penetró en su habitación y acostóse, entregando a la indiferencia y al olvido la intensidad dolorosa de sus desilusiones... Media hora después ensayaba Morfeo a los acordes de su lira el isócrono cantar de una serenata.

## CAPÍTULO VII

### Incontinencia y boñín de aves de rapaña

Juan repitió inútilmente sus visitas a casa del procurador y del abogado. No transcurría día que no trabajara dejase ir a casa de sus representantes, con el deseo justo de hallar pronto lenitivo a su misteriosa incertidumbre. A veces vislumbraba un rayo de luz, alentado, al marchar, como siempre, por palabras cariñosas de falsas y halagadoras esperanzas.

Seguramente don Toribio escribió a su esposa y a su amigo, hecho el cálculo de realización y arreglo, para marchar cuando recibiera contestación de ellos. En efecto, cuarenta y un días después, Luisa y don Agapito recibieron carta del expedicionario anunciándoles la liquidación de los bienes y su salida para regresar a España en el primer transatlántico europeo. La respuesta, dada a conocer cariñosamente a Sancho por su abogado, anunciaba poner término a sus zozobras, atenuando las preocupaciones dudosas del ebanista. El día antes recibió Luisa un telegrama redactado en los siguientes términos:

«Acabo desembarcar. En primer tren saldré para Madrid. No digas nada a Aguates. Toribio.»

El día 9 de febrero, a las diez y media de la mañana, llegó a Madrid por tren rápido de Galicia el señor Ladrado de la Cuerna.

La señora acababa de levantarse, y cuando Evarista abrió la puerta y dió emocionada la voz

de ¡el señorito!, apresuróse al encuentro de su esposo mimosa, con los brazos abiertos y enrojecida por la emoción al recibirlo.

Mientras los señores se confundían en tierno abrazo, besándose con efusión repetidas veces, la doncella introducía en el gabinete el equipaje de don Toribio, y en prueba de incondicional respeto e inequívoco y recíproco afecto, unas lagrimitas corrían por sus mejillas y murmuraba con inocente candidez para sí:

—¡Qué buenos son mis señoritos!

Los señores de Ladrado, después de comer, acostáronse, y al día siguiente se levantó el procurador con decidida intención de visitar a su amigo.

El abogado no estaba en casa, y, ante marcharse para volver, pasó espontáneamente y con absoluta confianza al despacho y lo esperó leyendo y fumando unos cigarrillos.

En cuanto llegó Agapito, le dieron la noticia de que lo esperaba don Toribio, y apresuróse, más que corriendo y sin desnudarse, a saludarlo. El abogado menudeó en preguntas y repitió algunos interrogativos con inconsciencia abrumadora.

El procurador planteó documentalmente la cuestión del viaje y expuso los comprobantes de liquidación total de los bienes del asesinado Teodoro Sancho Castigado, estudiado con prevención cautelosa lo que de manera arbitraria e inicua se reservaba: deducidos los diferentes pagos de cuentas a los acreedores que se presentaron acreditando su perfecto derecho a los bienes abintestados, los excesivos gastos de viaje y hecha la reducción de dólares a nuestra moneda decimal, quedaba un total de seiscientas mil quinientas cuarenta y tres pesetas y veintiún céntimos. Aumentaba la fracción de quinientas cuarenta y tres pesetas y céntimos para revestir la mentira con intencionada cautela y apariencias de verosimilitud. La misma cuenta presentó e hizo ver a Trom-

petilla, ajeno a todo, en Cienfuegos, por si particularmente escribía Aguates preguntándole o le interrogaba el día que tuviera ocasión de verlo. El efectivo de la liquidación ascendía a un millón ochocientos cincuenta pesetas, descontados gastos generales y emolumentos de viaje; así es que don Toribio ocultó a su amigo nada menos que cuatrocientas mil trescientas seis pesetas y setenta y nueve céntimos, de las cuales depositó en el Banco de España trescientas ochenta y cinco mil e invirtió en títulos de la Deuda trescientas setenta y cinco, y en cuenta corriente impuso las diez mil restantes. Con la cantidad que le correspondía de lo que partiera con Agapito podía adquirir un coche, y lo demás era cantidad suficiente para dedicarse a comprar gangas de las que muchas veces, para satisfacer derechos de Escribanías, venden los Juzgados o por falta de pago en las contribuciones se subastan en Hacienda o se liquidan ventajosamente en las testamentarias... También podría hacer alguna operación a retroventa, a condición de que nunca daría más de la mitad del valor por lo que para responder al préstamo le impusieran como garantía. Ahora, con el poderoso elemento del dinero, llegaría a ser inmensamente rico y feliz, en la envidiable y tranquila placidez de su casa, rodeado de todos los placeres, con su hermosa Luisa, que tanto adoraba en él y tanto se querían. Aquellas observaciones, formuladas mentalmente en el criterio egoísta de aquel hombre ruin, no alteraron en nada su cinismo, dándole bríos característicos de grande y poderoso.

Chotís de Aguates escuchaba humillado, creyendo ciegamente verídicas las mentiras de su inteligente colaborador. ¡Con qué envidia le oyó sin necesidad, pudiendo él haberse adelantado a ser el excursionista! ¡Qué referencias más hermosas le hizo y a cuántos peligros estuvo expuesto durante el viaje! Verdaderamente, Toribio ha-

bía sido dos cosas completamente opuestas a la vez: afortunado y martir; y frotábase las manos de contento, deseando llegara el momento de la repartición, mientras que Ladrado proseguía en inalterable plan de cuentos y de observaciones acroáticas, preguntando últimamente por determinadas fechas de su ausencia. .

Persuadido Aguates de su inferioridad y no pudiendo resistir más tiempo el imperturbable deseo de codicia, decidió al fin preguntar a su amigo, con la voz alelada por su insignificancia y falta de vigor salino:

—Oye, Toribio: ¿qué hacemos ahora con ese dinero?

—¿Que qué hacemos? ¡Ahora verás!

Y, echando mano a un fajo de billetes que al efecto llevaba en el bolsillo interior izquierda de la americana, empezó a contarle hasta trescientos de mil pesetas, que componían el rollo... Después sacó la cartera y dió dos billetes de ciento, uno de cincuenta y otro de veinticinco, y dijo:

—Ahí tienes trescientas mil doscientas setenta y cinco pesetas. Como de la última fracción tocamos a doscientas setenta y una pesetas y setenta céntimos, me debes ahora tres pesetas cuarenta, y quedamos en paz.

Chotís de Aguates, que primero pensó generosamente dejar a su amigo el resto de las doscientas setenta y una y céntimos, no pudo sustraerse, avaro, a tanto altruísmo y devolvió, como agradecido, haciendo al mismo tiempo ostentación generosa de condición noble, el billete de veinticinco pesetas, en atención a los muchos sacrificios y trabajos de haberlo realizado victoriosamente para ellos.

—¡De ningún modo, Toribio! No tres, cuarenta: el resto, como ventaja sobre ti, para demostrarte mi sincero y amistoso agradecimiento. Si quieres mayor prueba, coge lo que quieras, porque todo está a tu disposición; pero, entre grandes y al-

truístas como nosotros, he creído suficiente hacer-te sólo pequeña demostración de mi leal y eterna gratitud.

Y continuaba, fingiéndose emocionado hipócritamente por la amistad, cuya emoción era motivada únicamente por la posesión del dinero:

—Ya sabes que los lazos de nuestra sincera amistad son indisolubles y eternos, y nada en su curso podrá estorbarla, como dan prueba evidente los años que nos conocemos. Si colaboramos juntos en el ministerio de nuestra sagrada profesión, será porque nos inspiremos la confianza mutua que para estos casos se impone precisamente a los que, como nosotros, cumplen con su deber. La fidelidad y la confianza son motivo de condiciones tan necesarias e inexcusables entre amigos como nosotros, que sin la confianza recíproca para los secretos y peregrinaciones del trabajo sería desconcertante y seguro el fracaso de nuestras tentativas, como irrealizables los propósitos de nuestra compleja y penosa actuación. Con igual fe que me cedías el cometido de la expedición te lo cedí a ti y prueba nuestra confianza de que nada hay oculto entre los dos; de lo contrario, no hubieras ido y con idéntica desconfianza me hubieras negado la misión, porque seguramente no hubiéramos colaborado juntos.

El procurador sonrió a aquellas palabras con hipocresía y dijo:

—Me haces la mar de gracia, Agapito. Claro que de no haber existido la confianza que hay no hubiéramos colaborado juntos. So pena de haber sido ciegos de entendimiento, sin comprender que nos engañábamos mutuamente.

El abogado repuso, variando de tono y recomendando cautelosa prudencia a su amigo:

—Bueno; si te preguntara mi madre, no vayas a decir a lo que hemos partido, porque, si me apremiara mucho, pienso decirle que hemos recabado ocho o diez mil duros cada uno cuando más.

—¡Ni una palabra! Ya sabes que soy discreto; y respecto a eso, ¡ni a tu madre ni a nadie!

—No; lo decía por si te preguntaba y, sin darte cuenta, se te escapaba algo.

—De eso no tienes que advertirme nada porque no me chupo el dedo.

—Te hacía la indicación porque ya sabes lo sagaces que son algunas personas interesándose por conocer, la mayor parte de las veces, lo que no les importa.

—¿Tú crees que me he caído de algún nido?

—¡Hombre!—contestó con jovialidad Chotís—. No es que precisamente te hayas caído de un nido, pero no me negarás que acabas de llegar del pueblo.

—Y que estoy tocando el violón. ¡Anda, guasa!—repuso jocosamente y tirándole una pajarita de papel de fumar confeccionada entre sus dedos.

—Vamos a otra cosa—advirtió Agapito variando de conversación—. ¿Qué te parece le demos a ese muchacho?

—¡Por Dios, Agapito! ¿En qué estás pensando? ¡Tú estás loco!

—¡No, hombre! Lo decía para ver qué te parece que hagamos con él.

—Pues muy sencillo: nada.

—¡Hombre! Cuatro o cinco mil pesetillas...

—¡Ni un céntimo!... Veo que sigues tan cándido como siempre.

—Que te proponga darle alguna cosa, nada tiene de particular.

—Lo comprendo; pero eso no se dice siquiera. La misma conformidad va a tener dándole algo como si no le damos una perra siquiera; y para eso nos beneficiaremos, por lo menos, con todo, porque otra determinación cualquiera sería contraproducente.

—Como quieras.

—Para justificar la realización de los bienes, presentamos a él una escritura de hipoteca con-

tra el «Ingenio de los Listos» de cierta cantidad importante sobre préstamo hecho por un capitalista de Santiago cuatro meses antes de la muerte de Teodoro Sancho y algunos pagarés de diferentes cantidades prestadas por supuestas personas de Matanzas, Santa Clara, Habana y Cienfuegos, con distintas fechas y anteriores también a la muerte del asesinado, de modo que entre una y otros sumen la cantidad de setecientas mil pesetas aproximadamente y a cuyos débitos no ascendía la liquidación del capital.. Con esa prueba demostraremos que he tenido que sufragar los gastos de viaje y que he puesto dinero de mi bolsillo. Ahora contéstame: ¿qué podría pedirnos ni qué puede decir a eso?

—¡Claro!—asintió Chotís, sosteniendo el concepto afirmativo de su amigo.

—No creas que en previsión de las consecuencias he venido descalzo tampoco: he traído algunos sellos de caucho con objeto de sellar debidamente y en donde corresponda la supuesta escritura hipotecaria con los nombres de algunos notarios y copia aproximada de sus firmas, y pagarés en blanco con las correspondientes pólizas impuestas por el Gobierno de aquella República, para consignar en ellos las cantidades que nos parezcan.

—Está bien; pero debemos tener mucho cuidado con la persona que se le encomiende hacerlo.

—¡Ninguno!, porque ya buscaremos a quien no sepa quiénes somos siquiera para que los escriba. Luego, para las firmas, nosotros mismos nos arreglaremos.

—¿Y no comprendes que corremos alguna exposición al falsificar esos documentos?

—¡Ninguna! ¿No ves que esos documentos permanecerán en nuestro poder para justificarnos exclusivamente al interesado y nadie más que él y nosotros tiene que verlos?

—¡Chico, estoy convencido de que eres muy grande!

—Eso, cuando a fuerza de visitas nos sorprendiera un día que no pudiéramos excusarle o cuando, asqueado ya de tanto ir y venir, nos amenazara, por ejemplo, y caracterizados tuviéramos que dar la cara y justificarnos ante él, que mientras tiraremos la pelota hasta que se canse y nos deje en paz.

—En eso había pensado yo también.

—Es lo que procede para justificar la disculpa.

—¿Y cuándo piensas que arreglemos esos resguardos?

—Eso está listo en cuatro días; y luego, ¡a vivir! ¿Te parece bien?

—Tú eres el amo y lo que digas y dispongas me parecerá siempre inmejorable.

—Conque por ahora está resuelta la primera parte de nuestra empresa, que era lo más difícil y dudoso, y de la que, por fortuna, hemos salido perfectamente bien. Lo otro es un pequeño escollo que salvaremos en seguida, porque está en nuestras manos el arreglo y tiempo que se nos antoje resolverlo como he dicho.

—Oye, Toribio: ¿no habrás olvidado que me debes una atención?

El procurador, poniéndose de pie, hizo una pequeña mueca, ignorando lo que su amigo quería decirle, y respondió, encogiéndose de hombros:

—¡No sé!

—Sí, hombre: la caja de habanos que dijiste me ibas a traer.

—¡Ah, sí, hombre! Manda por ella, si quieres, y si no, yo te la mandaré mañana con la muchacha.

—Pero ¡escucha!—exclamó Aguates, admirado por la actitud que adoptaba levantándose el procurador—. ¿Dónde vas?

—Tengo que marcharme porque Luisa quiere que vayamos esta noche a casa de mis suegros,

que nos esperan para cenar, y antes quiero saludar también a tu mamá y a Conchita.

—Pero ¿no has visto a la familia de tu mujer todavía?

—¡Ca, hombre! Llegué ayer y me acosté para descansar un rato; y tan cansado estaba, que, sintiéndome perezoso, continué en cama hasta hoy que me levanté decidido a verte para liquidar este asunto y darte cuenta final de los resultados del viaje.

—Ya que esta noche se adelanta Luisa convidándote a cenar a casa de sus padres, ven mañana a almorzar conmigo.

—No sé; pero, si acaso, cuando te mande el encarguito, con la chica te daré la contestación.

—No creo que tengas algún entretenimiento por ahí para que dudes en concederme ese favor.

—¡Hombre, aunque así fuese, ya sabes que para nosotros no hay cumplidos, y ocasiones habrá de sobra en que celebremos armoniosamente la coronación de nuestra ventajosa empresa!

El abogado guardó el fajo de billetes en un cajón de la mesa, echó la llave, que llevaba en un pequeño llavero pendiente de una cadena sujeta a un botón prendido sobre la cintura de los pantalones, y salió del despacho con el procurador, adelantándose a éste para prevenir a su madre el regreso de su afortunado colaborador.

—Mamá, mamá.

Doña Concepción Braguete y López de la Torre Larga, que estaba prevenida y con el oído alerta, adelantóse a Agapito, sonriente, extremando su amabilidad con expresión cariñosa de saludo al señor Ladrado de la Cuerna.

—Perdone usted, señor Ladrado, no haya venido antes a saludarle, porque cuando usted llegó me encontraba en el baño.

—Nada, nada, doña Concha; ¡no faltaba más!

—¡Conchita!... ¡Conchita!...—exclamó la dama, llamando cariñosamente a su hija.

La de Aguates, como decían sus amigas, apareció, haciendo también con hipocresía y mímica exclamaciones de asombro ante la presencia y preguntas más o menos discretas de don Toribio.

Por cumplir, invitaron al expedicionario a que penetrara con ellos en un gabinete que señalaba doña Concha.

Excusóse cumplidamente el procurador, y plétoricos de felicidad pasaron un rato en el recibimiento, distraídos con interjecciones e indirectas más o menos discretas de unos y de otros hasta que marchó el señor Ladrado de la Cuerna.

Doña Concha cogió del brazo con solicitud maternal a su hijo y lo pasó al despacho para conferenciar con él, interesándole conocer el resultado de la expedición llevada a cabo por su excelente colaborador e inmejorable amigo Toribio.

Conchita desapareció, apresurando su andar menudo, a cuidar de su pequeño *boudoir*, tarareando un *couplet*.

Doña Concha apoltronóse en el sillón donde su hijo debatía sus horas de estudio y trabajos forzados y, revestido de autoridad, caracterizábase con la persona que fuese a consultarle; y como juez que se dispone a sentenciar al reo empezó la de Aguates a interrogar a su hijo para satisfacer deseos de curiosidad y de codicia.

Agapito, conociendo las previsoras intenciones de su mamá, respondió a pie firme, junto a la mesa, discreto y suspicaz, a sus requerimientos, omitiendo cuanto podía reservarse por instinto egoísta y conveniencia de la situación.

A doña Concha no satisficieron completamente los razonamientos, bien porque no creyera a su hijo o porque dudara de la honradez pecaminosa e intencionada del señor Ladrado de la Cuerna.

—Quiero que me cuentes, como si fuese a tu confesor, la solución que Ladrado haya dado al viaje.

—¿Y qué quieres que te diga, mamá?

—Lo que haya de eso, sin ocultar lo más mínimo, porque sería inútil que me dijeras otra cosa.

—No puedo decirte nada porque todavía no hemos liquidado.

—Es inútil que niegues, porque he estado oyendo la conversación de todo; y si pretendieras decirme lo contrario, faltarías al respeto de tu madre y caerías en pecado mortal.

—¡Mamá!—exclamó Agapito, sobresaltado, temeroso de que su madre hubiera estado junto a la puerta enterándose del asunto—. No me negarás que es una indiscreción ponerse a escuchar lo que otros hablen.

—La cortesía huelga en este caso, cuando se trata de asuntos que afectan únicamente a la familia, porque al defender tus intereses defiendes también los nuestros, que son patrimonio exclusivo de tu casa.

—Aunque así fuese, ¿qué te figuras pueda negarte de lo que me preguntes?... ¿Crees que tu hijo puede tener secretos para ti? Si así piensas, cuéntame una ocasión en la que te hubiere mentido.

—No descamines, porque no tiene que ver lo uno con lo otro. No es que desconfíe con decidida intención de ti, porque lo único que pretendo es conocer escuetamente la verdad; y, aunque pretendieras justificarte de otro modo, holgaría el comentario, porque son cosas que más tarde tienen que saberse.

—Ya lo sabes.

—No con la satisfacción de conocer el comportamiento total que Ladrado haya tenido contigo.

—¡Por Dios, mamá! No he dudado de su fidelidad, como prueba el hecho de haber ido a ventilar intereses que afectaban igualmente a los dos.

—¡Qué cándido eres, hijo!

—Es la interpretación que casi siempre suele

darse cuando se desconocen los motivos de un asunto y en que se confunde a la caballerosidad con la ignorancia.

—¡No, hijo!; no es que seas ignorante, sino que te engañen. El engaño es una enfermedad que, desgraciadamente, la padecemos casi todos, y hasta a los más inteligentes se engaña, porque cuando no se les engaña directamente se engañan ellos asimismo y con la misma confianza viven engañados.

—No puedo pecar de cándido, como supones, porque conozco a Ladrado como él mismo pueda conocerse; y cuando te digo que tengo absoluta confianza en él, es porque la tengo, aunque supongas lo contrario.

—No conseguirás convencerme por ese camino aunque emplees los argumentos que quieras mientras no me demuestres otra cosa.

—Exígeme una prueba y justificaré su fidelidad para que te convenzas y lo veas tan claro como te lo digo.

—Ya te la pido y pretendes disculparle probando lo que no es. Ahora, si estáis de acuerdo para ocultar lo que el tiempo demostrará claramente, continuad con el silencio, en la seguridad que mientras viva volveré a importunarte con lo más mínimo, por necesario que me fuese.

—Mira, mamáita; para eso no hace falta que te incomodes y te pongas así—reiteraba zalamero y complaciente Agapito, aproximándose y besuqueando a su mamá.

—Vamos a ver: ¿qué quieres que te diga?

—No, nada; ¡no quiero saber nada!—y procurando desasirse de su hijo, que la miraba cariñoso y le tenía echado un brazo por el cuello, murmuró:

—¡Deja, deja que me vaya!

—No te incomodes y escúchame—reiteró Agapito, reteniéndola cariñosamente—. Ya te he dicho que no hemos liquidado todavía, aunque, se-

gún cálculos aproximados, corresponderemos a once o doce mil duros cada uno. Por lo demás, ¿qué interés puedo tener en negarte una cosa que desde luego tú misma reconoces tiene que saberse?

—¡Claro! Y sería ridículo que pensaras otra cosa.

—Mañana iré a su casa o vendrá él aquí y sabremos en definitiva lo que sea.

—Entonces, ¿cómo sabes que tocáis a eso?—repuso doña Concha más satisfecha y animada.

—Me ha dicho lo que hay por encima nada más y ha hecho únicamente historia de su viaje y de sus cosas porque, como llegó cansado, no tuvo tiempo de preparar las cuentas para venir a liquidar hoy; y luego estaba convidado también a cenar en casa de sus suegros, porque se lo advirtió su mujer.

—¡Jesús! Lo que es, ésa también debe traerle frito...

Y, tras ligera pausa, continuó doña Concha, reflexiva:

—¿De modo que tocaréis a sesenta mil pesetas, comprendiendo también por igual parte lo que corresponde al heredero?

—¡No, mamá!—exclamó con exaltación el abogado—. Ya comprenderás no vamos a ser tan cándidos que le demos a ese muchacho el pájaro que con tanto trabajo hemos cazado y tenemos en la mano.

—¡Por eso!—aumentó con asentimiento la dama, satisfecha.

—Hemos acordado ponerle a ese muchacho las cuentas del Gran Capitán, para que no pueda reclamar ni un céntimo de lo que tantos sacrificios y trabajos nos ha costado conseguir...

—A ver si luego podemos respirar un poco, porque hasta aquí no hemos podido probar todavía ni saber cuáles son los beneficios de tu carrera: los veraneos de éstos últimos años hemos venido ha-

ciéndolos casi sin poder, porque no nos critiquen y digan que nos quedamos en Madrid; estamos abs-  
teniéndonos de asistir a muchas recepciones e in-  
vitaciones, como tú sabes, porque, para no ir como  
van otras, no quiero que se rían y hagamos, sin  
necesidad, el ridículo; y..., en fin, para qué ha-  
blarte, si tú ves, como yo, los apuros y privacio-  
nes que estamos padeciendo.

—No te preocupes, que todo eso se arreglará  
pronto, si Dios quiere... En cambio, este año ten-  
dremos ocasión de desquitarnos, porque iremos a  
Suiza, a Alemania y a Italia y, de regreso, per-  
maneceremos unos días en París; después iremos  
a Villaberzotas y recorreremos algunas pobla-  
ciones de Momio para que probéis también las  
delicias de ese país, tan pródigo y encantador  
como dicen; y, de regreso en Madrid, os compra-  
ré un «Ford».

—Coche no hace falta ahora, porque, por bueno  
que sea, mejor que el que tuvimos no podrá ser.

—El «Ford» se va generalizando mucho y he  
oído que es muy barato, y pienso comprarlo para  
que vean muchos que no nos hemos muerto.

—¡Ay, Jesús mío!—suspiró doña Concha llena  
de satisfacción—. Y esa excursión y esa compra,  
¿no quedará en proyecto, como otras cosas?

—Cuando te lo ofrezco será porque tenga segu-  
ridad en ello.

—Me parece mentira y me siento orgullosa de  
verte hombre de provecho, como esos tan cono-  
cidos que respeta y admira *to* el mundo.

—Con eso recordarás las muchas latas que me  
has dado infinidad de veces diciéndome que el  
bufete no servía para nada; y es que tú quisieras  
todo en un mismo día, y eso no puede ser, mamá,  
porque a las situaciones debemos dar el tiempo  
preciso que necesitemos para resolverlas.

—Creo haber tenido paciencia suficiente espe-  
rando, sin resultado práctico hasta aquí, el des-  
enlace ventajoso de tu profesión.

—Todo no puede ser en un mismo día, porque repicar y decir misa es imposible. De aquí en adelante ya será otra cosa.

—Concreta los asuntos a determinaciones prácticas, porque, desgraciadamente, hoy no se mira al honor como al dinero. El que tiene honor sin dos pesetas se morirá en un rincón de hastío y de asco, porque nadie le mira a la cara, mientras que la persona de dinero se engrandece y en la sociedad consigue todos los honores y puestos que le dé la gana.

—Eso ya lo sabemos, mamá; y si no, recuerda el refrán que dice: «Tanto tienes, tanto vales».

—Y que lo digas—repuso la dama, saliendo contentísima y satisfecha del despacho.

El abogado ocupó su puesto y dispúsose a estudiar el asunto de una vistilla en la que actuaría como defensor y en breve debería celebrarse.

## CAPÍTULO VIII

### Testimonio desconsolador y rebeldía de una esperanza

Sancho tuvo, por fin, la inesperada noticia del regreso de don Toribio.

Una de las veces que impertérrito visitaba la casa de sus representantes abrió la puerta Sebastiana y, sin pensarlo, reservadamente, dió la noticia veintitantos días después de haber llegado el expedicionario.

Exasperado por el silencio inexplicable de uno y otro, arreció en sus visitas, hasta que un día esperó en la calle y junto a la puerta de la casa de Aguates la llegada del abogado. Disculpóse hábilmente don Agapito, alegando haberle escrito también a raíz de haber regresado don Toribio, al que apenas había visto, debido a las arduas y atareadas ocupaciones de su profesión, y con el que, por consiguiente, no había tenido tiempo de consultar lo más mínimo de lo que justamente le apremiaba y se refería a su herencia.

—No deje de ir a verle para que le diga de mi parte qué día quiere hacer el favor de que nos reunamos de una vez para liquidar eso cuanto antes—ordenó con cariñosa hipocresía el abogado.

—¿Y a usted que le parece, don Agapito?—admitió convencido y resignado Juan.

—Hombre, yo creo que no habrá obtenido beneficio alguno, porque cuando él no presta inte-

rés por que se liquide es que seguramente no hay nada. Además, una mañana que salía él cuando yo entraba en el Juzgado, al preguntarle de paso y sin poderle sostener, porque decía que llevaba mucha prisa, me pareció haberle entendido lo que acabo de decir a usted: que no había nada de lo de allá y que ya liquidaríamos cualquier día.

El ebanista marchó como antes, descorazonado y casi convencido de las observaciones hechas por su abogado. Pero, fiel en su empeño, continuó visitando inútilmente a uno y otro, porque nunca los encontraba en casa, y cuando no, advertidas previsoramente las servidumbres y familiares, se les negaban.

Algunas veces, para evitarse el paseo de llegar y no encontrarlos, avisaba por teléfono a casa de uno y otro; y cuando la muchacha que se ponía al aparato, inadvertida o inconscientemente, respondía que estaba, porque astutamente Sancho no decía al preguntarle más que se trataba de un amigo que tenía necesidad de verlo, después de darse la caminata, se le negaban igualmente bajo pretexto de haber salido con urgencia o que se equivocaron al contestarle primero.

Hacia tiempo que el desengaño anidó en sus creencias, aunque posteriormente a su madre, que desde un principio abrigó la seguridad y el imposible de no coger un céntimo; y, debilitado su ánimo por el desaliento de los paseos inútiles e infructuosos que hacía a casa de sus representantes, al no hallarlos nunca, escaseó en sus andanzas y fué enfriándose poco a poco hasta el extremo de visitarles raras veces y por si acaso, cuando resurgía en su cerebro un hálito de consoladora y engañosa esperanza.

\* \* \*

En los primeros días de junio y cuando los veraneantes tienen costumbre de preparar sus ata-

víos y empiezan a ausentarse de la villa y corte, buscando solaz y esparcimiento a la monotonía del trabajo del año y al placer del regalo en las regiones del Norte, para aspirar con delectación las brisas del Cantábrico, anunciaron los periódicos una magnífica corrida de toros de la acreditada ganadería de Canciones, en la que actuaron los diestros Cabrerito y Chicherito.

La opinión estaba dividida y las discusiones por el éxito eran frecuentes en sus dos sectores, concediendo y asegurando porfiada superioridad artística a los émulos de Cúchares y de Frascuelo.

Jubiloso el tío Tiberio dió la noticia a Sancho en la *tasca* el mismo día que precisamente leyó el informe en un diario de la mañana, y había que ir a verles, costara lo que costara, porque el cartelito se las traía. Chicherito era el torero favorito del carbonero porque toreaba más verdad que ninguno y el que más se arrimaba, según sostenía ébrio de entusiasmo por el astro coletudo en sus discusiones y terquedades, y si no tenía más contratos que los demás era porque no sabía ser tan payaso en las plazas como otros que sugestionaban al público con sus boberías. Luego, era un muchacho que le perseguía casi siempre la mala suerte, porque tantas veces como toreaba salía cogido, y era debido precisamente a que no sabía engañar y le gustaba dar a cada uno lo suyo: cosa buena, de lo mejor, jamón serrano, de lo que no había; y esa mala suerte de que adolecía el incomparable matador le restaba contratos en América y a que decidió no ir la temporada del último invierno.

Mariano, como siempre, era el encargado de sacar las localidades para él, el tío Tiberio, Boni, Chilongo y Sancho. Cuando las había obtenido, no supieron qué circunstancia influía para que Chilongo no pudiese ir, cuya entrada ofrecieron y aceptó gustoso Ramírez, mediante posible libertad de poder asistir.

Don Jesús, que también fué invitado, rehusó ingeniosamente la oferta, porque dijo no le gustaba ver a la gente de cuernos.

El carbonero y Mariano eran buenos previsores y solían procurarse localidades con tiempo para poder elegir las que mejores apetecían, y en aquella ocasión, que el día de la corrida escasearían, con mayor motivo, debido al interés despertado entre los aficionados y entusiastas del toreo y en que decididamente sus partidarios verían la superioridad artística de un espada sobre otro indistintamente.

Era martes y, en previsión del espectáculo, que debería celebrarse el jueves, bullían los comentaristas y aumentaba la efervescencia de las discusiones en las barberías, tabernas, cervecerías y cafés. El entusiasmo y el deseo de unos y de otros multiplicábase por momentos, y en todas partes no se hablaba ya de otra cosa que de la corrida, cual si estuviera en vísperas de celebrarse un acontecimiento para la afición universalmente nunca visto, y para el que llegaron a cotizarse algunas entradas a más del mil por ciento, hasta el extremo de venderse a veinte duros localidades que en taquilla costaron seis pesetas. Hacía tiempo que Cabrerito y Chicherito no se habían visto frente a frente como ahora, dispuestos seguramente a jugarse el «todo por el todo» para conquistarse en el ruedo el merecido y envidiable galardón de la supremacía, con las bellas y deslumbradoras exquisiteces del arte en faroles, filigranas y movimientos culeros y la abundancia de riñones que justificaran el incomparable y temerario valor de tan grandes artistas.

Llegó la ansiada tarde, y a las tres y media no quedaba una localidad libre en la plaza. El público, monstruo temible, decididor y árbitro de esas cuestiones, bullía en sus asientos con desaprensiva heterogeneidad. En aquella masa informe se confundía a las mujeres con atrayente po-

licromía, moviendo como aleteos de palomas el cromatismo de sus abanicos; los vendedores de gaseosas y de refrescos ascendían y descendían continuamente de unas localidades a otras y, abriéndose paso por entre el público, repetían la oferta de sus artículos en incesante y alternativo griterío, confundido con el de sus competidores en chufas y cacahuets; y, aumentando la bulla, oíanse algunos silbidos mezclados con voces y silbatos de los impacientes que se manifestaban sobresaliendo de la algarabía; la popular banda del Hospicio, que casi siempre asiste a estos amenes, preludiaba la romanza de *El niño judío*, cual si pretendiera contener los apasionamientos de los intransigentes que, sin sustraerse a la observación, confundían las manifestaciones de su intranquilidad por el aplauso atronador de las palmas, síntomas precursores de la expectación y del silencio.

Sancho y sus amigos ocupaban sus localidades sobre el tendido del siete y de vez en cuando remojaban el paladar con un trago del *morapio* que al efecto llevaron de la *tasca* de Mariano.

Obedeciendo a indispensables preceptos de rúbrica, el peticionario de llave hizo su entrada triunfal, montado en brioso caballo negro empenachado, seguido de las cuadrillas, que movían los brazos con disciplinada soltura; y bizarros y arrogantes hicieron su presentación a la Presidencia, al son de bonito paso doble, ejecutado por la música.

Distribuyéronse las cuadrillas convenientemente, mientras el caballero, cumplida su misión, se exhibía haciendo ejercicios de equitación y recorriendo la pista para desaparecer velozmente de la plaza.

Poco después y al toque de clarín imponiendo silencio al *respectable* apareció el primer bicho, llamado *Nicanor*: era chorreado en rubio, destaralado y manso, que a todo el mundo llamó la

atención; cuadrado e indiferente, junto al tendido del nueve, parecía meditar la situación y el ridículo en que había sido colocado; observaba con tranquilidad asombrosa las piruetas y llamadas de los peones citándole a la pelea, y los picadores, a distancia, en expectación acometedora, resguardados junto a las tablas del callejón.

El público empezó a impacientarse por la exagerada mansedumbre de aquel animal que ni siquiera se inmutaba, y aunque un lidiador, como último recurso, se acercó al bicho, tirándole repetidas veces el capote sobre el hocico para excitarle, fué inútil porque *Nicanor* no tenía ganas de bromas y con mirar indiferente y desdénoso menospreciaba a todo; y, no pudiendo contenerse, los entusiastas de Cabrerito pidieron a la Presidencia insistentemente que lo echaran al corral.

Tan pronto como salió *Nicanor* apareció en el ruedo *Cubano*: mulato y con idénticos propósitos que su antecesor; se repitió el escándalo, en mayores proporciones, y el desaprensivo cuadrúpedo corrió igual suerte, yendo, como el otro, al corral.

Sucedió el tercero, negro, zaino, que atendía por *Terremoto*, aunque su nombre estaba en contraposición con su tranquilidad y humildes cualidades, para dar también con sus huesos en el corral.

El escándalo que se produjo entonces fué enorme: el público, puesto en pie, increpaba a la Presidencia, mientras la música tocaba un número de *Las bribonas*, conteniéndole, hasta que entre el jaleo de una bronca formidable apareció el cuarto bicho, llamado *Africano*; fué a situarse junto a un chiquero en que se había resguardado un peón que estaba a la defensiva, esperando la entrada del cornúpeto en la plaza; observando el brega que el animal permanecía impassible y sin distanciarse de allí, sacó una mano, cogió un cuerno, y *Africano* siguió con la misma tranqui-

lidad que si le hubieran rascado en la barriga; el peón, envalentonado por la pasmosa quietud del bicho, haciendo alarde de valentía, empezó a limpiarle las narices con el pañuelo del moco, mientras *Africano*, agradecido, lamía con suavidad la mano de su generoso y pulcro contrincante.

Ya más tranquilo el público y con el alma en hilo, observaba con silencio sepulcral la bonita faena de aquel peón, que salió del chiquero acompañado por estruendosa y merecida salva de aplausos.

Heridos en su amor propio, los demás peones empezaron a danzar alrededor de *Africano*, que, acosado ya de que le molestara tanto saltimbanqui con piruetas de mala sombra, no tuvo más remedio que dar al más decidido un varetazo en un muslo, sin consecuencias.

Un picador se acercó con el pincho en ristre y puso una puya casi a traición que obligó a *Africano* a cambiar completamente de conducta, tomando otras medidas para lo sucesivo.

Los banderilleros saltaban a distancia, citándole inútilmente, porque el cornúpeto no hacía caso: estaba a la defensiva, y más de lo que le habían hecho no podían hacerle, en inteligencia cornuda de que le costaría caro al que pretendiera lo más mínimo contra él.

Tocaron a muerte y, ante el receloso mutismo del animal, Cabrerito cogió los trastos, creyendo sacaría a *Africano* de su sapientísimo encogimiento, adolecido por la puya y debilitado por la pérdida de sangre que con lentitud brotaba de su herida; el espada se impacientaba, dando pataditas en el suelo, y los partidarios de Chicherito empezaron a abucharle, llamándole cobarde y diciéndole a grandos voces que se arrimara, y el matador, encorajinado, se fué a *Africano*, decidido a jugarse el todo por el todo, y saliendo desarmado por habilidoso varetazo del bruto, volvió con mayor ahinco sobre el animal, y fué cogido apara-

tosamente, siendo despedido a gran distancia, como un trapo por intencionado desprecio, ante el temor y lamento de los espectadores; repuesto, por tercera vez Cabrerito, sin muleta, con la cara llena de tierra y los pantalones rotos, volvió sobre el receloso *Africano*, que, impasible, observaba los movimientos del matador, seguro de su triunfo. Cabrerito se cuadró y, perfilándose con el estoque, se fué al cornúpeto, que lo recibió con los ojos inyectados de sangre, sin compasión ni miramiento alguno, recetándole una grandísima cornada en un trayecto de dieciocho centímetros, de la ingle al vientre, con rotura de la femoral y otros tejidos, los intestinos fuera e irremisiblemente, según el parte de los facultativos, mortal de necesidad. El espada quedó a los pies de *Africano* hecho una pelota y con las manos apretadas sobre el vientre. Del público en masa se escapó un clamor de espanto y de dolor, mientras las cuadrillas y monos sabios acudieron presurosos por el herido, cogiéndolo y llevándolo con precipitación a la enfermería; *Africano* siguió imperturbable, fiado en sus defensas, para acometer al que tuviera la osadía de molestarle.

Chicherito cogió los trastos para pasar de muleta al cornúpeto, entre el murmullo de unos por la cogida de Cabrerito y la expectación de otros por lo que pudiera suceder; *Africano* observó también con indiferencia, sin perder un detalle, los preparativos y movimientos del diestro, inútilmente y sin aprestarse a la pelea. Viendo el espada que el animal no se cuadraba ni tenía gana de cuestiones por más que le provocaba, decidió ir sobre *Africano*, saliendo desarmado al primer intento, como lo fué igualmente Cabrerito. Surgió la consiguiente protesta en el público, que, puesto en pie y tenoso de una segunda catástrofe, pedía en actitud airada que lo echaran al corral; el resto de la cuadrilla, impertérritos por sacar algún partido del animal para cumplir y quedar bien

con la Empresa, danzaban en vano alrededor del cornúpeto para sacarle de sus casillas, hasta que sometida la Presidencia a la sanción suprema y petición inexorable de su único árbitro, el público, ordenó que *Africano* fuese al encierro como *Nicanor*, *Cubano* y *Terremoto*. Entre la confusión y griterío de formidable escándalo salió el quinto bicho, salpicado en cárdeno, llamado *Carabina*, de igual facha y con idéntico espíritu guerrero que los anteriores, como prueba el hecho indiscutible de correr igual suerte que ellos.

Sucedió otro, chorreado en verdugo, que, según la reseña, fué bautizado con el nombre de *Coronel*; y qué cantidad de cachaza no tendría el animalito, que resultó ser todavía más manso y con mayor motivo le cupo en suerte la misma que a sus compañeros.

El siguiente era castaño y atendía por *Calabaza*; y el último, ensabanado capirote, llamado *Chiclanero*. Como serían, que uno y otro fueron la admiración de todo el mundo por su tranquilidad y mansedumbre... Sin gran esfuerzo fueron retirados los incomparables mansos del redondel, mientras el público armaba un formidable escándalo pidiendo todos a una que les devolviesen el dinero.

La Presidencia, por lo visto, precisó algunas órdenes y a poco aparecieron dos cartelones, con letras muy grandes y legibles, en diferentes sitios de la plaza, que decían:

«Respetable público: Por equivocación se anunciaron toros de la acreditada ganadería de Canciones y hemos recibido cabestros de Pitorreo. Las localidades serán valederas para los toros del domingo; y al que no esté conforme se le devolverá su importe en taquilla.—*La Empresa.*»

El público se precipitaba sobre los bajos de la plaza, llenando estrepitosamente el ruedo; muchos se marcharon malhumorados y con precipitación, sin pensar más que en la salida para alejarse;

otros, menos levantiscos, desalojaron sus asientos con marcadísima indiferencia, aunque pensasen en el percance de la tarde y en la situación del torero herido.

Los alrededores de la enfermería y plaza hallábanse invadidos por compacta muchedumbre de todas clases, deseosa de inquirir detalles de la herida y estado del diestro Cabrerito.

Sancho y sus amigos encamináronse a las Ventas y en el «Merendero de los Andaluces» pasaron el resto de la tarde. Casi todo el tiempo que permanecieron en el ventorro versó su conversación sobre la corrida, a excepción de las discusiones sugeridas por algún detalle de la misma relación en momentáneo y transitorio acaloramiento.

En uno de aquellos instantes un camarero del establecimiento dió la noticia asombrosa de haber muerto el infortunado Cabrerito; como si no lo hubieran presenciado, todos a una escucharon el relato con nobilísima unción espiritual y verdadero recogimiento piadoso, sumidos en el respeto que merece la muerte y la timidez que casi siempre infunde la desgracia...

Cuando regresaron al centro, los vendedores de periódicos voceaban desaforadamente, corriendo de un lado para otro:

—¡La revista de toros..., con la cogida y muerte de Cabrerito!...

## CAPÍTULO IX

### Cuadro de desolación y naturaleza del destino

Juan llegó a su casa algo destemplado y con pocas ganas de comer. Probó escasamente cuatro cucharadas de judías, de las que por orden de su madre apartó Estrella en un pucherito para que cenara, y el tocino reservado del cocido para completar el menú quedó como estaba, en el plato tapado con otro plato, junto al fogón.

El *Capitán*, sentado en el suelo, observaba con zalamería codiciosa los movimientos de su amo, esperando participar de sus generosas atenciones, los desperdicios o residuos de lo que fuere... Juan, indiferente e incorpóreo a los propósitos zalameños de su can, puso el plato con el resto de legumbres en el suelo, y sobre él cayó ávido el *Capitán*, que en dos minutos engulló las judías y dejó el cacharro tan limpio como cuando lo fregaba la muchacha, y, desperezándose, abrió la boca, estiró el cuerpo, distanciando cuanto pudo las manos de las patas, y se echó en un rincón.

El ebanista, sin ganas de fumar y con bastantes escalofríos, apagó la luz y encaminóse a su habitación para acostarse.

La señora María, sin pronunciar una palabra, desde su cama espiaba los movimientos de su hijo con relativa satisfacción de creerlo normalmente.

Juan pasó la noche cambiándose de un lado para otro en la cama, delirando a veces y con

acentuado malestar que no le dejó dormir un instante.

A las siete y cuarto llegó Estrella, y extrañándole no encontrar levantado al ebanista, hizo presente la hora a la señora María, en vista de lo cual se le haría tarde a Juan para ir al trabajo.

La ciega llamó a su hijo, y la muchacha, para dar más energía a las expresiones mandatarias de su ama, reiteró las llamadas junto a la cortina de la habitación inútilmente, porque Juan, en vez de contestar, deliraba, revelando la humildad de su sentir con fatigosa incoherencia, como las escenas más significativas y que mayor impresión le produjeran en la última tarde; impaciente su madre, empezó a vestirse precipitadamente, en cuyo auxilio acudió Estrella, con el afán de penetrar pronto en la habitación de Juan para conocer las causas que motivaran su cuidado y zozobra.

Sudoroso, en lecho humilde, encontrábase, moviéndose incesantemente, el infeliz obrero, y aquejándose de fuertes dolores sobre el costado izquierdo, balbucía jadeante por acentuado y continuo ahogo de la respiración insoportable.

Atribulada la pobre ciega, dijo a Estrella instintivamente preparase una cataplasma para contrarrestar el efecto de los dolores, ocasionados, sin duda, al enfriarse el día anterior.

La muchacha preparó el menjurje a su manera, cuanto antes, y la señora María reparó en la conveniencia de que le pusiera también un poco de mostaza como elemento útil y de segura eficacia para que cuanto antes desapareciese el dolor; pero no tenía en casa y la mandó con urgencia a que se la diese Pura.

La vecina otorgó presurosa, aprestándose a ir corriendo por ella a la botica, porque tampoco tenía.

Cuando volvió con el medicamento halló a Estrella preparando un cocimiento de flor de malva

y a la señora María sentada en una silla, metida en determinadas reflexiones de justificada impaciencia, aunque pensara también en la pronta mejoría de su hijo; untó de mostaza el parche, lo calentó nuevamente y, ayudada de la muchacha, puso la cataplasma a Juan.

El ebanista deliraba con indiscutibles manifestaciones de fiebre y, en el ahogo fatigoso de su respiración jadeante, despidió bruscamente la ropa con que le taparon, en cuyo instante la vecina, haciéndose cargo de los menesteres de momento, mandó a Estrella para que avisara al médico de la Casa de Socorro.

A la puerta del establecimiento de beneficencia pública había un guardia, que parecía exhibir su arrogante figura, con bandolera y gorro, como haciendo de portero, que preguntó, caracterizándose con aire de superioridad, a la muchacha:

—¿Qué desea?

Estrella, en principio, se detuvo ante la gravedad de la pregunta, y por fin contestó:

—Vengo a ver si puede ir el médico a ver a uno de la calle de Hernani.

—¡Pase dentro!—repuso más tranquilo el representante de la autoridad.

La muchacha continuó y dió el recado a un funcionario de la casa, que también hubo de preguntarle con más minuciosidad hasta enterarse de lo que verdaderamente se trataba, y volvió convencida de que el galeno iría pronto para tranquilizar a Pura y a la pobre ciega, que la esperaban con indescriptible y alentadora impaciencia.

Media hora después llegó el médico, de cierta edad, alto, delgado, con barba canosa recortada, de trato afable y sencillo, y aquellas infelices mujeres, alentadas al verlo, con la esperanza redentora que infunde su presencia en esos casos, pusieron en movimiento cual si en ellas consistiese el diagnóstico que las apartara del pesimismo

y de la incertidumbre, diciendo se tratara de ligera indisposición o enfriamiento que produjese la fiebre, cuyo malestar fuese transitorio y todo síntoma de peligro desapareciese con la receta; miró donde poner el cigarro que paladeaba con distracción entre sus labios, para reconocer al paciente, y no hallando sitio adecuado al efecto, lo tiró con energía despreciativa al suelo; de un bolsillo de la americana sacó un *blok* manual y extendió una receta, mientras que Estrella y Pura observábanle silenciosas y casi sin respirar, esperando el momento crítico que emitiría su juicio balsámico la ciencia.

—¡Esto está muy dudoso!—exclamó el doctor, dando a Pura el papel en donde acabó de recetar con atenta posología una composición.

—Vaya en seguida por esto a la botica y le dan ustedes una cucharada cada media hora.

La vecina y Estrella asintieron con indubitable obediencia y el galeno continuó:

—¿No tienen ustedes médico?

—No, señor.

—Bueno; pues avisen en seguida al que sea, porque esto... ¡no sé, no sé!—manifestó el doctor subrayando sus últimas palabras con marcadísimo gesto de desagrado, en vista de lo cual la vecina se permitió preguntarle:

—Diga usted, señor: ¿y es muy grave lo que tiene?

—Pues tiene... la pulmonía declarada en toda su extensión.

La pobre ciega, que se hallaba de pies junto a la habitación, atenta al informe que emitiera el galeno sobre la importancia del mal y postración repentina de su hijo, prorrumpió en sollozos de dolor, embargada por desconsoladora pena.

Pura y Estrella aprestáronse a consolarla llenas de aflicción y con los ojos humedecidos por las lágrimas.

El médico, al marchar, conteniendo el senti-

miento que le producía el cuadro de miseria que ofrecía a su vista el posible y casi seguro desenlace de la situación y del que como aquél, en circunstancias parecidas o análogas, tantas veces había sido testigo, dijo a la pobre anciana para consolarla:

—Vamos, mujer, no se apure; resignese usted y tenga paciencia, que con eso no conseguimos nada.

—Oiga usted, señor: ¿está grave y se morirá mi hijo?—preguntaba la señora María, llena de ansiedad, cruzando las manos y sollozando intensamente enternecida.

—Se ha ido ya—repuso la vecina, por el médico—. Dijo que sí, que está grave; pero, ¡por Dios, señora María!... Cálmesese usted, que con llorar no se va a poner bien.

—¡Ay, Dios mío, si me falta mi hijo!, ¿qué va a ser de mí? ¡Sed compasivo conmigo, Señor de misericordia! ¡Tened piedad de mí, Dios Todopoderoso!—murmuraba la pobre ciega, cruzando las manos y abriendo desmesuradamente sus pupilas sin luz, como implorando misericordia y sin poder contener el llanto por el sentimiento y la angustia que experimentaba su corazón, comprendiendo el concepto frívolo de las palabras de consuelo que para animarla pronunciaba generosamente su amiga Pura.

Estrella fué a la botica con la premura que requería el caso de llevar pronto el preparado que indicaba la receta para medicinar al paciente, que se revolvía en la cama, delirando y sin conocimiento de vida, mientras la vecina extremaba infructuosamente sus cuidados, tapándole, y soportaba con dolorosa resignación la abrumadora e incesante fatiga del enfermo...

La muchacha tardó más tiempo del que pudiera invertir yendo al establecimiento químico porque, ante volver sin el preparado, optó por esperar para llegar definitivamente con la medi-

cina; pero, de cualquier modo, hubiera vuelto sin ella de no haber intercedido la Providencia salvando un escollo circunstancial de consecuencias indeterminadas: cuando el mancebo puso el frasco con la medicina adjunto a la receta sobre el mostrador y señaló su importe, Estrella quedó lívida porque no tenía cantidad suficiente para retirarla; creyó, con fundado atolondramiento, que las cinco pesetas que llevaba para hacer efectiva la receta era el único dinero que la señora María tenía en casa, y con aquella negativa aumentaría el sufrimiento y la desesperación de la pobre ciega. El dependiente retiró el medicamento al laboratorio hasta que la sirvienta volviera con la cantidad de seis pesetas y quince céntimos que se le exigía.

Cuando Estrella volvía para casa, preocupada y temerosa, encontró al médico que poco antes recetó el preparado y paladeando un nuevo cigarro escuchó con brevedad; y, sin extrañarle el relato que hizo la muchacha, compungida, sacó de un bolsillo del chaleco una moneda de cinco pesetas y sin escuchar la referencia se la entregó, diciendo:

—¡Toma! Ve corriendo por ella y dárselo en seguida.

La sirvienta desapareció, agradecida.

Pura se animó cuando vio llegar a Estrella y la señora María tranquilizóse un poco, con la imaginación en los efectos y la esperanza en el bien hacer del preparado recetado por el galeno; la aflicción enternecedora de aquellas infelices mujeres, amagadas por el llanto y el dolor inmenso de la pobre ciega, hallaron lenitivo fugaz en aquella desventura y entristecidos corazones.

Con la mayor rapidez cogió Pura una cuchara y, auxiliándose de la muchacha, dió una dosis de la medicina al enfermo.

La infeliz anciana llamó repetidas veces a su hijo, sin obtener contestación.

Juan era un cuerpo que debatía su existencia en angustioso y apurado trance de muerte, y el funcionamiento propulsor de su organismo paralizaba lentamente la acción psíquica de sus energías vitales. A la expectación sucedió la ansiedad y la incertidumbre dolorosa de aquellas atribuladas mujeres porque decaía la actividad del enfermo, indiferente e incorpóreo para moverse por agotamiento de sus energías, interpretado con equivocación por supuesta y repentina mejoría del paciente.

A las doce y cuarto llegó el marido de Pura a su casa en busca de la comida, y como la puerta estaba cerrada, discurrió estaría su mujer en casa de la vecina, y acercóse a buscarla, apremiado por las exigencias del poco tiempo que tenía para comer y descansar.

El albañil, que primeramente llevaba intenciones de reprender a su mujer por el abandono de su casa y la necesidad apremiosa de sus obligaciones, no pudo contener un gesto de compasión ante la escena de miseria que se desarrollaba en casa de su vecino y, variando de pensamiento con resignada mansedumbre, aprestóse, hospitalario como Pura, a cooperar generosamente con su humilde ayuda...

En su incertidumbre recordó a un médico que en cierta ocasión curó a un compañero suyo una pulmonía, y, como, según referencias de sus amigos, era una *eminencia médica* para esas cosas, iría a buscarlo, convencido de la verosimilitud del dictamen que emitiera sobre el estado del paciente, de cuyas disposiciones medicinales eran garantía segura el resultado de los enfermos que había visto, y justificaría en aquel caso su gran valer y reconocida competencia.

Las mujeres oyeron las palabras de aquel hombre de buena fe como predicaciones de un apóstol y se aprestaron a sus consejos con anhelos de

redención en aquellos terribles momentos de incertidumbre y atolondramiento doloroso.

Pura reiteró la necesidad a su esposo para que sin pérdida de tiempo fuese a buscarle en seguida.

Obediente el albañil y, más que nada, obrando a impulsos propios de un corazón noble y caritativo, salió urgentemente en busca del médico, seguro de la eficacia de su ciencia, como el que va a la botica por una medicina de resultados positivos para un enfermo...

En los corazones de aquellas mujeres anidaba la esperanza de verle llegar cuanto antes, con el deseo del creyente que espera la bendición para redimirse...

Hora y media después presentóse el marido de Pura acompañado del doctor, hombre de estatura regular, correcto e inteligente.

Unas miradas de respeto y de silencio profundo dedicaron las mujeres al galeno.

Por la conversación del albañil tenía antecedentes de la situación de la persona que veía y de la enfermedad de que se trataba.

En la penumbra de una habitación humildísima yacía un hombre relativamente joven, moviéndose con angustiosa fatiga y gesticulando palabras entrecortadas e incoherentes por la intensidad de la fiebre.

La impresión que al doctor causó el verle fué desagradable por el gesto que imprimió a sus palabras, en que repararon sin pestañear siquiera los circunstantes.

—¡Qué sé yo!..., pero me parece que... ¡esto va a tener mal desenlace!

Y sacando del bolsillo una caja de fósforos, indicó al albañil alumbrase con una cerilla para reconocerle mejor, por la escasa luz que había en la habitación.

—Me han llamado ustedes muy tarde—manifestaba el médico, observando con acostumbrada ra-

pidez las aceleradas pulsaciones del enfermo—. ¡Tiene una fiebre que no sé como la puede resistir!... ¡A ver, a ver!—repitió el doctor, dando a entender al rústico ayudante continuase alumbrándole prendiendo otra cerilla; y mientras le auscultaba con el aparato de observaciones, el pobre ebanista, que ni oía ni entendía y que hasta entonces había permanecido con la vista cerrada, bañado en sudor frío y blanco como el mármol, estiró el cuerpo con estremecimiento, abrió desmesuradamente los ojos y unas lágrimas corrieron por sus mejillas como implorando piedad, en pensamiento de lucidez agónica, para su pobre madre, que quedaba sin amparo de nadie y a merced de la caridad pública.

El galeno, ante el estremecimiento del enfermo, aprestóse a tomar el pulso otra vez, al mismo tiempo que aplicaba el oído para observar las pulsaciones del corazón, y moviendo con acelerado disgusto la cabeza dijo:

—Me parece que esto ha terminado...

Tras breve pausa, levantó la cabeza y sostuvo con sobriedad:

—¡Se acabó!

Y guardándose en el bolsillo las gomas con que acababa de reconocerle continuó:

—Estaba muy mal y era muy difícil salvarlo ya... Procedan ustedes a amortajarle antes que se enfríe.

La pobre anciana, que desde que llegó el médico estaba con el oído alerta, atenta al dictamen que pudiera emitir, observaba, llorando con resignada aflicción, el efecto desagradable que en su ánimo produjo el estado de Juan; y al escuchar el desenlace fatal que como sentencia terrible emitía el galeno sobre el desenlace de la enfermedad de su hijo, su amor y cariño, único amparo que tenía en la vida, el consuelo de sus dolores y la sonrisa de sus ilusiones, porque en su hijo cifraba sus alegrías y esperanzas, gritos desgarrados

dores y de dolor profundo e inconsolable se escaparon de la garganta de aquella pobre madre, llorando desconsoladamente por el hijo de sus entrañas... En el paroxismo del dolor, clamaba a Dios, pidiendo para ella también la muerte, porque, muerto su hijo del alma, la vida era para sí un fantasma terrible que se le revelaba tangible y cruel como una maldición y no quería vivirla...; la veía evaporarse tenebrosa y en impetuosos torbellinos de sangre, confundiendo a sus tristes pensamientos forjados en las ilusiones de la nada.

Las palabras de aflicción y los lamentos de angustia de la infeliz anciana bastaban solamente para enternecer a los corazones más duros y promover el llanto a las personas que se hallaban en la casa, sin reparar en la escena terrible que para aquel humilde hogar suponía la muerte del infortunado ebanista.

Pura y Estrella gemían y lloraban, vistiendo sobre el lecho mortuorio al desgraciado Juan, entre cuyas ropas pusieron los pantalones que con extremada laboriosidad zurció la señora María en determinada ocasión que su desgraciado hijo, gozoso, lleno de entusiasmos y pletórico de vida fué a una corrida de toros.

El marido de Pura, con los ojos humedecidos por el llanto, auxiliaba al doctor que sobre un pliego de papel extendió la defunción del desgraciado obrero. El pundonoroso albañil pidió la cuenta de la visita, para abonarla, a que rehusó generosamente el médico al mismo tiempo que se limpiaba los ojos impregnados de lágrimas y aconsejaba, para despedirse, a la desventurada anciana:

—Vaya, mujer; ánimo, que Dios no le faltará.

Hasta el *Capitán* parecía llorar también en silencio, echado junto a los pies de la cama donde yacía inerte y rígido el cadáver de su amo. Era una escena de espanto la que se desarrollaba en

aquel hogar pobre y humildísimo que causaba dolor profundo y escalofríos de remordimiento a la vida el cuadro de desolación y de miseria que ofrecía a la vista la muerte del infeliz obrero.

El albañil consultó con su mujer los detalles y disposiciones necesarias para el entierro, porque no era posible hablar a la señora María, dado el estado de aflicción y desconsuelo doloroso en que se hallaba sumida la pobre ciega: gastando dinero que no tenían, hubieran hecho más penosa la necesidad que a nada práctico conducía. ¿Preveniría el caso a los amigos del ebanista, por si querían costear el entierro? ¿Para qué? Comprometería el esfuerzo del que fuese, por si no tenía voluntad de hacerlo, sin beneficio alguno que atenuara la necesidad de las circunstancias...

En la calle preguntó a un guardia, que lo dirigió al Ayuntamiento, en donde dirían lo que tenía que hacer.

A la entrada del centro público municipal había unos empleados, a quienes, sumiso y con la gorra en mano, llegó el albañil, pidiendo explicaciones de lo que se trataba, e, indiferentes, los empleados no hicieron caso hasta que más dentro de la Casa Consistorial distinguió a otro que respondió a las observaciones que le hizo. Fué a la Alcaldía de barrio y de allí lo mandaron al Juzgado municipal para que el médico forense fuese a reconocer al muerto y emitiría dictamen certificado, cuyo requisito era de necesidad imprescindible para el entierro. Sin pérdida de tiempo fué al Juzgado, en donde tomaron recado, y de allí se retiró a su domicilio.

A la señora María le dió una congoja que le hizo perder el conocimiento y Pura y Estrella acostáronla con intención inútil de darle una taza de flor de malva, que, debido al estado de postración, no pudo tomar, y más tarde se negó terminantemente a ello.

Serían las cuatro de la tarde cuando, acompa-

ñado de un guardia, se presentó el forense a reconocer el cadáver de Juan. En aquel momento el albañil había ido a su casa a tomar un bocado.

Pura se acercó corriendo a prevenirle para que presenciara el reconocimiento facultativo, y su marido presentóse masticando un pedazo de pan y con tres sillas de su casa, en previsión de que si iba alguna visita tuviera donde sentarse.

El médico judicial, de carácter duro e inalterable, reconoció el escrito del otro médico, hizo algunas preguntas al matrimonio relacionadas con la situación y enfermedad del muerto y extendió el certificado que para el entierro se exigía...

A las cinco de la tarde presentóse el juez municipal del distrito acompañado de dos funcionarios judiciales, que levantaron acta, y, previos requisitos de la ley, la autoridad dió la orden de enterramiento.

El albañil fué, anochecido a notificar, la catástrofe en la taberna de Mariano, como lugar oportuno y seguro para que los amigos del muerto conocieran el suceso y después no pudieran alegar el cumplimiento de la disculpa con pretexto fútil de que no lo sabían. A Boni, que oportunamente encontrábase allí, sorprendió extraordinariamente la noticia, y acompañado del mensajero, con la mayor precipitación y asombro, encaminóse a casa de Juan.

Después de cenar, Mariano y el tío Tiberio acordaron ir a velar el cadáver de su cliente y amigo, por si los quehaceres del siguiente día sustraían la voluntad que tenían de asistir al entierro.

Cuando llegaron a casa del ebanista hallaron a su amigo Boni velando el cadáver con respetuosa veneración y fraternal sentimiento. Entre Sancho y Boni no existía la amistad temporal o transitoria del amigo, porque se querían como hermanos.

El tabernero y el carbonero desvidiéronse a las doce de las cuatro personas que velaban al muerto, rehusando hablar a la pobre anciana, que permanecía en cama, para no excitar más su aflicción dolorosa e inconsolable por la muerte de su hijo.

Boni continuó velando las cenizas de su desgraciado amigo hasta las cuatro, en que, necesitado de descanso y sueño, se retiró a su casa en busca de reposo.

Pura aconsejó en más de una ocasión a su marido fuese a descansar un rato, y con igual interés el albañil se lo recomendó también a ella; una y otro disculparon sus recomendaciones con el interés mutuo que desde el primer instante despertó en ellos la necesidad del auxilio desinteresado y generoso que en momento crítico prestaban a la desgracia; y el matrimonio pasó el resto de la madrugada defendiéndose con ímpetu y denuedo de las suspicaces y continuas acometidas de Morfeo. Previniéndose a la misma necesidad, recomendó Pura a la muchacha fuese a acostarse, y Estrella no hizo caso, creyéndose fuerte para luchar contra las suavidades deleitosas del sueño; y a la avanzada hora en que el matrimonio se aconsejaban entre sí, hallábase la sirvienta con el cuello echado sobre el respaldo de la silla, la cabeza colgando y la boca abierta, en posición supina, maravillada, sin duda, del hermoso e incomparable credo del Dios.

A las ocho se levantó la señora María; a las nueve y cuarto presentáronse Boni y Chilongo, y a las diez menos veinte, el tío Tiberio.

La anciana estaba sentada en una silla, con un pañuelo negro corrido sobre la cara, echada sobre sus rodillas, y, sin escuchar las palabras de pésame y de reconvención que le hacían los amigos de su difunto hijo, lloraba incesantemente en silencio la desgracia que le afligía.

A las diez oyeron el ruido de un coche y gente,

que hablaban y se detenían junto a la puerta. Chilongo no pudo reprimir su emoción, y dijo, por el personal de enterramiento:

—¡Ya están aquí!

Efectivamente, Boni se asomó a la puerta y pudo comprobar la veracidad de las palabras que acababa de pronunciar su amigo.

Era la carroza fúnebre del Ayuntamiento, llamada furgón, y tres empleados municipales a su servicio.

Los empleados, así que se dieron cuenta de su presencia a las personas que se hallaban en la casa donde estaba el muerto, esperaron les indicaran cuanto antes para sacar y llevarse el cadáver al cementerio.

A una señal de Boni, pasaron la caja y Pura hizo saber el último instante de las circunstancias a la ciega, que, como movida por un resorte, se levantó vacilante de la silla, llorando y pidiendo a gritos vista a Dios para ver a su hijo...

La vecina, primeramente, procuró contenerla y cogiéndola de un brazo la llevó junto al cadáver de Juan. La pobre anciana tocó instintivamente el cadáver de su hijo y, anegadísima en llanto y nombrándole con desconsuelo doloroso, se abrazó a él...

Así permaneció algunos minutos, gimiendo y derramando lágrimas en abundancia, sobre el cuerpo inanimado y frío de Juan.

¿Qué mal habría causado ella y a quién, para que Dios la castigara de modo tan brutal haciéndola sufrir tanto? A los que presenciaron aquella escena de dolor costó gran trabajo desasir a la desventurada madre del cuerpo inerte de su hijo.

Los empleados depositaron el cadáver sobre la caja mortuoria con un «¡adiós!» de corazón que se contuvo en el pensamiento de los que fueron sus buenos camaradas y mejores amigos. La cerraron, cogiéronla en hombros con respeto piadoso y gravedad solemne y la llevaron al coche.

Chilongo y Boni pugnaron, extrañados, la falta de Mariano, que se hallaba con doña Cristeta Suárez bailando *masurca*, al son de incoloro *one step*, ejecutado campanudamente por desafinado orgaño en un merendero del barrio.

Cuando partió el cortejo fúnebre, oíanse los gritos desgarradores de la pobre ciega, llorando desconsoladamente por su hijo...

—¡Adiós, hijo de mi alma!... ¡Adiós, hijo de mi corazón y de mis entrañas!...—repetía, en el paroxismo de dolor inmenso, la desventurada e infeliz anciana.

Al desembocar la comitiva por la glorietta de Cuatro Caminos, distinguióse a un grupo de personas que caminaban alegres con dirección a los merenderos y llenos de alborozo voceaban en atronadores y alternativo griterío:

—¡Vivan los novios!... ¡Vivan los padrinos!...

A medida que se alejaban entre sí, decaían los rumores de la algarabía, hasta que poco a poco fué perdiéndose el eco de los que, felices, gritaban... El término medio en que se contrasta la vida y la muerte, porque los extremos de la existencia se compendian al nacer por el instante que supone cuando dejamos de vivirla.

Durante el trayecto, algunos transeúntes se descubrieron al paso del féretro.

Al desembocar en la Castellana vieron con asombro al perro, que, cabizbajo y humilde, bajo la trasera del coche, seguía la pista del cadáver, significando al mundo, con su ejemplo de sincera lealtad y agradecimiento, la verdad que fingen y no sienten muchísimas personas por sus semejantes. Quisieron hacerle desistir, espantándolo inútilmente, porque el *Capitán* continuó, con admiración de los que lo vieron, en inexpugnable fidelidad a Juan hasta las puertas de la Necrópolis, que, con amenazas, pudieron espantarlo, para que no entrara en el cementerio.

En la plaza de Manuel Becerra se despidió el

carbonero, y el pobre cortejo, compuesto por Boni, Chilongo y el albañil, acompañó, andando, hasta la eterna y última morada a los restos de su excelente camarada e inmejorable amigo Sancho.

A las puertas de la ermita del cementerio detúvose la carroza fúnebre y un sacerdote, caracterizado de su investidura, entonó un ligero responso...

El cortejo, en silencio respetuoso, siguió a la carroza por algunos senderos bautizados con determinados nombres de calles, hasta que a la caída de un cerro detuviéronse con estremecimientos de escalofríos, haciendo alto a la jornada.

Unos sepultureros que sosegadamente trabajaban en aquellos lugares de desolación y de muerte aprestáronse a recibir el cadáver como triste despojo de la vida: abrieron la caja y sobre larga y profunda fosa volcaron, como piltrafa humana, el cuerpo rígido del infortunado obrero.

Sus amigos, con sentido y fraternal respeto, musitaron un padrenuestro como tributo póstumo a su memoria..., echaron un puñado de tierra y se retiraron en silencio, convencidos de la mentira humana y del engaño manifiesto de la vida.

Allá, en triste tugurio de población risueña, una pobre anciana y ciega lloraba inconsolablemente la muerte de su hijo, su soledad y su pobreza, mientras que otros respetados y dignísimos caballeros de la alta sociedad disfrutaban, cobardes y traidores, bienes que debieron ser suyos y le hubieran redimido de caer ignominiosamente en la necesidad y en la miseria.

## CAPÍTULO X

### Irresponsabilidad de unas delincuentes

Luisa Morán de Ladrado convino en que Sebastiana no fuese con ellos a veranear.

La cocinera hallábase en el sexto mes de embarazo y, según los señores, estaba muy pesada para salir con ellos.

Don Toribio, indignadísimo, tan pronto como se enteró del estado de su sirviente, pugnó por echarla de casa; pero se interpuso Luisa, alegando que había sido engañada por un novio que tuvo y al conocer su situación, sin más ni más, el infame la había abandonado. Llevada de palabras juramentosas y engañada con promesas de fidelidad y casamiento que le hizo el traidor, la pobre Sebastiana, cándida como una paloma, se entregó a él. ¡Eran tantas las que como ella, por el deseo ciego de honrar pronto la memoria de Himeneo y probar del placer de los dioses, fueron víctimas inocentes inmoladas por la carcajada de Luzbel!

De niña aún, entró a servir en casa de sus padres, y como hacía muchos años que la tenía a su servicio, Luisa transigió a su falta y, compadecida de su desgracia, no podía ceder a despedirla, como quería Toribio; y, aconsejada por ella, en más de una ocasión recurrió la cocinera a determinados menjurjes de aborto con resultados negativos, por el afán justo y desenfrenado de recatar su honra.

La señora recomendábale últimamente prudencia, debido al peligro que corría su vida por lo avanzado de la situación; pero Sebastiana no cejó en su empeño de verse libre y arreció a deshacer, por medio de nuevos y eficaces recursos abortivos, el repugnante edificio de su obra tan pronto como sus señores salieran de veraneo.

El dos de julio leía, ocioso y desaprensivo, las noticias transmitidas por telégrafo de Madrid, sentado en el *hall* del Cristina, de San Sebastián, el señor Ladrado de la Cuerna: despertó su interés un incidente que leyó y volvió a leer, más que con avidez, con sobresalto, hasta convencerse de que su sirviente Sebastiana había sido encarcelada, convicta y confesa autora por delito de infanticidio perpetrado en su misma casa.

El procurador, con el alma en un hilo, como suele decirse, por no disgustar a su señora, que se hallaba en el séptimo mes de gestación, y con pretexto de una necesidad urgente, procuró ausentarse por unos días, y en primer tren se encaminó, sin pérdida de tiempo, a Madrid.

Efectivamente, halló a su cocinera en la cárcel, con la agravante que había leído en el diario donostiarra; y como su casa estaba clausurada por el Juzgado, encaminóse al centro judicial con decidida resolución para enterarse con minuciosidad de lo que sucediera.

Informado del caso, dirigióse a la prisión, enfurecido, para interrogar a Sebastiana, y la pobre cocinera, más muerta que viva, contó a su señorito, sin omitir un detalle, punto por punto, lo que había hecho: con el deseo de tapar su falta, refirió su situación a la portera, y ésta le aconsejó fuese a ver a una comadrona, llamada doña Cristeta Suárez, que en cierta ocasión salvó del compromiso también a una hija suya que estaba de ocho meses, y nadie se enteró de aquello porque la asistió y quedó tan bien como si nada hubiera tenido.

Ilusionada por el relato que hizo a mil maravillas aquella excelente comadre, la infortunada Sebastiana salió en busca de la comadrona y púsose al habla con ella para consumir el hecho por la cantidad de cuarenta pesetas.

A los dos días, doña Cristeta fué a verla, hizole un reconocimiento minuciosísimo y la mandó que se echara sobre la cama...; manipuló largo rato en el vientre, haciéndole sufrir agudísimos dolores, que pusieronla entre la vida y la muerte; mandó que tomara un brebaje, que al efecto llevaba preparado, y al día siguiente dió a luz una criatura muerta. En su azaramiento, la cocinera no supo qué hacer del feto y, ante el temor de verse descubierta, creyó más oportuno hacerlo desaparecer echándolo por el retrete, para lo cual tuvo necesidad de separar la cabeza del tronco, porque no cabía por el sumidero, hasta que, obligando a lo demás, pasó por fin... De momento quedó tranquila hasta que tuvo que verter aguas, y dos días después reparó con sobresalto que por la tubería no cabía ni gota. Avisó a un fontanero, que en el reconocimiento halló con espanto y casi en estado de putrefacción el cuerpo lacio del feto; avergonzada escuchó sin replicar cuanto quiso decirle aquel hombre indignado, que se marchó dejando como estaba y sin reconstituir el trabajo, para volver al poco rato acompañado de dos guardias...

«Luego fueron unos señores, y más tarde otros, que hicieron un registro minuciosísimo en la casa; uno de los cuales, que parecía mandar en los demás, empezó a preguntarme con insistencia, de cuyo resultado salí escoltada por dos guardias, mientras que otros tomaban declaración también a la portera. Me metieron en una habitación para volver a preguntarme; y más tarde volvieron otros guardias que me ordenaron les acompañase, y me trajeron aquí.»

Don Toribio, lleno de cólera por el relato que

hizo la cocinera de lo sucedido, cuando le dijo que habían registrado la casa, temiendo que los actuarios judiciales se hubiesen enterado de algunos papeles secretos que a fuer de interesados directos le pusieran en vergonzosa evidencia comprometiéndole, crispó las manos, haciendo esfuerzos por contener su ira, y repuso:

—¿Y usted lo presenció?

—Yo, no, señor; vi que entraban y salían de unas habitaciones a otras, en algunas de las cuales estuvieron hablando largo rato, y nada más.

—Bueno—dijo tras breves reflexiones, en que aparentó vislumbrar procedimientos de seguro arreglo el señorito—; voy a ver si la ponen en libertad provisional hasta que se celebre el juicio, del que creo saldrá bien, aunque, francamente, no pueda asegurarlo; pero, dado el espectáculo bochornoso que se ha dado en casa, comprenderá que después no podrá seguir con nosotros.

Sebastiana empezó a llorar con desconsuelo, afligida por las últimas palabras que pronunció su amo, y don Toribio, más reflexivo y condescendiente, continuó:

—No se apure, porque le pasaremos el salario hasta que se coloque donde sea. Usted misma reconocerá que con el escándalo que se ha dado en casa hoy no puede ser, por bien suyo más que nada; otro día ya veremos...

—Si... yo... lo... comprendo todo..., señorito—repuso la infeliz cocinera, gimiendo y llorando, con entrecortadas palabras por el efecto de su situación.

—Conque ya sabe usted—reiteró últimamente el señor Ladrado de la Cuerna.

Así que partió el conocido procurador, Sebastiana, más tranquila, enjugó sus lágrimas y esperó, resignada, deliberasen la magnitud de su responsabilidad.

Al día siguiente quedó en libertad, como le previno don Toribio, aunque sometida a proceso, que

para el caso fué igual que si hubiera quedado en libertad absoluta, porque cuando se citó a juicio, reducido al mínimo de publicidad, la cocinera, por disposición de su señorito, no compareció y, por razón natural, fué declarada en rebeldía accidentalmente.

La policía, que tenía orden de detenerla, buscó algún tiempo a la ex cocinera, con instrucción de sus señas personales o ficha antropométrica equivocada casualmente, y vigilóse, ocasionando su investigación abrumadoras molestias a las cocineras cuando salían a la compra por las mañanas y a las nodrizas que solían salir a pasear con los niños al Retiro y plaza de Oriente, sobre lo cual recordaremos que durante una larga temporada existió el timito de preguntar cuando caprichosamente se quería ofender a alguien:

—*¿Es usted Sebastiana?*

Quando se celebró la vista dejó también de comparecer, y alegando que estaba enferma se enjuició, siendo absuelta y declarada inocente por la brillantísima defensa que hizo el abogado que la defendió, enterneciendo al auditorio hasta convencer con habilidosa maestría al respetable Tribunal que la juzgaba. No había cuidado a que reclamara la parte contendiente en la seguridad que el editor ofendido era su misma sangre a quien defectuosamente repudió la procesada.

Dofia Cristeta fué igualmente absuelta, basándose la defensa en la inocencia y buena fe con que procedió, sin intención de causar el menor daño ni las complicadas y desagradables consecuencias que sobrevinieron escandalosamente.

La ex cocinera desde un principio abrigó la esperanza de que, como su señorito era persona de influencia poderosa, saldría perfectamente bien. Su inconsciencia recíproca le aconsejó que sería más ventajoso ponerse a criar que dedicar su inteligencia al regalado cultivo del arte culinario, y doce días después, como si nada hubiera

sucedido en la casa número ciento uno de la calle de Fuencarral, amamantaba a un niño que al nacer había quedado sin madre.

Los señores de Ladrado apresuraron su veraneo, regresando a Madrid sobre la primera quincena de agosto, porque Luisa estaba para dar a luz. Don Toribio no cabía en el pellejo de contento, porque a los cuatro años de haber contraído matrimonio iba a ser padre de familia por primera vez. En su celo marital se engendraron mimos, delicadezas y atenciones para su Luisa, que gracias a San Ramón Nonato iba a ser madre también.

Durante todo el mes la visitó a diario un especialista en partos, encargado previsoramente de asistirle en el momento crítico de la maternidad.

Luisa pasó el mes de agosto con pequeños síntomas de alumbramiento, a excepción de algunos días que, sintiéndose algo indispuesta, notó pequeños dolores; pero, según el tocólogo, eran fenómenos de pequeña importancia, que en nada afectaban a su situación interesante; habrían equivocado la cuenta de las lunas, bajo cuya influencia se resumía el estado fisiológico y situación crítica de la mujer en aquel caso.

Por fin, el veintiocho de septiembre vino a aumentar la felicidad en el hogar de los señores de Ladrado el esperado vástago. Doña Luisa Morán de Ladrado de la Cuerna acababa de dar a luz un hermoso y robusto niño, para colmo y dicha del matrimonio feliz.

Los periódicos anunciaron la sucesión y buen estado de la parturiente, dando la enhorabuena y felicitando a un tiempo al conocido e inteligente procurador de los Tribunales de Justicia.

En aquel dichoso hogar, todo mimo, sonrisa y alegrías, surgían insistentemente de los pensamientos del matrimonio los mejores augurios y designaciones para el hombre futuro, en infinidad de complejos y variados proyectos sobre el

papel que debería representar en la comedia de la vida, ñoñez y sobra de lo que por desgracia muchos están necesitados.

Toribio propuso la necesidad de una nodriza para el rorro, con intención de que Luisa no se estropeará, y en la mente de su mujer surgió pronto el recuerdo de la despedida Sebastiana. La portera sabía dónde estaba, porque, según dijo, un día que pasó por allí se acercó a saludarle.

Era un asunto que a Toribio no le importaba quién fuese, porque como era pensamiento electivo de su señora aceptó de buen grado y sin miramiento alguno la proposición, mandándole recado de que la necesitaba con urgencia; y al día siguiente la ex cocinera cogió su baúl y algunas prendas que tenía sucias de su pertenencia en la casa donde estaba, y desoyendo las reiteradas súplicas del padre del niño, que por compasión pedía continuase hasta encontrar otra que le amamantara, Sebastiana dejó al huerfanito solo y a merced de que lo criara quien quisiera, porque iba a ser *ama* en casa de sus señoritos, como solía decir cuando le preguntaban.

Los señores de Ladrado, siempre buenos, altruistas y generosos, supieron premiar aquella noble acción de fidelidad y de cariño hacia ellos en su antigua sirvienta aumentándole el salario en cinco pesetas mensuales más que le hubieran dado a otra.

## CAPÍTULO XI

### Soslayando la farsa

El día cuatro de octubre llegaron a la villa y corte los señores de Aguates. Por las calles de la población desataba sus furias desenfrenadas el inclemente Guadarrama y un vendaval de hielo corría impetuoso, dejando sentir las primeras nevadas de la temporada otoñal en la sierra.

Los transeúntes circulaban apresurando el paso cuanto podían, encogidos, con las manos en los bolsillos y las gorras o sombreros encasquetados hasta las orejas, esquivando las perseverantes acometidas de Eolo, muchos de los cuales lucían ya sus prendas de abrigo, previniéndose estratégicamente a las crudezas rigurosas de la estación.

Doña Concha había advertido por carta a Rita y a Simona para que tuvieran la casa alfombrada y en condiciones de elevada temperatura, si las circunstancias apremiaban; y cuando las de Aguates entraron en su domicilio halláronse poseídas de un ambiente agradable y feliz.

Doña Concha y su hija hicieron las visitas de rigor a sus numerosas amistades, dando a todas la inesperada noticia del casamiento que Conchita pensaba contraer en breve.

A todos sorprendió con asombro la noticia y en todas partes surgió la acostumbrada crítica en concepto de murmuración y frívolo comentario.

Los padres del novio, conocidísimos almacenis-

tas de jamones en Villaberzotas, la habían pedido ya y concertaron efectuaran el enlace el ocho de noviembre próximo.

Conchita no se cansaba de referir a sus amigas, que la asediaban a preguntas, el concepto inmejorable que le merecía la familia con quien iba a emparentar pronto y las envidiables condiciones de su prometido, cuyo retrato exhibía llena de vanidad, ensalzando su arrogante figura con los distintivos ostensibles de su jerarquía para los domingos, en traje de Polilla de Sandunguistas. ¡Qué orgullosa se creía la de Aguates y qué envidia iban a tenerle cuando la vieran con él de paseo y cogida de su brazo, con el tipo que tenía y tan bien como le sentaba aquella ropa!

Sobre todo por el *tipo*, sentía Conchita un entusiasmo que no le dejaba ni dormir un instante siquiera.

La fotografía tenía sencilla y corriente dedicatoria a su inolvidable prometida; y al pie, en gruesos y legibles caracteres, la firma de Cornelio.

Verdaderamente, Conchita era la niña envidiada por todas sus amigas porque iba a casarse. Es indudable que ocho o nueve años antes el casamiento aquel no hubiera sido proporción adecuada para ella, que, como muchas en primer período de merecer, acarician el sueño dorado del hombre perfecto, del título nobiliario o doncel cargado de pergaminos y de dinero; pero transcurrían los años y, con ellos, la ilusión de ver llegar al príncipe soñado marchitábase como una flor y apencaban después, sin escrúpulo, por casarse con el primero que las solicitaba.

Ahora, para las de Aguates, la familia de Cornelio eran personas sin defectos y de antecedentes honorables como ninguno otro. En sus frecuentes y solicitados informes, ocultaban que su abuelo fué chalán y su padre, actualmente, almacenista de jamones; únicamente limitábanse a de-

cir de éste que era rico industrial de Villaberzotas y que, por vocación, dió a su hijo el oficio de mamarracho, a cuya institución se honraba pertenecer Cornelio.

Bajo otros conceptos referentes, ¡cuántos elogios hacían los de Aguates y cuántos primores contaban de Momio cuando les preguntaban!...

Muchas con extraordinario embeleso escuchaban a Conchita, horas enteras, hacer curiosas e hiperbólicas descripciones de aquel próspero país, rico y prodigioso en todo... ¡Cuántos atractivos apreció en las playas y lugares que había visto en su hermosa temporada de veraneo y de excursión!... Brest y Amsterdam, Lubek y Danzik; Belfast y Cork; Newcastle y Ostende. En unas magníficas carreras de caballos, en Les Sables-d'Olonne, vió, con asombro de más de treinta mil espectadores, cómo entre los concursantes disputaba y correspondió el primer premio a una parisiense que montaba un hermoso caballo alazán.

Recordaba en Saint-Nazaire a un fraile carmelita sentado en la playa, en animada charla con unas señoritas, y a un pastor protestante jugando al corro con otras en un balneario de Stralsuna. Enseñaba también, vanidosa, dos riquísimos abrigos de marta, comprados en Danzik, para su mamá y para ella, acogidos con relativa complacencia por unas y con reservada envidia por otras.

—Aquí, te metes en el rincón de San Sebastián, y ya sabes—refería la de Aguates a las de Sánchez Tocino, que le escuchaban atentamente—: por la mañana un traje, por la tarde otro y para paseo otro, variando todas las semanas, si no quieres que se rían de ti y te critiquen..., ¡hija mía!... En cambio, en los balnearios extranjeros vas como te da la gana y nadie se ocupa de ti por saber quién eres ni les importa una palabra tampoco... Hay curiosos, como en todas partes, para mirarte, naturalmente, y nada más.

Ina y Flo la miraban con curiosidad y sin la envidia que indiscretamente se reflejaba en el semblante de otras: tenían la esperanza de que el año próximo las llevaría su papá también y verían tanto o más que ellas habían visto...

La correspondencia menudeó entre los prometidos hasta el cinco de noviembre que, previniéndose al día de los desposorios, llegó Cornelio a Madrid en compañía de sus padres. Tenía el futuro esposo de Conchita de veintiséis a veintisiete años, corpulento y fornido, y sabía dar a su continente, por las condiciones de sus enseñanzas y de su profesión, cierto aire de superioridad y de indiferencia a cuanto le rodeaba.

Sus padres, de edad proveccta, aunque extremaban sus cuidados por apartarse de su clase, no podían disculpar su humilde origen, y en sus modales ordinarios se les advertía de vez en cuando observaciones y palabras que los circunstantes acogían suspicaces para llevarlas después a la murmuración y a la mofa.

El padre, que en Momio gastaría blusa seguramente, presentóse con levita y sombrero de copa, las manos calcinadas por los sabañones y encalecidas por el trabajo, con detalles asombrosos de ponerse a comer con guantes y de secarse las narices con las manos; además, era obeso y rechoncho, cuya constitución hacía excesivamente ridículo el carácter desdeñoso de su figura.

La madre hacía pareja adecuada por su estatura y constitución adaptada a su marido; vestía traje de seda negro, sombrero pequeño, cubriendo parte de su cabeza con barbuquejo de cinta ancha, las manos, enguantadas y cruzadas con devoción natural sobre su abultado abdomen, las distraía con instintivo afán y pulcritud para introducir los dedos por las cavidades de las narices. Presente o ausente llamaba a su marido *Ulogio* y, cuando le nombraba, producía casi siempre indiscreta hilaridad entre las amigas de Conchita,

que se miraban primero con irresistible tentación para reirse. Doña Macaria, como le decían los circunstantes, extremó el cuidado de su indumentaria para venir a Madrid y tomaba toda clase de precauciones queriendo aparentar condiciones de alto rango que la colocaron en el ridículo; iba a emparentar con una familia noble y tenía que adaptar nuevos métodos de vida variando completamente su condición y sus costumbres.

Durante las vísperas hubo algunos regalos de una y otra parte, con superioridad a la novia, que recibió multitud de ricos y valiosos presentes de sus numerosas amistades.

El mamarracho pasaba los días enteros al lado de su prometida, ñoñeando con disculpable imbecilidad, como se previene casi siempre en vísperas de ese acontecimiento.

Los periódicos adelantaron la noticia, haciendo sendas descripciones biográficas de los Braguetes en elogio a la prometida y ensalzando como insuperables las cualidades físicas del novio.

La casa de los de Aguates bien podía decirse que parecía un jubileo de entrantes y salientes de todas clases, manifestando su contento por el enlace, con hipocresía unos y con aparente sinceridad otros.

Desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche era rara la hora que doña Concha, sobre todo, se hallara libre de permanecer entretenida con alguna visita, hasta que por fin llegó el esperado ansiosamente día fastuoso y a las ocho de la mañana presentóse el novio, luciendo con gallardía el honroso traje de «Polilla», acompañado de sus padres, en casa de los de Aguates; ostentaba, ufano, los cascabeles regalados por Agapito y la atrayente y magnífica insignia de la espalda, por don Toribio.

Cuando descendieron del coche los recién llegados, el esclavo del «Polilla», que había ido al lado del cochero en el pescante, cogió con preci-

pitación una sombrerera y la maleta, cuyas correas sujetaban al chuzo, y las llevó al portal de la casa de la prometida, esperando órdenes de sus señores.

Doña Concha, que desde un balcón los había visto por casualidad, bajó con relativa urgencia y apasionada amabilidad a recibirlos y, encarándose con aire de superioridad, dijo al esclavo:

—¿Qué hace usted ahí con eso? ¡Súbalo de seguida y que Simona ponga la maleta en el cuarto del señorito!

Cornelio, que se aproximaba, al darse cuenta de lo que su futura madre política decía al esclavo, ordenó a éste, con acostumbrado despotismo y habitual altanería:

—¡Parece usted memo! ¡Vaya corriendo, como ordena la señora, so animal!

Julián, que así se llamaba el esclavo, guardóse la gorra en un bolsillo de los pantalones y, sin replicar una palabra, obedeció con disciplinada sumisión y temor.

La vida está llena de sucesos sumamente incomprensibles que si la casualidad no revelara el organismo de sus circunstancias no creeríamos en ellos; coincidencias hijas de la casualidad que, hiriendo los resortes de nuestro amor propio unas veces y manifestándose a la placidez de nuestra indiferencia otras, si no se vieran no podrían concebirse ni en la imaginación siquiera.

Este esclavo era el pequeño Julián que, niño aún, servía de zagal el día que los agentes gubernativos detuvieron a su padre por creerle cómplice en delito de estafa, atribuído fatalmente a su inocente y desgraciada hermana Antonia, que, desconociendo a sus verdugos, ahora también la fatalidad del Destino otorgaba, traidora, los favores de su esclavitud.

La novia, que terminaba de vestirse, salió con su característica sonrisa a recibirlos con el traje para desposarse, de rico crespón, magnífico man-

to de encaje *point d'azulle*, zapatos blancos y corona y ramo de azahar, símbolo de la virginidad y de la pureza; exhibía también, vanidosa, un magnífico aderezo de brillantes que le regaló el novio el día anterior, a excepción de un coquetón *pendentif* que lucía doblemente, sobre la blanchura nivea de su hermosa garganta, regalado por Juanito Mascuerzo.

Amaneció con una llovizna de hielo que enfriaba hasta las palabras, e iban llegando alternativamente infinidad de invitados al acto, hasta que, a las nueve y puesta en marcha la comitiva, fueron acomodándose en el crecido número de automóviles y de coches que invadían la calle, en espera de los interesados, para encaminarse a la iglesia de Nuestra Señora del Carmen.

Doña Concha, Cornelio y Juanito Mascuerzo ocuparon un magnífico «Rolls-Royce»; Conchita y don Eulogio, un elegante «Fiat»; Agapito y don Toribio, en compañía del reputadísimo don Sabas Pérez, otro «Rolls»; doña Macaria iba en un «Mercedes» con la señora de Sánchez-Tocino; y a éstos precedían unos veintitantos coches más, automóviles casi todos, y alguno que otro landó, cuyos conductores repetían el toque de las bocinas y avisaban al ganado como si mostraran decidido afán por ir lo más cerca posible de los novios.

Durante el corto trayecto fueron afluyendo otros, y cuando llegaron a las inmediaciones del sagrado recinto sumáronse a los coches que esperaban, en crecido número también, que se hizo poco menos que imposible el tránsito por la calle.

Unos *golfos*, descalzos y harapientos, que danzaban por allí, ofrecíanse a abrir las portezuelas con pretexto de facilitar cómodamente el paso a los ocupantes para demandar unos céntimos.

Las personas que asistían al acto fueron pasando con aristocrática regularidad al templo, iluminado con multitud de lámparas en colores y

artísticamente adornado con profusión de plantas y flores.

Los novios y padrinos eran saludados cariñosamente por los que llegaban, a excepción de las damas y señoritas que besaron efusivamente a la novia.

Al pie de la escalinata del altar mayor se erigía, como estandarte, en púrpura de Tiro, el blasón de los Bragueteros, en artístico trofeo, con los principales distintivos del respetable cuerpo de Sandunguistas, e iguales atributos ostentaba el paño grana con flecos de oro que envolvía al tabernáculo. Todos repararon con silencioso respeto en aquellos finísimos bordados, verdadera maravillosa obra de arte, y distribuíanse por las diferentes capillas de la iglesia para oír misa en espera de la celebración del acto. Se habían adelantado veintitantos minutos a la hora convenida, y tuvieron necesariamente que esperar.

Doña Concha y Sánchez-Tocino cayeron de hinojos al pie de la capilla de la Venerable Orden Tercera; Conchita, don Eulogio, Agapito y Cornelio hincáronse de rodillas con discreta veneración junto a la capilla de la Santísima Trinidad; en las capillas de Nuestra Señora de los Dolores y de Nuestra Señora de la Esclavitud situáronse muchos. Doña Micaela de Sánchez-Tocino, la de Gómez Babosa y otros dieron respetuoso frente al altar del Santísimo Cristo de la Salud y del Santísimo Sacramento; mezclados entre algunos fieles, asiduos concurrentes al templo, situáronse algunos más junto a las capillas de Santa Teresa, San José y San Cosme; unas cuantas señoritas gesticulaban con los rostros compungidos y clavando los ojos al techo, frente al altar de San Antonio y del Santísimo Cristo de la Salud; doña Macaria, el señor Ladrado de la Cuerna, Juanito Mascuerzo y el resto de los invitados dieron frente al altar mayor, aumentando el contingente de los devotos, unguidos por espiritual y profunda ve-

neración al sagrado acto de una misa que estaba celebrándose.

Un silencio profundo y respetuoso invadía los ámbitos del templo, interrumpido a veces por los que a intervalos tosían, aunque se obligaran por contener el chasqueteo sucesivo y molesto de la tos, y por el sonido de la esquila que señalaba *urbi et orbi* las escenas más significativas que precedieron a la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, latinizadas por la lectura del sacerdote que oficiaba en la celebración de la misa.

Al terminar la ceremonia sagrada, fueron retirándose los fieles, a excepción de cuatro o seis devotas que prosternadas en diferentes altares invocaban sus pensamientos a los santos de su devoción.

Doña Concha y algunas personas más de los asistentes al desposorio encamináronse con discreta y silenciosa irregularidad a la sacristía, y diez minutos después salieron acompañados del obispo de la diócesis, organizándose en compacto grupo junto al altar mayor hasta la celebración del acto.

Ofició el ilustre prelado y, después del sagrado precepto de la misa, pusieron de pie para consumir la ceremonia.

A los acordes de la *Marcha Nupcial*, de Mendelshon, don Eulogio y doña Concha, que actuaban de padrinos, hicieron entrega a los contrayentes de las arras y de las alianzas para el ritual y procedimientos de rúbrica. El padrino entregó a Cornelio trece monedas de oro y la madrina dió a su hija un magnífico y esplendente solitario, montado en platino, que a todos llamó la atención por su inmejorable calidad, buena construcción y gran tamaño. Doña Concha, cuando la miraron, puso gesto de indiferencia, cual si menospreciara la importancia que los demás, desconociendo la procedencia inicua de aquella fatídica alhaja, concedían a su prodigiosa dádiva. Era la famosa

piedra desprendida del pendiente a la de Sánchez Tocino, quince años antes, en casa de doña Concha, y por la que se encarceló, convicta y confesa autora de la sustracción, a la infeliz Antonia Rodríguez García, doncella de doña Mica.

La de Aguates, con su indiferencia, fortalecía el cinismo que tenía para presentar el cuerpo de un delito horrendo que había costado la deshonra y la muerte a una pobre familia. El secreto radicaba únicamente en la emponzoñada y miserable conciencia de doña Concha, que tuvo buen cuidado de no revelarlo ni a sus hijos siquiera. Cuando preparaba el casamiento de Conchita, llevó reservadamente la piedra a un joyero para que la montara en una sortija de platino; y cuando la tuvo en casa, hizo ver a la prometida del Polilla que la había comprado, y dijo:

—Esta sortija, que te servirá de alianza en la ceremonia nupcial el día que te cases, será el regalo de boda que hagas a Cornelio.

Terminada la ceremonia, todos hicieron comentarios y elogios del buen gusto que Conchita había tenido regalando a Cornelio aquella envidiable y magnífica joya de gran valor.

Ninguno de la familia de Sánchez Tocino pensó remotamente siquiera en aquel pregonado solitario de su propiedad que tantas preocupaciones les ocasionó en determinada temporada de infructuosas molestias, sobresaltos e incertidumbres. La honorabilidad de los de Aguates repelía impetuosamente los prejuicios mezquinos e inverosímiles que pudieran formarse contra la farsa y la mentira infame de las circunstancias.

Doña Concha depositó cincuenta pesetas en el cepillo de las ánimas, repartió espléndidas propinas al sacristán y a los monaguillos, y después de las felicitaciones y parabienes que el acompañamiento hacía a los recién casados, empezó el aristocrático desfile.

A los ojos de doña Concha asomaron unas lá-

grimas de enternecimiento circunstancial; y creyente la señora de Manso, cuchicheó al oído de doña Mica:

—¡Hay que ver a Concha! ¡Tiene un corazón como una criatura!

Unos cuantos mendigos, que al tener noticias del acto se habían congregado en el vestíbulo del templo, esquivando también las crudezas de la lluvia y del frío, adoptaban posiciones adecuadas, en espera de las buenas almas y caritativos corazones que quisieran socorrerles.

Junto al quicio de la puerta exterior izquierda hallábase, harapienta y aterida de frío, la desventurada anciana María, madre del desgraciado ebanista Juan Sancho, tapujándose defectuosamente la mano izquierda con un fleco del mantón remendado, mientras con la otra exhibía un platicillo de cinc, en espera de las limosnas que quisieran echarle. Sujeto por una cuerda atada al brazo izquierdo retenía a su fiel *Capitán*, que miraba impasible a cuantas personas llegaban a socorrerle. El noble animal era su lazarillo y, seguramente, la defensa de la pobre anciana, si algún inconveniente u obstáculo se le hubiera interpuesto en su necesitado camino.

Casi todos los indigentes demandaban, como almas en pena, una limosnita, invocando el nombre de Dios; y los ciegos, «¡que Santa Lucía les conserve la vista!...» Y así, con idéntico afán, repetían insistentes y angustiosos cual cantar litúrgico la misma cantinela a las personas que, solitarias o acompañadas, iban saliendo alternativa-mente del templo.

Doña Concha, haciendo alarde de buenos sentimientos, dió a cada pobre una peseta, y aquellos desgraciados prorrumpieron con palabras de agradecimiento y de alabanza para la dama, bajo la omnipotencia de Dios.

La señora María pidió a Dios, con todo el fervor, salud para aquellas buenas almas y a Santa

Lucía recomendaba al mismo tiempo les conservara la vista.

Otros varios, al pasar, dieron también algunos céntimos a aquellos infelices necesitados.

Don Toribio acertó a dar cinco céntimos a un ancianito que tenía un cartel al pecho en que se leía: «Pobre ciego»; y el necesitado, creyendo que era una señora quien le socorría, respondió agradecido: «Señorita, que Santa Lucía bendita le conserve la vista».

El día después se leyó en los diarios la siguiente noticia:

«En la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, adornada con exquisito gusto, contrajeron ayer matrimonio la bella y encantadora señorita Concepción Chotís Braguete de Aguates y López de la Torrelarga, descendiente de ilustre estirpe y casa de su mismo nombre, con el gallardo, arrogante, saleroso y distinguido Polilla de Sandunguistas don Cornelio Pica de la Perrera.

»Bendijo la unión el excelentísimo señor obispo de Madrid-Alcalá y apadrinaron a los contrayentes la distinguida e ilustre dama madre de la desposada y el padre del novio, distinguido acaudalado de Villaberzotas, don Eulogio Pica Vara.

Fueron testigos: por parte de la novia, don Valentín Rufino Blázquez y el excelentísimo señor marqués de la Brecha; y por parte del novio, el excelentísimo señor jefe de Mamarrachos don Ismael Canuto Saltarín y el conocido industrial don Segundo Atravesado y Botante.

»A la ceremonia, que resultó brillantísima en primores de buen gusto y lujo, asistieron, invitados por el novio, mamarrachos de todas clases; y del elemento particular recordamos, entre otras distinguidas personalidades, a los señores duques de Pino en Miel; marqueses de la Presentación; marqueses de Alclama; la distinguida señora marquesa de Varios; señora marquesa de Armuelles y su encantadora hija Remedios; señores con-

des de Manteca Florida; el distinguido magistrado señor Pérez Chacón y Cafalat; el distinguido y reputado procurador de los Tribunales de Justicia don Toribio Ladrado de la Cuerna; los señores de Sánchez Tocino y sus encantadoras hijas Ina y Flo; la distinguida señora de Manso, con sus encantadoras hijas «Nee» y Presentación; la respetable dama señora de Cazorla y su encantadora hija Irene, viuda de Arinaga; señora de Lendoza; la distinguida señora viuda de Lafuente; señora García del Nogal Lacebra; la hermosísima Luisa Escorial García; la simpática Rosalía Catena Angulo; señorita Amalia Soler; la hermosa y distinguida Conchita Ruiz; la distinguida Conchita y Sierra Mantengue; la popular artista Rosario Leonís; la atrayente Cochita Barcaitegui; la encantadora Juanita Lebrian Goyanes; la bellísima y encantadora miss Delatte; la hermosísima y atrayente Conchita Neneses Parcel, y muchas distinguidas señoras y encantadoras señoritas, cuyos nombres omitimos por falta de espacio y tiempo.

»A la distinguida pareja, que después del *lunch* salieron a conocer algunas poblaciones de Momió, damos nuestra felicitación y deseamos buena luna de miel.»

Excusado es decir que los semanarios también reprodujeron la noticia y publicaron la fotografía de los recién casados en determinadas fases de la ceremonia.

FIN



# INDICE

---

	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA.....	5
PRÓLOGO.....	7

## PRIMERA PARTE

### Causas elementales de ergotismo social

Capítulo	I. — Caracteres humildes.....	15
—	II. — El cinismo de unos ignorantes y la psicología del beso ....	22
—	III. — Comentarios breves.....	37
—	IV. — Lamentaciones vulgares.....	44
—	V. — Concepto social y ligera rese- ña crítica de una corrida de toros.....	50
—	VI. — Frivolidades y pasatiempo....	69
—	VII. — Miseria ante la facultad pode- rosa del dinero. Incertidum- bre y desengaño.....	85

## SEGUNDA PARTE

### Enseñanzas sabidas

Capítulo	I. — Preocupaciones y pareceres...	99
—	II. — Suposiciones exacerbadas de moral apocalíptica.....	108

	<u>Páginas</u>
Capítulo III. — Tras la mampara de un bufete . . . . .	122
— IV. — Ínterin . . . . .	132
— V. — El camelo de un procurador . . . . .	135
— VI. — El aperitivo de unos pobres . . . . .	141
— VII. — En el paraninfo de la taberna . . . . .	146
— VIII. — Preliminares individuales y observación particular de un funcionario público . . . . .	160
— IX. — Apuntes biográficos de una familia ilustre . . . . .	166
— X. — En pro de buena amistad . . . . .	184
— XI. — Consecuencias misteriosas de un clamor . . . . .	187
— XII. — Apéndices de la vida vulgar . . . . .	199
— XIII. — Reflexiones substantivas . . . . .	212
— XIV. — Ante el aniversario de una dama . . . . .	234

### TERCERA PARTE

#### Frustración del anhelo redivivo con los resultados de la esperanza

Capítulo I. — Aves de paso . . . . .	265
— II. — Partículas de miseria . . . . .	295
— III. — Filosofía retrospectiva de un amor . . . . .	307
— IV. — Susceptibilidades burocráticas . . . . .	329
— V. — Junto a las puertas del engaño . . . . .	345
— VI. — Conceptos deplorables . . . . .	356
— VII. — Incontinencia y botín de aves de rapiña . . . . .	373

Páginas

Capítulo VIII. — Testimonio desconsolador y rebeldía de una esperanza.	388
— IX. — Cuadro de desolación y naturaleza del destino.....	398
— X. — Irresponsabilidad de unas delincuentes .....	414
— XI. — Soslayando la farsa .....	421

---





*SE HALLA DE VENTA EN  
ARENAL, 11,  
SUCESORES DE HERNANDO,  
Y EN LAS  
PRINCIPALES LIBRERIAS*



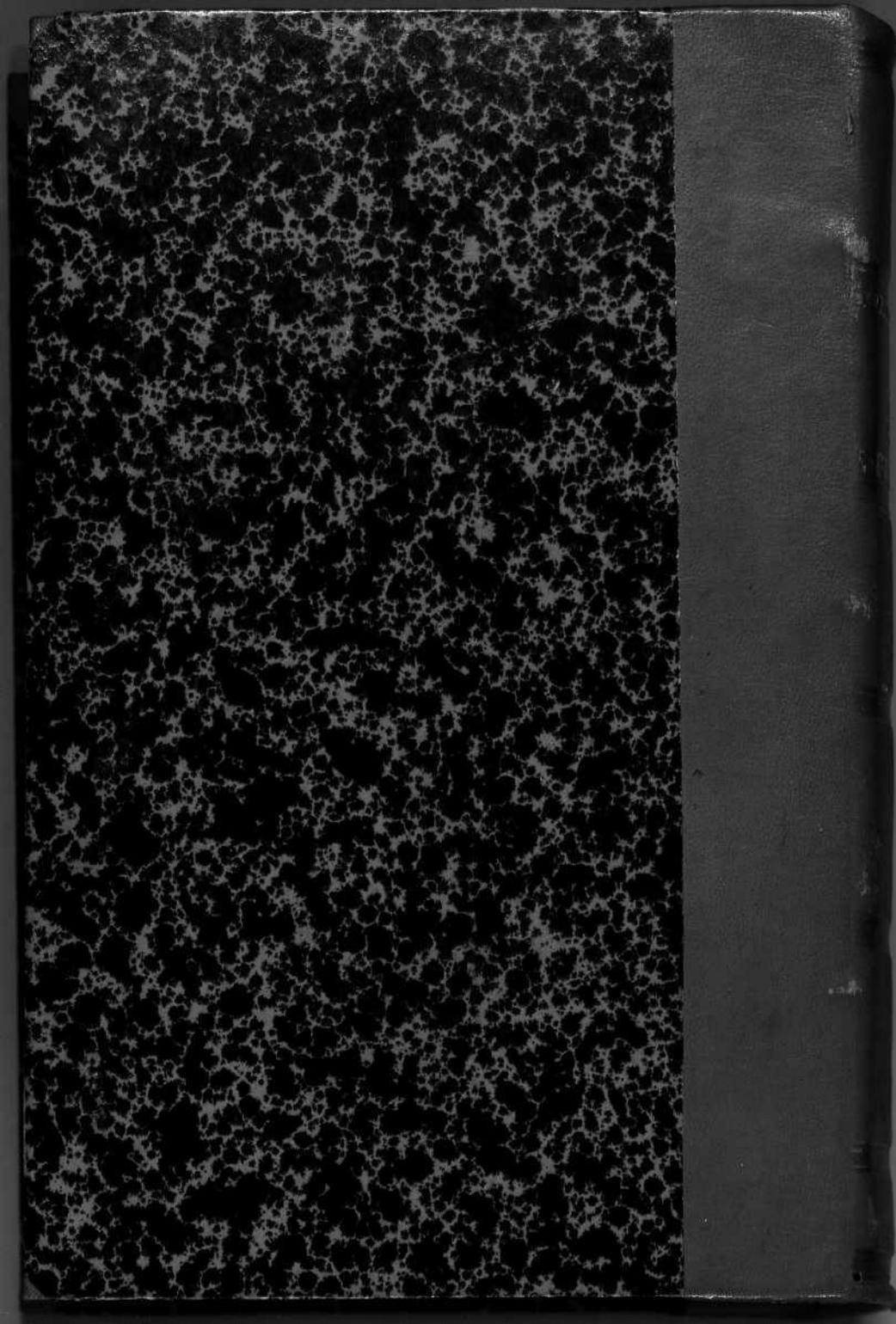


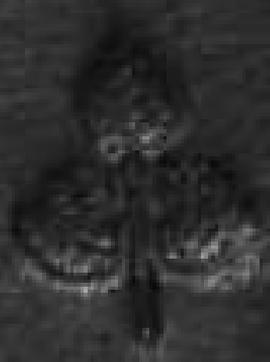






21757





F. DIAZ

TOROS Y  
Cabestros

